

A close-up, low-angle shot of a man's chest and shoulders. He is wearing a black turtleneck sweater under a dark blazer. The background is a soft, out-of-focus brown. The text is overlaid on the center of the image.

NO FINJAS

QUE ES

Amor

MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

NO
FINJAS

QUE ES
Amor

MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

NO
FINJAS

QUE ES
Amor

MANU PONCE
ALMA FERNÁNDEZ

Primera edición.

No finjas que es amor.

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©octubre, 2024.

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

No finjas que es amor.

©Manu Ponce.

©Alma Fernández.

©octubre, 2024.

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—Don Humberto está en su salsa, no le he visto nunca más ancho. Qué barbaridad, si parece un pavo real—murmuró mi amiga Patricia observando la actitud de mi futuro suegro en la fiesta.

—Ya te digo que sí. Es que anunciar que su único hijo asumirá el cargo de director de la clínica el año que viene no es moco de pavo para él.

—Eso, eso, no es moco de pavo real—rio de nuevo haciendo el jueguecito de palabras—. Y qué jodida tú con lo de “único hijo”.

—Sabes muy bien por qué lo digo. Iván no cuenta para él.

—Y que lo digas. Ni siquiera le veo por aquí—miró a su alrededor—. Y mira que verle es llevarme una alegría para la vista, que tu cuñadito está de toma pan y moja.

—Patricia, ¿te imagina que te emparejas con él y nos convertimos en concuñadas?

—¿Y entrar en la familia Lamela así a lo kamikaze? No estoy tan loca como tú, eso solo se le ocurre a alguien con tu poca cabeza.

—No te burles de mí.

—Pobrecita, mi amiga, las cosas que le digo por pretender meterse en la familia más adinerada y pija de la ciudad.

—Sabes que no escogí a Sergio por eso. No me piques.

—Si es que tú no escogiste a Sergio. Sergio te escogió a ti—insistió en esa idea que me había soltado tantas veces.

—No me vaciles, venga ya...

—Una buena juerga es la que nos tenemos que correr para que te perdone. Si no, te odiaré para siempre.

—Calla, que Humberto nos está mirando.

—Y nos azotará con la ira de su mirada, ya lo verás...

Humberto era el padre de mi novio y el dueño de una flamante clínica médica que estaba de toda moda y a la que acudían cantidad de famosos de la capital, gente pudiente y todo aquel que, incluso haciendo un esfuerzo, se pudiera permitir asistir a un centro elitista como aquel.

Dada su trayectoria, le estaban entregando un premio en el que se permitió anunciar que Sergio, su hijo mayor, le daría el relevo al año siguiente.

Lo de que yo dijera con suspicacia que era su “único hijo” tenía que ver con el hecho de que al pequeño, Iván, no le perdonase el que se hubiera convertido en piloto de motos y no en médico, profesión a la que estaba destinado, según él, igual que su primogénito.

Al contrario que Sergio, que había seguido al dedillo las indicaciones de su padre y al rozar los cuarenta (tenía nueva más que yo) era cirujano, Iván se decidió a pilotar motos y a ello consagró su vida.

En cuanto a mí, ya era pediatra, lo mismo que mi amiga Patricia. Ambas entramos al mismo tiempo a trabajar en la clínica y desde entonces nos hicimos inseparables. Sergio me confesó que fue ese mismo día cuando me echó el ojo.

Prometo que si me dejé “elegir por él”, como decía mi amiga, no tuvo que ver con ser hijo de quien era y con el hecho de que un día heredaría la gerencia de la clínica, sino con su atractivo, su parla y con que se las sabía todas, porque ni mucho menos era el típico niño pijo que no se enteraba ni de dónde estaba de pie. Sergio se defendía en todos los ámbitos y no tardó nada en obnubilarme, en doblegar mi voluntad y en que me involucrase en una relación con él de esas con visos de durar.

Nos callamos a punto de escuchar cómo Humberto cambiaba el tercio y entonces, para mi total sorpresa, nos hizo subir a Sergio y a mí al escenario.

—Que te dice que subas, venga. A ver si os va a hacer una donación o algo—me dio un empujón Patricia porque las piernas no me respondían.

—Vale, vale, ¿qué querrá este hombre ahora?

Sergio, muy protocolario, me esperó a pie de escenario, dándome la mano para ayudarme a subir. Dada la ocasión que era, y que la fiesta se celebraba por la noche, llevaba vestido largo de gala y alto tacón, por lo que le agradecí el gesto.

—Si es que no se puede lucir más deslumbrante—me halagó guiñándome el ojo.

—¿Para qué tenemos que subir, Sergio?

—Lo ignoro. Cosas de mi padre, pero seguro que salimos ganando.

Él era el ojito derecho de Humberto, por lo que probablemente tendría razón. Su padre haría cualquier cosa por su hijo mayor, por ese que consideraba que había honrado el apellido Lamela.

—Amigos, amigas... Dado que esta noche derrocho entusiasmo, al recibir un premio a mi trayectoria médica y a mi gestión como director de la clínica, aunque ya por poco tiempo—hizo sonreír a los presentes—, miro a mi sucesor, a mi hijo Sergio, y tengo el placer de anunciaros que el próximo año los Lamela también tendremos el honor de invitaros a una fiesta familiar que me emociona como pocas: la boda entre él y Alba, su preciosa novia, ¡quienes sabéis que adoro como a una hija.

De inmediato, busqué los ojos de Patricia porque en alguien tenía que fijar los míos, que debieron quedarse en blanco. ¿Cómo se atrevía a poner él la fecha cuando ni siquiera su hijo me lo había pedido?

No se me fundieron los fusibles de milagro, porque la noche estaba fresquita y entre unas cosas y otras, me quedé helada. Totalmente helada.

—Sergio, no me puedo creer lo que acaban de escuchar mis oídos, ¿es eso verdad? —le pregunté por lo bajini.

—¿Que nos casamos? ¿Es que no te hace ilusión? —me respondió con una sonrisa, tratando de disimular.

—No entiendo nada, es que no entiendo nada—proseguí en voz baja.

—Por favor, no dejes mal a mi padre. Sonríe y lo hablamos cuando bajemos, ¿te parece?

—¿Que no deje mal a tu padre? Ya es lo que me faltaba por escuchar, ¿suelo hacer eso?

—No, claro que no, pero entiende que se trata de una ocasión muy especial para él.

Capítulo 2



Bajé hecha una furia del escenario porque ese movimiento de ficha me tocó la moral.

Sergio sonreía mientras íbamos pasando al lado de los conocidos de su familia, de todos aquellos que le estaban haciendo la ola a las palabras de su padre.

Si algo había heredado mi novio de Humberto era esa habilidad innata para tratar de quedar bien con todo el mundo. Por mi parte, venía de una familia mucho más humilde donde el protocolo no fue nunca algo que formase parte de nuestras vidas.

—¿Cómo se atreve, Sergio, cómo se atreve? No es la primera vez que se toma atribuciones que no son tuyas, pero esta vez se ha pasado... Se ha pasado mucho—le pregunté con lágrimas en los ojos.

—No te pongas así, Alba, por favor. Sabes que es muy impulsivo y se le ha calentado el pico. Verás, yo tengo algo de culpa.

—Lo dices para disculparlo, siempre lo haces. Sois el tándem perfecto—le reproché porque estaba muy calentita.

—Y tú lo dices como si actuásemos con malicia o algo así. Alba, comprendo que estés molesta, pero es que yo mismo le comenté que estaba pensando en pedirte matrimonio—me confesó.

—¿En pedirme matrimonio? Pues mira, hubiera estado sensacional que me enterase por tu boca. Eso habría sido lo suyo. Y no que de pronto me veo prometida y con fecha sin una declaración romántica de por medio. Y tú sabe que para mí esas cosas son importantes.

—Lo entiendo. Te prometo que hablaré con mi padre y le pediré que no se vuelva a meter más en nada así. Ha sido la euforia, que le ha podido.

—Ya, ya, la euforia. Pues lo ha estropeado. Siempre pensé que el día que lo anunciáramos lo haríamos nosotros y que estaríamos muy felices.

—Pues réstale importancia porque el resultado es el mismo. Mi padre se ha adelantado, pero la realidad es que estoy loco por casarme contigo. Y que tendrás tu pedida romántica justo como la deseas, es una promesa—me besó en los labios.

—Es que lo ha anunciado y ni siquiera estaban presentes mi madre y mi hermana, ¡¡qué coraje!!

—Alba, pero porque Sonia está con COVID y tu madre se ha quedado a cuidarla. Sabes que estaban invitadas. Y mi padre no cae en esas cosas, ¿cuántas veces le has escuchado decir a mi madre lo despistado que es?

—Para lo que le conviene, que para otras cosas bien que cae, también te lo digo.

—Venga, Alba, no le des más importancia, que no la tiene. Disimulemos, que todos querrán felicitarnos.

Lo hicimos y, efectivamente, todos nos felicitaron muy efusivos, incluida mi suegra, Dory, que vivía mucho de cara a la galería.

—Alba, sonríe, que parece que no te hace ilusión—susurró en mi oído.

—Me haría más si Humberto no se hubiese adelantado—le contesté en el mismo volumen.

—Ya sabes cómo es. Le gusta acaparar, lo cual no quiere decir que no desee lo mejor para los suyos. Vas a ser una Lamela—me acarició el pelo.

Una vez hubimos realizado todos los saludos de rigor, que fueron extenuantes, llegué hasta Patricia.

—Mírame el brazo, míramelo—me pidió mi amiga, que era la más divertida del globo.

—Lo veo, lo veo, ¿qué pasa?

—Pasa que, como nací del otro lado—señaló como a la otra acera porque ella nació hombre y era una chica trans—, tengo las venas ahí un poco marcadas, ¿vale? Pues da igual. Me pinchan ahora mismo y ni una gota de sangre me sacan.

—Ni a mí tampoco, bonita. Patricia, ¿se ha pasado o no se ha pasado?

—¿El mandamás de tu suegro? Tres pueblos se ha pasado. Es que le ha faltado pedírtelo él. Casi me da algo cuando le he escuchado. Me he tenido que pellizcar, no me lo creía. Y va en serio. Mira me he hecho un moretón. Por ahí viene Sergio. Me callo, ya, pero que no me toque el chichi, que no lo tengo para farolillos.

Sergio se acercó y me dio un abrazo.

—Patricia, ya lo has escuchado, ¡¡nos casamos!!

—Sí, sí... A tu padre se lo he escuchado, muy dicharachero el hombre. Es que las suelta todas, no se deja ni una para él.

—Ya lo he hablado con mi increíble prometida. Anda, dile que no es para tanto, que puede pasar en cualquier familia.

—Yo es la primera vez que lo veo, aunque si tú lo dices...

—Uff, tú también me estás esperando con la escopeta cargada. Mejor me doy una vuelta.

—Sin rencillas, que tampoco me quiero ver en la cola del paro por decir lo que me quema aquí en la punta de la lengua.

—Claro que no, pero cálmamela un poco, por favor.

—Que sí, que sí...

—Sergio, que estoy aquí, que me estoy enterando...

—Ya lo sé, Alba. ¿Cómo no me voy a percatar si eres la más guapa de toda la fiesta? Mira, acaba de llegar mi hermano Iván—le señaló.

—Por fin algo divertido—se le escapó a Patricia, aunque Sergio no hizo el menor comentario al respecto.

Enseguida fue a comentarle a su hermano. Primero le vimos un gesto de sorpresa y después, Iván abrazó a su hermano mayor.

A continuación, se vino para nosotras.

—Alba, cariño, ¡¡muchas felicidades!! —me abrazó también porque era muy cariñoso.

—Gracias, Iván. Creía que no venías esta noche.

—He sufrido un contratiempo con la moto, nada importante. Hola, Patricia—reparó en su presencia en ese momento.

—¿Qué te has hecho, chiquillo?

^a —Nada, ahí un poco de raspón en la pierna.

—Bájate los pantalones—le pidió sin pensarlo demasiado y casi me carcajeo en su cara—. Digo, levántatelos, que lo vea.

—Que no, mujer. Además, que tú eres pediatra y yo estoy muy crecido, ¿no te has dado cuenta? —le vaciló.

—Más de la que tú te crees—le soltó porque para vacilona ella.

—Madre mía, si no es nada.

Se lo levantó y sí que lo era...

—Mañana te pasas por la clínica que eso requiere cura. Y me buscas.

—Si ya me la han curado.

—Hoy, pero mañana es mañana. Eso va como lo de las duchas; mínimo una al día. Y después ya, a discreción.

—Me parto, es que me parto—solté en voz bajita.

—Además, Patricia, que tú eres pediatra y yo no quiero molestarte.

—Y dale. Mejor te viene porque estás demostrando ser como un niño.

—Gracias, Iván. Creía que no venías esta noche.

—He sufrido un contratiempo con la moto, nada importante. Hola, Patricia—reparó en su presencia en ese momento.

—¿Qué te has hecho, chiquillo?

—Nada, ahí un poco de raspón en la pierna.

—Bájate los pantalones—le pidió sin pensarlo demasiado y casi me carcajeo en su cara—. Digo, levántatelos, que lo vea.

—Que no, mujer. Además, que tú eres pediatra y yo estoy muy crecido, ¿no te has dado cuenta? —le vaciló.

—Más de la que tú te crees—le soltó porque para vacilona ella.

—Madre mía, si no es nada.

Se lo levantó y sí que lo era...

—Mañana te pasas por la clínica que eso requiere cura. Y me buscas.

—Si ya me la han curado.

—Hoy, pero mañana es mañana. Eso va como lo de las duchas; mínimo una al día. Y después ya, a discreción.

—Me parto, es que me parto—solté en voz bajita.

—Además, Patricia, que tú eres pediatra y yo no quiero molestarte.

—Y dale. Mejor te viene porque estás demostrando ser como un niño.

Capítulo 3



Al día siguiente, estaba con Patricia cuando llegó Iván.

—Por tu culpa, que lo sepas, una enfermera me ha preguntado que dónde estaba mi hijo—le comentó entre bromas.

Él conocía a Patricia a través de mí, de haber coincidido en fiestas y demás. Y se caían bastante bien, aunque hasta hacía poco, Iván tuvo novia. Y era la primera vez que coincidían ambos solteros.

—Os dejo, no sea que te desconcentre con mi charla en tu cura. Que dices que casco mucho, amiga.

—Y cascás, y cascás, Alba.

—¿De verdad me vas a curar? Que no hace falta, va—se quejó él.

—¿Y si no para qué has venido?

—Porque poco menos que me lo ordenaste, Patricia. Que más que pediatra pareces militar.

Les dejé bromeando. Aún no había visto a Sergio esa mañana, que estaba operando.

Entré en el ascensor sola y cerré los ojos. Por unos segundos, me sentí mareada. Igual del malestar que me produjo lo de la noche anterior. Todavía sentía rabia e impotencia, y me costaba controlarla.

—¿Te pasa algo? —me preguntaron y abrí los ojos de pronto al reconocer la voz de Héctor, el jefe del departamento de Psiquiatría y el profesional más reputado de la ciudad en lo suyo. Para colmo, venía en envoltura de bombón y era amable hasta no poder más. Un soltero por el que se daban tortas y con el que me gustaba mucho hablar.

—No, no, gracias. Supongo que es un poco de presión solamente, ya sabes.

—No, no sé si tú no me lo cuentas. Puedo intuir, pero no saber. Y, por cierto, enhorabuena por tu compromiso. Anoche había demasiada gente y no quise molestarte—hizo una pausa—. Así que es eso... Es por lo de tu boda—apreció.

—Ay, Héctor, qué apuro... Y a ti es que no puedo engañarte.

—Porque no me lo merezco, ¿no? —me preguntó muy simpático.

—Tú me entiendes, que necesito hablar con alguien, creo...

—Crees y debes. ¿Nos tomamos un café?

—Vale, genial.

Acepté ese café y comencé a charlar con él.

—Partamos de lo principal—me planteó—, ¿tú te quieres casar con Sergio?

—Sí, eso sí. Pero estoy muy molesta por cómo ha sucedido todo. No me digas que es lo convencional.

—¿Convencional y apellido Lamela en la misma frase? No esperes algo así de un personaje excéntrico como Don Humberto.

Por muy profesionales que fuesen todos, y lo eran, mi suegro nunca consintió que le llamasen de otra forma. “Don Humberto” era la forma en la que se debían referir a él, una manera como otra cualquiera de marcar distancias.

—Ya lo sé, aunque siempre aspiré a que nuestras cosas quedasen un poco al margen de él. Tú me entiendes.

—Yo te entiendo, pero entiéndeme a mí. Cuando te digo que ciertas familias son complicadas, lo son, y pertenecer a ellas tiene un precio. Cuanto antes lo asimiles, mejor te irá.

—Héctor, es que me siento furiosa. Y como se trata de nuestra boda, no quiero jorobarla. Sergio tiene ahora mucho en que pensar. En un año se hará con el mando de la clínica y...

—Si me lo permites, debes liberar tu propia rabia al margen de las necesidades de tu prometido. No vale que te

lo quedes todo dentro por no darle un quebradero de cabeza porque, si lo haces, terminarás dándole diez.

—¿Ese es tu consejo?

—Las parejas se basan en la confianza, Alba, no lo olvides.

—Yo anoche ya le adelanté que estaba calentita...

—Y no precisamente por ganas de sexo, ¿no? —bromeó y hasta me sacó un poco los colores.

—No, no precisamente. Está bien, hablaré con él de nuevo.

—Exponle tus sentimientos, Alba, te entenderá. La idea no es dar marcha atrás porque es imposible, la idea es que nada de esto vuelva a ocurrir en el futuro.

—Sí, sí, porque veo desvelando a Humberto el futuro sexo de nuestros hijos. Y tan contento el hombre.

—Si no paras todo esto, puede ocurrir, cierto.

—Gracias, Héctor, eres un amigo.

—Aquí estoy para lo que necesites, bonita.

Me marché y esperé al mediodía para hablar con Sergio. Le cité para almorzar y traté de explicarme.

—No, por favor, otra vez no, Alba—me pidió—. No ha sido una mañana fácil para mí.

—Lo siento, pero tampoco yo he estado tirando cohetes de alegría.

—Pues entonces deberíamos concentrarnos en hablar de cosas agradables y dejar los problemas a un lado.

—Yo opino más bien que los problemas hay que enfrentarlos para que no se repitan.

—¿Le corto la cabeza a mi padre, Alba? ¿Qué puedo hacer para que comprendas que estoy contigo?

—Escucharme y entenderme, tan sencillo como eso.

Terminamos discutiendo. A mí me había picado mucho la actitud de Humberto y a su hijo, dijera lo que dijese, se la traía al paio.

Salí del restaurante sin comer y me marché al lugar donde mejor me entendían en el mundo: la casa de mi madre, donde ella seguía viviendo con mi hermana Sonia, que tenía cinco años menos que yo. Sonia era el ser más bonito del mundo a mis ojos. Nació con síndrome de Down y era la ternura en persona. Trabajaba en la clínica, en la sección de lavandería, aunque esos días estaba de baja por enfermedad.

Terminamos discutiendo. A mí me había picado mucho la actitud de Humberto y a su hijo, dijera lo que dijese, se la traía al paio.

Salí del restaurante sin comer y me marché al lugar donde mejor me entendían en el mundo: la casa de mi madre, donde ella seguía viviendo con mi hermana Sonia, que tenía cinco años menos que yo. Sonia era el ser más bonito del mundo a mis ojos. Nació con síndrome de Down y era la ternura en persona. Trabajaba en la clínica, en la sección de lavandería, aunque esos días estaba de baja por enfermedad.

Capítulo 4



Abrí la puerta y vi que ellas ya lo sabían.

—¡¡Te casas!! —se me echó Sonia en los brazos.

—¿Ya lo sabes, chiquitina? —le pregunté.

—Pues claro, tengo COVID, pero las redes las puedo mirar. Que se me ha ido el olfato y no la vista. Mogollón de gente de la clínica os ha etiquetado y lo está compartiendo.

—Vaya, pues entonces ya lo sabéis.

Mi madre, que estaba friendo calamares, salió de la cocina.

—Mi niña, que se casa, ¿cómo es que no me llamaste anoche, en cuanto ocurrió? Sentí mucho perdérmelo.

—Te lo perdiste porque quisiste, mamá, que yo bien que te dije que asistieras a la fiesta. Me sé cuidar solita, no soy una niña como las pacientes de mi hermana.

—Claro que no lo eres, aunque para mí siempre lo seréis las dos, tanto Alba como tú—le aclaró.

Me senté a la mesa y mi madre, cuyo nombre es Sandra, enseguida me notó tensa.

—¿Qué ha pasado, hija? Vienes a tu casa y ya sabes que siempre hay comida de sobra, pero me extraña tu visita sin avisar porque siempre lo haces.

—Mamá, estoy molesta con Humberto, me he enfadado con Sergio...

—¡¡Toma ya!! —soltó Sonia.

—Amor, ¿nos dejas hablar un poquito? —le pidió mi madre.

—Yo también quiero estar presente, ¿o es que crees que no entiendo lo que ha pasado? Humberto anunció la boda porque le salió del alma, sin contar con lo que pensara Alba.

—Eres la mejor, Sonia. Yo no lo habría sabido resumir tanto y tan bien.

—Ya lo sé, me lo dicen todos—se dio importancia porque era salerosa al máximo.

—Vaya dos. Hija, no le des tanta importancia. Lo bonito es que os casáis y que os queréis.

—Ya, mamá, pero ¿qué cuentas siempre de la pedida de mano de papá?

Mi madre había enviudado hacía muchos años, cuando mi hermana tenía cinco. El hombre, que era mecánico, sufrió un accidente mortal con una grúa, dejándonos huérfanas a Sonia y a mí.

—Que fue la más sencilla, pero la más romántica del mundo—recordó—. Es verdad.

—No teníais nada...

—Económico nada. Tu padre comenzaba a trabajar en las obras, su sueldo era muy bajito y el mío en los grandes almacenes más bajo todavía. Han pasado muchos años y sigue sin ser alto—mi madre conservaba el mismo trabajo desde entonces—. Aunque él lo preparó todo muy bonito y lo hizo imborrable para mí.

—Una pedida de cuento, yo le diré a Luis que quiero una igual—nos comentó Sonia.

—¿Luis el chico de la lavandería? —le pregunté curiosa porque no sabía que le gustara.

—Sí, el que es igual que yo—se refirió a que tenía también síndrome de Down.

—Igual de bonito, querrás decir.

1

—Igual de bonita que será mi pedida.

—Cualquiera la tendrá mejor que yo—resoplé.

—Seguro que, ahora que Sergio sabe que estás tan fastidiada por lo impulsivo que es su padre, te organiza una

de cuento, hija.

—Cuentos tiene su padre, mamá. Es que estoy más cabreada que un mico, eso no se hace.

—Hija, cálmate. Humberto te quiere, él mismo lo dijo. Vimos el vídeo en las redes.

—Me quiere porque nunca me he enfrentado a él. En otro caso, ya veríamos si me quería tanto o no.

—Hija, no te pongas ahora en contra de él. Entiendo tu molestia, pero entiende tú que va a ser tu familia política y que Sergio ahora tendrá muchas cosas...

—En las que pensar, mamá, ya lo sé. Lo cual no quita que yo esté furiosa y que necesite sentirme un poco comprendida.

—Solo te recuerdo que, cuando sacas el genio a pasear, no tienes poco, Alba.

—Ni quiero tenerlo, mamá. No deseo que los Lamela me pisen ni me acaparen.

—Ni creo que sea su intención, ¿quieres que hable con Dory? Entre madres, igual nos entendemos. Y zanjamos el asunto. Así podrás centrarte en lo importante: ¡¡te casas!!

—No, mamá, ¿me pones unos calamares, porfi? —le pedí porque lo que yo estaba a punto de poner era un puchero.

—¿Cómo no, mi niña? Ay, ¡¡que Alba se nos ha prometido!!

—Y yo me casaré también pronto, mamá. Con Luis, ¿eh? —añadió mi hermana, que era un poco copiona.

—Claro, Sonia, claro.

—Que no me des la razón como a los locos, que me casaré de verdad...

Las dejé charlando y yo estaba un poquito en mi mundo. Ese día no tuve demasiada suerte. Mi madre era excepcional y siempre estaba para todo. Nos había criado sola y con el máximo empeño del mundo, la mujer no pudo hacerlo mejor, lo cual no significaba que estuviese acertada siempre.

A media tarde, y dado que la tenía libre, me metí en el gym a darlo todo porque necesitaba generar dopamina que me ayudase a contrarrestar la mala leche que sentía.

—Pero bueno, que te vas a desmontar—escuché detrás de mí y no daba crédito.

—¿Héctor? Nunca te había visto por aquí—le comenté—. Vivíamos en el mismo barrio, uno bastante lujoso que no distaba demasiado del hospital, donde yo convivía con Sergio en su enorme piso con terraza.

—Es que iba al otro, pero chica... Demasiado postureo—se refirió a otro gym que había en el barrio, mucho más moderno y con unas instalaciones fuera de serie.

a

—Ya, es al que va Sergio. Nunca me ha gustado demasiado. Cuando lo abrieron, preferí quedarme en este.

—Pues nada, también seremos ahora compañeros de gym. Ya sabes, si quieres practicar boxeo... Búscate un saco mejor—me hizo la broma.

—Pues mira, hoy no lo descartaría, aunque no lo he hecho nunca.

—¿No? Yo le doy de vez en cuando, me relaja.

—¿Me enseñarías algunas técnicas? No tengo un gran día. Terminé hablando con 'Sergio en el almuerzo y discutimos.

—Tú también eres impulsiva, ¿eh? No pudiste esperar un poco más.

—Qué va. Cuando tengo algo dentro, me quema, te lo prometo.

—Ven, vamos a darle al saco. Creo que te vendrá bien. Eso sí, procura atinar y no me des a mí, que no quiero llegar mañana al curro con la cara hecha un mapa.

—Todas pensarían que te habría golpeado una amante despechada.

—¿Una amante despechada? ¿Están aburridas? Yo no uso de esas...

—Ya, ya... Pues la rumorología que corre sobre ti es diversa. Eres el chico de moda en el hospital.

—¿El chico de moda? Definitivamente, no solo están aburridas sino trastornadas. Voy a tener trabajo a tutiplén.

Capítulo 5



Por la noche, ya estaba metida en la cama cuando Sergio llegó. El otoño también había llegado, antes con él, y comenzaba a apetecerme eso de acostarme pronto y estar calentita entre las sábanas.

—Hola, ¿te has acostado pronto o soy yo que llego demasiado tarde?

—Una de cada—le contesté con desdén.

—Alba, sé que igual no he estado muy fino antes en el almuerzo. Te prometo que trataré de compensarte en todo, te lo prometo.

—Ya, ya... Aunque preferiría que me entendieses y ya, sin necesidad de estar compensando ni cosas de esas.

—En eso tienes razón, y te prometo que te comprendo. Hablaré con mi padre muy en serio. Y aparte, te compensaré.

—Está bien, está bien...

—Y ahora, si te parece, nos podríamos compensar los dos...

—Sergio, no me lo tomes a mal, pero hoy no tengo ganas de jarana.

—Vaya por Dios, y yo que me había hecho ilusiones.

—Lo siento, de verdad.

—Ok, ¿te importa si en ese caso me doy una ducha, ceno algo y veo algo de tele para que me entre sueño? Si no, comenzaré a dar vueltas en la cama y no te dejaré descansar. Tengo mucho en lo que pensar y sabes que me afecta al descanso.

—Claro, claro, no hay problema.

No lo había, aunque cuando se marchó al salón me sentí sola. No solo era enorme el piso, sino también la cama y a veces sentía que me venía grande porque eran muchas las noches que él se echaba a descansar más tarde que yo, que necesito dormir mucho y acostarme temprano.

No encontraba la postura y, cuando lo hice, me acordé de Héctor, de su sonrisa, y de la paciencia que derrochó conmigo en el gym. Se pasó un buen rato enseñándome a golpear el saco, a sacar mi rabia de dentro y a que me desahogase con él. Y, tras salir, y por si no hubiese sido suficiente, se tomó algo conmigo, aconsejándome.

Ni siquiera me enteré de en qué momento se acostó Sergio, porque para entonces sí que debía estar ya más que frita. Cuando me desperté, ya no estaba a mi lado. Me levanté y le encontré en la cocina.

—¿A qué hora te has levantado? ¿A la del gallo? Qué poco duermes...

—¿Me has comparado con un gallo? Yo preferiría que lo hicieras con un león—me comentó mientras se vino hacia mí y me quitó la camiseta que llevaba puesta, dejándome en tanga.

No se lo pensó demasiado. Me tumbó sobre la encimera y retiró también mi tanga. Mientras que con una mano amasaba mis senos, la otra la utilizaba para ir entrando en mi sexo con algunos de sus dedos al tiempo que su lengua se iba hacia mi clitoris.

Gimoteé, cerrando los ojos... Me sentí confusa en un momento en el que me volvió a asaltar la imagen de Héctor. ¿En serio? ¿En el sexo y me había ocurrido? De inmediato, los abrí y fijé mis ojos en los suyos, porque él me miraba sin poder decir nada, dado que su lengua estaba enredada en mi sexo.

No hacía falta que lo dijese. Me deseaba mucho. Sergio fue siempre muy fogoso y el deseo en él era algo innato. Comencé a suspirar a la par que sentía un calor inmenso en mi interior... Me iba a correr, sorprendentemente pronto, y para ello cerré los ojos. Y no queráis saber a quién vi entonces.

—Mmmmm, qué pronto—se regodeó sin entender qué había pasado. Yo tampoco lo podía entender porque hacía mucho que conocía a Héctor y nunca le miré con esos ojos, nunca apareció en mi cama ni en medio de mis sueños más húmedos.

—Sí que lo ha sido. Fóllame—le pedí porque deseaba acabar con esa sensación que no me hacía sentir bien.

—Mi chica se ha levantado juguetona, qué suerte tengo—murmuró sin poder imaginar lo que me estaba sucediendo.

—Eres un tipo con suerte, sí—le contesté.

, —Y que lo digas, lo soy—asintió cogiéndome en brazos y llevándome hacia la cama, donde me lo hizo con verdadero ahínco.

Cuando terminamos, se quedó un minuto a mi lado.

—¿Todo bien entre nosotros ahora? —me preguntó y también asentí sin demasiado convencimiento, pero asentí—. Así me gusta. Me doy un agua primero, ¿te importa?

—No, claro que no.

—Es que necesito supervisar el trabajo mientras me tomo otro café. Te espero y vamos juntos.

—No es necesario, tira tú.

—Sí que lo es. Te suele gustar que vayamos juntos a la clínica.

—Bueno, pero también tengo un coche, mi Mini, ¿lo recuerdas? Que parece que a veces se te olvida.

—¿Cómo se me va a olvidar, Alba? Claro que no.

—Está bien, está bien. Tranquilo, tira tú, que ahora voy en un poco.

—Vale, pero no tardes mucho, que te echaré de menos.

—Si no nos vemos en toda la mañana, ¿qué me estás contando?

—Porque el trabajo se me amontona. Y después me llamarán enchufado por ser el hijo del dueño.

—Algo tendrá que ver también con que vayas a heredar la dirección de la clínica.

—Igual, pero muy poquito. Venga, me pasaré a verte en cuanto pueda por tu planta, que ya he tomado nota.

—No hagas promesas que luego no puedas cumplir.

—¿También faltó a mis promesas? ¿Me ves algo bueno hoy?

—Lo pensaré y luego te lo digo. Venga, ve tirando.

—Cualquiera diría que estás deseando perderme de vista.

—No digas bobadas—negué.

í Se marchó y me di una ducha calentita durante la que dejé la mente en blanco. Me sentía muy confusa por todo lo ocurrido en las últimas horas y era mi mejor manera de afrontarlo. Salí, me maquillé ligeramente de día, me recogí el pelo y me dispuse a conducir mi Mini. Llovía ligeramente y, a pesar de que la clínica no estaba lejos, no tenía ganas de caminar y mojarme.

—¿También faltó a mis promesas? ¿Me ves algo bueno hoy?

—Lo pensaré y luego te lo digo. Venga, ve tirando.

—Cualquiera diría que estás deseando perderme de vista.

—No digas bobadas—negué.

Se marchó y me di una ducha calentita durante la que dejé la mente en blanco. Me sentía muy confusa por todo lo ocurrido en las últimas horas y era mi mejor manera de afrontarlo. Salí, me maquillé ligeramente de día, me recogí el pelo y me dispuse a conducir mi Mini. Llovía ligeramente y, a pesar de que la clínica no estaba lejos, no tenía ganas de caminar y mojarme.

Capítulo 6



Llegué a la clínica y Patricia estaba hablando con Camilo, ¡¡qué alegría me dio!!

Los tres éramos los mejores amigos. Él había estado de vacaciones en El Caribe y por eso no asistió a la fiesta de Humberto.

—Ya me lo han contado, ya me lo han contado—se vino hacia mí y me comió a besos—. Así que eres la primera de los tres que se casa, ¡¡enhorabuena, peque!! —volvió a besarme.

—¿Cómo no voy a ser la primera si vosotros dos no tenéis pareja? Como no sea que os pongáis de acuerdo para casaros entre vosotros y me cojáis la vez...

—Patricia, ¿cuándo duraríamos tú y yo casados?

—El tiempo de que me denunciaras por abrirte la cabeza. Ya sabes que soy un alma libre y tú un tiquismiquis de mucho cuidado. Te adoro, pero como pareja no duraríamos ni una hora.

—Además de que a Patricia para mí que le está gustando uno que yo me sé.

—Iván, ya...

—¿Te ha contado que ayer le hizo unas curas aquí? Y mira que el otro no es fácil que se deje caer por la clínica, pero vino. Para mí que puede haber tema.

—No me digas eso, que me pongo nerviosa y todo. Qué piernas tiene el tío. Bueno, qué piernas, qué torso, qué cuello, qué...

—Pero que ella apenas se fijó, Camilo, estaba centrada en su cura y ya—me burlé.

—Pues claro que me fijé en todo, chalados, que sois dos chalados... ¿Qué pasa? Aunque yo tengo una duda existencial, Alba.

—Tira, que ya me la imagino.

—¿Tú alguna vez le has contado a tu cuñado lo mío?

—¿Qué es lo tuyo, niña?

—No te hagas la tonta, que lo sabes muy bien.

—¿Te refieres a tu identidad de antes? Yo jamás se lo he comentado porque te miro y solo veo una chica, Patricia, así que no considero que eso le importe a nadie.

—Ya, pero imagínate que al final nos liamos...

—¿Y?

—Que existe gente a la que todavía le importa.

—A Iván no, resoplé. Mi cuñado tiene un corazón de oro—le recordé.

—Ya sé que es un niño muy lindo, pero eso no tiene nada que ver. Ciertos hombres sienten reparos, todavía sucede.

—No creo que fuese el caso de Iván. Entonces, ¿te lo estás planteando? ¿Vas a quedar con él?

—Hablamos ayer de tomar un café. Me dijo que ya estábamos en contacto. Tengo que esperar, ¿verdad? Que yo soy mucho de precipitarme.

—Oye, una pregunta, ¿dónde está la Patricia de hace unos días que afirmaba que no se emparentaría con los Lamela ni borracha?

—Hija, es que una cosa es quedar y echar un polvo... Y quien dice uno, dice un montón. Y otra muy distinta casarme con él. Yo con ese suegro no cargo ni majara.

—Un poco cruz sí que es.

—Ya me ha contado Patricia la faena que te hizo, ¿cómo estás? —me preguntó Camilo.

—Digiriéndola todavía.

—Bueno, cariño, lo importante es que te casas con tu Sergio.

—Sí, eso parece.

—Las he visto con más entusiasmo. No se te ocurra dejar que ese hombre empañe una noticia tan espectacular.

—Es que me ha rayado mucho, sí.

—Pues si andas rayada, ve a ver a Héctor. El tío es la monda. A mí, siempre que estoy un poco jodido de lo mío...

—O sea de tus amoríos—intervino Patricia.

—Pues sí... Oye, ¿y a ti qué te pasa? ¿No te cae bien Héctor? ¿He dicho algo que te haya molestado? Es que se ha quedado cara de estar oliendo cañerías con olor a...

—No, no es eso, Camilo. Si Héctor es un tío estupendo. Y tanto que lo es... Es un tío fantástico.

—¿Y ese tonito? Nunca habías hablado así de él. Ni de él ni de nadie, cacho perra, que tú así solo hablas de tu Sergio—añadió Patricia.

—Si yo no he dicho nada. Héctor es un tío chapó, eso lo sabe todo el mundo. Y está de moda, encima es que está de moda.

,

—Ni que fuera unos pantalones cargo, me parto—me sonrió Camilo.

—Pues eso, que no he querido decir nada más, que parece que estáis los dos ahí queriendo cotillearlo todo. Y a ti, ¿cómo te ha ido en las vacaciones? ¿Has pillado cacho?

—Patricia, menos mal que los cotillas somos nosotros. Pues mira, mona, sí que he pillado. Conocí en el avión a una chica española y nos lo hemos montado todo el tiempo. Menudo viajecito. Se llama Verónica.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada, porque vive a tres horas en coche y eso está a prueba de follarines. Demasiada complicación.

—Pero él luego no es tiquismiquis. Me lo invento yo, Alba.

—Chicas, hay que ser práctico. Cuando hay ganas, uno no puede subirse a un coche y... Vamos a calcular el tiempo, el gasto... Y luego, si me enganchara, hasta encargaría que me hicieran alguna guardia para poder ir más veces, con lo que perdería más.

—Así me gusta, que lo midas todo en términos románticos—negué.

—Es que cada uno es como es. Y aquí la romántica eres tú, Albita. Venga, cuéntenos cosas de las que tengas pensadas para la boda. Anda que no irás mona. Va a ser la bomba verte vestida de blanco.

—Si todavía no me ha dado tiempo a pensar en nada.

—Solo a maldecir a su suegro—se burló Patricia.

—No es maldecir, aunque contenta me tiene.

—Pues mira, hablando del Rey de Roma... Nosotros nos vamos, por ahí viene. Todito para ti.

Lo que me faltaba. Le había prometido a Sergio que no entraría en polémica con su padre. Por ese motivo, me mordí la lengua, lo que me costó lo más grande.

—Pero bueno, si está aquí mi nuera favorita.

—La única que tienes, Humberto—le contesté con retintín.

—Da igual. Siempre serás mi preferida, ¿estás contenta?

—Como unas castañuelas—le contesté.

—Pues entonces, sonríe, mujer, ¡¡sonríe!!

Él mismo me puso los dedos a ambos lados de la boca para que lo hiciera. Y mi mueca debió ser de desesperación, porque no lo soportaba en esos días.

Capítulo 7



Procuré no coincidir con Héctor en los siguientes dos días. No cuando ni yo misma sabía qué me había pasado con él.

—Hola, compi rajada del gym—me comentó el que hizo tres, cuando nos cruzamos.

—Vaya, es cierto que lo tengo un poco dejado—me excusé, ya que no fui por no encontrarme con él.

—Pues que te conste que eso no puede ser. Hay que hacer ejercicio. Me da que sigues estando muy tensa, me lo dice tu gesto.

—Miedo me das, eres peor que una pitonisa. Los psiquiatras os metéis ahí en la cabeza de la gente y sin pedir permiso ni nada, vaya tela.

—Oye, menudo rapapolvo, ¿te hace un cafecito y me cuentas por qué estás ahora de uñas?

—Creo que va a ser mejor que no—traté de esquivarle.

—¿Y eso por qué? Decir que no a un buen café me parece que no está contemplado en el Código Penal, aunque debería estarlo.

—Ya, yo también lo veo como un delito.

—Pues entonces, a no ser que tenga delante a una delincuente, que no creo que sea el caso, nos lo tomamos.

—Ganas sigo sintiendo de matar, Héctor, ¿las ganas cuentan como tentativa? Porque entonces igual termino en chirona.

—No, ¿sigues molesta con tu suegro?

—Es raro... En realidad me pasa con él, pero lo reflejo en Sergio. Es como cuando tienes un dolor en una parte del cuerpo.

—Ya, ya me hago cargo. En el fondo sientes que Sergio no te ha apoyado lo suficiente. Tú buscas que se enfrente a su padre, una actitud más guerrera, y como no lo logras, te desinflas.

—No me veas como una metemierda, por favor, yo no soy así. Tampoco quiero que se maten, pero un poco de sangre por parte de mi prometido...

—¿Tú te sientes prometida a él, Alba?

—En realidad, técnicamente ni siquiera lo estoy. Humberto lanzó las campanas al vuelo sin que Sergio...

—Te pusiera un anillo en el dedo y te lo pidiera en plan príncipe azul.

—Tampoco es que haya salido yo de una peli de Disney, pero un poco de romanticismo no está de más. Me siento empachada de tantas felicitaciones, así es como me siento, cuando todavía no lo asimilo.

—¿Y Sergio qué dice?

—Que me compensará, siempre que me compensará. Pero está hasta arriba de trabajo y cada vez más. Creo que su objetivo número uno en la vida es que su padre se sienta orgulloso de él.

—¿Y el tuyo cuál es?

—El mío es ser feliz, Héctor, más simple.

—¿Y él lo sabe?

—Sí que lo sabe. Se lo digo, aunque son muchas las veces que siento que me escucha, pero no me oye.

—Tienes que volver a golpear el saco. Y ya luego, lo hablas con él todas las veces que sea necesario, pero dale al saco, bonita.

—¿Esta tarde en el gym? ¿Le damos?

—Sí, claro... Le daremos tela al saco—especificó.

Me fui para mi consulta y esperé a Merche, la mamá de una niña llamada Lola, que era un dulce angelito rubio de cuatro añitos a quien yo había supervisado desde su nacimiento.

—Es que cojea, Alba, y se queja de un dolor aquí—me señaló a la cabeza del fémur de la peque.

—A ver, Lola, anda hacia mamá—le pedí y comprobé que cojeaba.

—¿Lo ves?

—¿Desde cuándo le está pasando, Merche?

—Desde hace una semana, pero ha ido a más. Los primeros días no le di importancia, porque como es tan movida, se pasa el día golpeándose y creí que sería eso. Pero ayer comprobé que estaba peor y me decidí a traerla.

—Vale, voy a pedir que la sometan de inmediato a unas pruebas.

—Alba, ¿pasa algo?

—Es por descartar que haya algún problema, Merche.

Me dio la impresión. Me la dio porque los médicos también tenemos a veces un sexto sentido y, junto con los síntomas que presentaba la niña, me la dio.

Mientras la preparaban, me di con Patricia.

—Creo que puede tener un tumor en la cabeza del fémur, nena.

—Ay, Dios, ¿sí? ¿Te has encargado ya del tema?

—La van a mirar ahora mismo, pero que ahora mismo.

—Haces bien. Me quedo contigo, tengo ahora un hueco.

—Qué bien, quédate.

Merche estaba fuera y su cara de preocupación lo decía todo. Y eso que no sabía lo que sospechábamos.

Enseguida se lo detectaron y no me había equivocado. Resoplé porque tenía que contárselo a su madre y no era fácil.

—Merche, siéntate, por favor.

—¿Me tengo que sentar y todo, Alba? ¿Qué tiene mi hija?

—Le hemos detectado un tumor en la cabeza del fémur.

—¿Un tumor? ¿Mi niña tiene cáncer? ¿Con cuatro añitos?

—No te adelantes a los acontecimientos, por favor. No tenemos aún idea de si será benigno o maligno.

—Me va a dar algo, ¿cuándo lo sabremos?

—En un par de días laborales.

—¿En un par de días? Me voy a volver loca mientras. Y viene un fin de semana por medio. No, Alba, me lo tenéis que decir antes. El padre de Lola murió de cáncer hace tres años, ¿otra vez caerá el rayo en el mismo sitio?

—Ojalá te pueda decir que no, cariño, pero hay que esperar. No queda otra que esperar.

—Dios mío, qué desgracia...

—Merche, por favor. Piensa que no tiene por qué ser así. Piensa en positivo.

—A mí me va a dar algo, Alba, ¡¡es que me va a dar algo!!

La mujer se echó a llorar a moco tendido en mi despacho. Suerte que Patricia se quedó con la niña y pude consolarla.

Llegué a casa con las pilas muy bajitas. Pasa a veces. Si no las tienes a tope, ese tipo de noticias te las desgastar casi del todo.

Capítulo 8



Me eché una siesta ligera, durante la cual apenas pude dormir. Y me fui para el gym.

—Pues sí que es una putada y esperemos que no, que el rayo no caiga dos veces en el mismo sitio—me decía Héctor mientras yo golpeaba el saco.

—Me he quedado hecha polvo, te lo juro.

—No es la primera vez que das una noticia así, Alba. Tú ya tienes un rodaje como pediatra y has visto de todo. Sabes que no te puedes llevar los problemas del trabajo a casa.

—Lo sé, pero me siento más sensible, Héctor. Estos días me siento así.

—Es porque estás bajita de moral.

—No sé por qué es, pero me están pasando cosas, te lo juro—le confesé.

—¿Qué tipo de cosas, Alba?

—Pienso en personas en las que antes no pensaba, Héctor—le solté.
Me lo leyó en los ojos y yo leí en los suyos que le pasaba igual.

—¿En alguna persona en particular?

—Puede ser—resoplé nerviosa.

—Mírame, Alba, no mires al suelo.

No fui capaz de hacerlo. En su lugar, le di tal puñetazo al saco que a punto estuve de embarcarlo.

—Perdón—le tuve que pedir a un chico que pasaba por allí y que pudo salir mal parado.

—¿Perdón de qué? Más ojo, ¿es que eres idiota? —me contestó.

—Ya te ha pedido perdón, ¿o es que estás sordo? No se te ocurra volver a insultarla—se enfrentó Héctor con él.

El otro vio que no se andaba con chiquitas y se marchó relatando.

—No has debido meterte. Lo siento, no te traigo más que problemas. La culpa ha sido mía.

—Ya le pediste perdón. A partir de ese momento, también la estaba cagando él.

—Gracias, de verdad. ¿Te importa si paro ya? No me encuentro muy bien.

—Claro que no. Pararé contigo.

—Entre lo que me ayudas y que paras cuando lo hago yo, no te va a rentar nada esto de venir conmigo al gym.

—¿Y no crees que eso debería valorarlo yo?

—Eres un tío estupendo, Héctor—le comenté agradecida.

—Soy un tío, uno de muchos.

—Qué dices... Y menuda reputación profesional que tienes.

—Tú también y eres más joven. Por eso no lo digas.

—No compares...

—Claro que lo hago. Estás muy bien considerada entre tus compañeros. Y dada tu posición, eso no es nada fácil.

—Ya, porque muchos me verán como una enchufada porque me voy a casar con Sergio Lamela. Lo dices por eso, ¿verdad?

—Por eso, sí—me miró con intensidad.

Nunca entenderé cómo sucedió lo que vino a continuación. Solo sé que partió a la vez de ambos. Cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos en los vestuarios. Entramos sin que nadie nos viera y cerramos la puerta de uno de ellos.

Las sonrisas cómplices no se hicieron esperar.

—Pero si estoy chorreando sudor—murmuré en su oído.

—Estás increíblemente apetecible, así es como estás, Alba.

Sus manos comenzaron a desnudarme sin tregua. Las mías siguieron a las suyas. Y entonces nos encontramos con nuestros cuerpos desnudos.

No era situación ni lugar para demorarnos en el tiempo, de modo que su boca fue primero hacia mis labios y luego hacia mis pezones, de los que succionó con total fuerza mientras yo trataba de respirar sin que pareciera que la vida se me iba en ello.

Al mismo tiempo, sus dedos ya estaban en mi vagina y los míos en su erecto miembro que, presto para entrar en acción, esperaba su turno. Héctor se sentó en una especie de banco de madera que había y dejó que mi cuerpo se resbalase sobre él, entrando en mí.

Tuve que ahogar el grito que estuve a punto de dar. Excitadísima, comencé a moverme de arriba abajo, entrando y saliendo de él, moviéndome como si fuera una diosa y como si estuviésemos en medio de un espectáculo sensual con el más feliz y morboso de los finales.

Sus ojos se inspiraban en todo mi cuerpo y, cuando me sentí reventada de tanto botar sobre él, salió de mí y me colocó las palmas de las manos sobre la pared.

—Me vuelves loco—murmuró en mi oído mientras entraba en mí ya en condiciones de ser él quien imprimiese el ritmo que deseara a un acto sexual tan consentido como deseaba por ambos.

Notaba que hasta las palmas de las manos me sudaban y creía correr el riesgo de resbalarme. Enseguida caí en la cuenta de que no era posible, de que él me sujetaba. Y entonces lo único que resbaló de mí fue un orgasmo, uno que le regalé sin poder gritar, para lo que me prestó su mano, la cual mordí.

Tuve que gestionar la mordida, pues era tanta mi excitación que bien podría haberle llegado a hacer daño. Me

sentía tan, tan puesta... Cielos, cómo me ponía.

No me ocurrió una sola vez, sino hasta tres, antes de que él se vaciara en mí. Héctor era puro frenesí y así me lo había demostrado.

e

Cuando se corrió, me dio la vuelta y me besó. Mi reacción fue de lo más absurda; me eché a reír. En cuanto me percaté de ello, quise cortarla por lo sano y no me dejó.

—Ríete, por favor. Si es lo mejor que te puede pasar. Además, así me contagias a mí.

—¿Sí? —le pregunté cayendo sobre su hombro.

—Pues claro que sí, preciosa.

—Es que no deseo que me malinterpretes. Ha estado genial, solo que...

,

—¿Tú crees que estoy cuestionando tu risa? Eso no es posible, ¿y sabes por qué? —me preguntó.

—Lo cierto es que no tengo ni idea.

1

—Porque solo la estoy disfrutando, sin más.

—Gracias, de verdad. Eres un gran hombre, Héctor.

—¿Y eres tú quien me da las gracias? Te las quiero dar yo por esto.

Me las dio y junto con ello, un tremendo abrazo de unos cuantos minutos tras los cuales nos decidimos a vestirnos y a marcharnos, saliendo con cuidado de no ser vistos.

,

sentía tan, tan puesta... Cielos, cómo me ponía.

No me ocurrió una sola vez, sino hasta tres, antes de que él se vaciara en mí. Héctor era puro frenesí y así me lo había demostrado.

Cuando se corrió, me dio la vuelta y me besó. Mi reacción fue de lo más absurda; me eché a reír. En cuanto me percaté de ello, quise cortarla por lo sano y no me dejó.

—Ríete, por favor. Si es lo mejor que te puede pasar. Además, así me contagias a mí.

—¿Sí? —le pregunté cayendo sobre su hombro.

—Pues claro que sí, preciosa.

—Es que no deseo que me malinterpretes. Ha estado genial, solo que...

—¿Tú crees que estoy cuestionando tu risa? Eso no es posible, ¿y sabes por qué? —me preguntó.

—Lo cierto es que no tengo ni idea.

—Porque solo la estoy disfrutando, sin más.

—Gracias, de verdad. Eres un gran hombre, Héctor.

—¿Y eres tú quien me da las gracias? Te las quiero dar yo por esto.

Me las dio y junto con ello, un tremendo abrazo de unos cuantos minutos tras los cuales nos decidimos a vestirnos y a marcharnos, saliendo con cuidado de no ser vistos.

Capítulo 9



Rayada no, lo siguiente. Así llegué a casa. El siguiente día era viernes y, por tanto, todavía trabajaba.

No esperaba que Sergio estuviese ya de vuelta cuando entré y olí a comida.

—Te estoy preparando la cena, Alba, ¿huele bien?

—Huele genial—le contesté con la idea de irme directa al baño, como si el sexo que habíamos practicado se oliese y él pudiese detectarlo en mi piel.

—Un momento, ¿mi prometida no se para a darme un beso?

—Claro, simplemente es que voy con un poco de prisa.

—Todo puede esperar si hay un beso de por medio, Alba—me tomó del mentón y me miró con curiosidad.

Sentí como si llevase la culpabilidad escrita en la frente y él la fuera a leer. Eso me produjo miedo, mucho miedo, el cual no se fue hasta que me sonrió.

—Qué bien te sienta el deporte. Estás guapísima.

Menuda ironía. Menos mal que no sabía.

—Huele genial. Me quiero duchar para cenar cuanto antes, ¿puedo?

—Claro que puedes...

Lo que no añadió es que él también podía. Y en cuanto me metí en la ducha, ya le tenía detrás.

—Se te va a quemar lo que tengas puesto en el fuego, amor—me excusé.

—Ya está apartado. Me quema más lo que tengo entre las piernas—me soltó.

Estaba duro. Sergio estaba duro y no me sería fácil esquivarlo. Me tomó del pelo e intuí sus enormes ganas de que le practicase sexo oral. No me sentía motivada y, aun así, lo hice.

Me miró como cuestionando si otras veces le había puesto más empeño. Así era. Para mí, que me daría una calificación de aprobado raspado, pero no me salió otra cosa.

—Ven aquí, Alba—me pidió entonces con la intención de entrar en mí. De la misma forma que me penetró Héctor un rato antes, con las palmas sobre la pared, me puso Sergio contra las de la bañera.

Se me escapó un suspiro que fue más de estremecimiento que de excitación. Incluso él notó que no estaba en mi mejor día a nivel de lubricación y dejó que su lengua juguetease con mi sexo para solventarlo.

Cuando la sacó, colocó su pene en la entrada de mi vulva y me penetró. Lo hizo con más ahínco que en otras ocasiones y me sorprendió que, tras darme varias embestidas, me preguntó.

—¿Me quieres, Alba?

—¿Cómo dices? —gané algo de tiempo porque me dejó un tanto anonadada, nunca me lo había preguntado y menos en medio del sexo.

—Que si me quieres—repitió.

—Claro que sí, claro que te quiero—murmuré.

Comenzó entonces a follarme con todas sus ganas. Jamás lo había hecho tan fuerte... Por supuesto que nada podía sospechar, pero hay veces en la vida que las circunstancias se dan y él me necesitaba ese día mucho más que otros, por lo que iba viendo.

Cuando terminó, no me había pasado. Pero fingí que sí. Se trató del primer orgasmo fingido de mi vida y entendí que hay puertas que mejor no traspasar, pero también que en ocasiones no nos queda más remedio.

De nuevo el temor de que detectara la falsedad en un orgasmo que lo era más que Judas. Pero no ocurrió así, coló y me sentí satisfecha. Estaba faltando a mis principios y eso me sorprendía, porque notaba el miedo instalado en mí, pero cada vez hacía la mentira más y más grande.

Me dolía, me dolía mentirle a Sergio, si bien mi naturaleza femenina me llevó a actuar así. Y nunca mejor dicho lo de actuar, porque me salió genial.

Tras la ducha, él me dio un beso.

—No es que estuvieras muy motivada, aunque al final lo he logrado, menos mal. No quisiera que mi prometida se me desmotivase antes incluso de pasar por el altar.

—No, claro que no—le sonreí nerviosa.

—Tienes algo aquí—me señaló y me puse en alerta.

—¿Qué es? —le pregunté un tanto atacada, pensando en que pudiera tratarse de una marca que me delatase.

—Tranquila, Alba. Solo se trata de un pelo, de un inocente pelo.

—Perdona, es que estoy un poco alterada.

—Está bien. Igual esto hace que te relajes...

—¿Qué es?

—Míralo tú misma—me puso en la mano lo que había ido a buscar.

—¡¡Billetes de avión!!

—Y para París, como a ti te gusta... Siempre que has tenido algún problemilla, París te lo ha quitado del tirón, ¿o ya no te acuerdas? Son para este finde.

e —Claro que me acuerdo, pero ¿cuándo volveríamos?

—El martes, antes no nos daría nada de sí. Nos vamos mañana por la tarde y así nos cundirá.

—No puedo volver el martes, Héctor.

, —¿Y eso por qué?

—Porque resulta que le dan el resultado de las pruebas a Lola, la hija de Merche.

—¿Quién es Lola y quién es Merche?

—Es una paciente mía de siempre. A veces te he hablado de ella. Un bombón rubio que sabe mucho.

—Cierto, me suena.

—Pues tiene un tumor en la cabeza del fémur que no sé si es benigno o maligno. Y no saldremos de dudas hasta el lunes.

—Espera, espera. Pero habrá más pediatras para hablar con su madre, ¿no? ¿O es que solo le puedes comunicar el resultado de las pruebas tú?

—Si supiera que es benigno, todavía... Pero sin saberlo... Es que no puedo dejar colgada a Merche. Soy la pediatra de Lola y esa mujer está pasando por un infierno. Su propio marido falleció hace tres años de cáncer y hoy la jodida palabra vuelve a planear sobre su cabeza, ¿te imaginas qué putada?

—Me lo imagino y, aun así, no lo considero un motivo para anular el viaje. No hay derecho; es nuestro viaje.

—Vale, ¿y acaso yo sabía algo de ese viaje?

—Perdona por haberte querido dar una sorpresa, Alba. Todavía me lo echarás en cara. Yo mismo he aparcado alguna que otra operación por tratar de que pongas mejor cara.

—Pues yo no te lo he pedido, Sergio.

—Lo dicho, todavía será mi culpa.

—Porque resulta que le dan el resultado de las pruebas a Lola, la hija de Merche.

—¿Quién es Lola y quién es Merche?

—Es una paciente mía de siempre. A veces te he hablado de ella. Un bombón rubio que sabe mucho.

—Cierto, me suena.

—Pues tiene un tumor en la cabeza del fémur que no sé si es benigno o maligno. Y no saldremos de dudas hasta el lunes.

—Espera, espera. Pero habrá más pediatras para hablar con su madre, ¿no? ¿O es que solo le puedes comunicar el resultado de las pruebas tú?

—Si supiera que es benigno, todavía... Pero sin saberlo... Es que no puedo dejar colgada a Merche. Soy la pediatra de Lola y esa mujer está pasando por un infierno. Su propio marido falleció hace tres años de cáncer y hoy la jodida palabra vuelve a planear sobre su cabeza, ¿te imaginas qué putada?

—Me lo imagino y, aun así, no lo considero un motivo para anular el viaje. No hay derecho; es nuestro viaje.

—Vale, ¿y acaso yo sabía algo de ese viaje?

—Perdona por haberte querido dar una sorpresa, Alba. Todavía me lo echarás en cara. Yo mismo he aparcado alguna que otra operación por tratar de que pongas mejor cara.

—Pues yo no te lo he pedido, Sergio.

—Lo dicho, todavía será mi culpa.

Capítulo 10



Unas horas después, daba vueltas y vueltas en la cama. Se había acostado de morros, Sergio lo hizo y a mí los remordimientos me estaban matando.

No los sentí en un primer momento, no al entrar en casa, supongo que porque entonces lo que me asaltaba era más el miedo. Pero, de pronto, los jodidos remordimientos comenzaron a llamar a mi puerta y sentí que moría del agobio.

Me estaba resultando totalmente imposible descansar. No podía y él se despertó.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Sergio no era un hombre que acostumbrase a usar apelativos cariñosos a la hora de dirigirse a mí. Tampoco los eché nunca en falta porque él era así y porque siempre me había demostrado quererme, y eso es lo principal, con independencia de las formas. ¿Quién no conoce a algún canalla que bajo un “mi amor”, “cariño” o “preciosa”, encierre secretos, ponga cuernos y demás? Por supuesto que no son todos, faltaría más, pero a lo que me quiero referir es a que las formas no garantizan nada ni para bien ni para mal.

—No me pasa nada—le respondí.

—No me engañes, Alba. Sueles dormir como un tronco y esta noche no hay quien te haga cerrar los ojos. A mí me lo puedes contar.

—Ok. Me siento mal por lo sucedido respecto al viaje a París. Muy mal. Y creo que tienes razón en que nos vendría bien ir—me excusé porque me pareció la mejor manera de hacerlo.

—¿Y tu paciente?

—Tienes igualmente razón en que hay más compañeros para darle el diagnóstico, la tienes. Patricia misma

podría hacerlo.

—Genial entonces. Pues, en ese caso, ¡¡mañana volamos a París!! ¿Estás contenta? —me preguntó ladeando mi cara para darme un beso. Había encendido la lamparilla de su mesilla de noche y estábamos en penumbra.

—Sí, sí, claro.

Una nueva pregunta que no esperaba porque Sergio no solía hacerlas. Mi prometido daba las cosas por hechas y ya, nunca tuvo necesidad de nada de eso.

Unas horas después, me levanté antes que él y fui preparando el café. Yo solía hacerme más la remolona, por lo que le sorprendió al encontrarme en la cocina.

—Fíjate que creí que te habías marcado un Julia Roberts en “Novia a la fuga” —me comentó acodado en el quicio de la puerta.

—Qué tontería, ¿no?

—Se ve que sí, porque en realidad estabas preparando el mejor café del mundo, a juzgar por el olor que desprende.

—En eso ya vas teniendo algo más de razón.

—En eso y en que hoy estás bellísima. En realidad, lo estás todos los días y, aun así, hoy tienes algo que te hace resaltar.

—Será sueño, porque tengo para parar un tren.

—Eso te pasa por no dejar la mente en blanco a la hora de dormir, ¿es por lo de esa peque? Creí que tenías superados ciertos temas.

—Ya, que no me puedo traer determinados problemas del trabajo a casa o acabaré como una cabra de loca. Lo que ocurre es que a veces no se puede evitar.

—Pues hay que intentarlo.

Un rato después estaba con Patricia y con Camilo en la clínica. De nuevo tomaba otro café y me quedé como pillada.

—Yo no es por nada, pero me tienes ya mareada con tantas vueltas como le has dado al café, ¿qué te pasa, gordi? —me preguntó Patricia.

—Nada, cariño, no me pasa nada.

—¿Gordi le vas a decir? Si está en la línea que no veas la tía—se quejó Camilo—. Yo sí que he venido con uno , kilitos de más de vacaciones.

—La buena vida, ¿te vas a quejar? Y no acapares, que es el turno de Alba, ¿qué te pasa, niña?

—Que ayer me tiré a Héctor—les confesé sin ni siquiera levantar la mirada de la taza.

Mis amigos se miraron entre ellos y, antes de decir nada, ya estaban partidos de risa.

—Un momento, explícate, ¿te lo tiraste en plan premio de consolación porque estoy cabreada por lo que hizo m suegro o más bien en plan “ole, yo”, que me he tirado al que hacía tiempo le tenía ganas? Porque hay una diferencia—me preguntó Patricia.

—¿Tú te crees que rellené un cuestionario antes de hacerlo? Me lo tiré y punto. Sin pensar en nada, en plan salvaje.

—Anda, como la potra que va de viaje a lo desconocido—pronunció con ritmito musical Camilo.

—No, si lo más cachondo es que me voy de viaje también.

—¿Con Héctor? —preguntaron al unísono.

—Claro que no, par de cabezas huecas. Me voy esta tarde a París con Sergio.

—Ole tú, ole tú, no puedo decir otra cosa.

—Patricia, no me aplaudas que no es para eso tampoco.

—Estabas jodida, y has echado una canita al aire. Chica, mano de santo. No has matado a nadie ni nada parecido. Y ahora tu novio, como vales un montón, porque lo vales, te invita a un viajecito romántico de fin de semana, con lo que te gusta a ti una moñada de esas.

—Ea, pues ya me has hecho el resumen.

—El único que tienes que hacer. No nos vengas ahora con penas ni arrepentimientos ni con culpas de esas que parecen sacadas de un texto de la Biblia. Eres una tía hecha y derecha y punto.

—Una tía hecha y derecha que le ha puesto los cuernos a su prometido.

s

—Pero una sola vez, cariño—apuntó Camilo.

—Ya, y por eso no cuenta, ¿no?

—Venga, Alba, que hemos dicho que sin culpas. De aquí no va a salir. Ya está. Si lo has hecho, es porque te lo pedía el cuerpo—prosiguió Patricia—. Y al cuerpo hay que darle lo que nos pide—rio.

—Eres malilla y el karma se va a encargar de ti—le apunté con el dedo.

i

—O sea, que tú te llevas todo lo bueno, a Sergio y a Héctor, que deben ser los tíos más buenos de toda la clínica, y el karma se encargará de mí. Pues sí que soy desgraciada.

—¿Tú? A tiempo completo, nena, como yo—le aclaró el otro.

—¿Y a ti qué te pasa? Que te subes al carro con una rapidez, chico... Como todo lo hagas igual de rápido, las chicas se te van a quejar, que lo sepas.

—Pues de momento no se me han quejado mucho, la verdad. De hecho, aquí tengo a Verónica, que dice que no me preocupe por la distancia, que viene a verme ella este finde—señaló a su móvil.

—¡¡Toma!! Y tú haciendo el candado ahí calculando. Si es que las mujeres somos más resueltas, mucho más resueltas. No tienes más que verlo.

—Sí, sí, no tienes más que verlo. No le damos vueltas a las cosas ni nada—asentí con todo el retintín.

—Ea, pues ya me has hecho el resumen.

—El único que tienes que hacer. No nos vengas ahora con penas ni arrepentimientos ni con culpas de esas que parecen sacadas de un texto de la Biblia. Eres una tía hecha y derecha y punto.

—Una tía hecha y derecha que le ha puesto los cuernos a su prometido.

—Pero una sola vez, cariño—apuntó Camilo.

—Ya, y por eso no cuenta, ¿no?

—Venga, Alba, que hemos dicho que sin culpas. De aquí no va a salir. Ya está. Si lo has hecho, es porque te lo pedía el cuerpo—prosiguió Patricia—. Y al cuerpo hay que darle lo que nos pide—rio.

—Eres malilla y el karma se va a encargar de ti—le apunté con el dedo.

—O sea, que tú te llevas todo lo bueno, a Sergio y a Héctor, que deben ser los tíos más buenos de toda la clínica, y el karma se encargará de mí. Pues sí que soy desgraciada.

—¿Tú? A tiempo completo, nena, como yo—le aclaró el otro.

—¿Y a ti qué te pasa? Que te subes al carro con una rapidez, chico... Como todo lo hagas igual de rápido, las chicas se te van a quejar, que lo sepas.

—Pues de momento no se me han quejado mucho, la verdad. De hecho, aquí tengo a Verónica, que dice que no me preocupe por la distancia, que viene a verme ella este finde—señaló a su móvil.

—¡Toma!! Y tú haciendo el candado ahí calculando. Si es que las mujeres somos más resueltas, mucho más resueltas. No tienes más que verlo.

—Sí, sí, no tienes más que verlo. No le damos vueltas a las cosas ni nada—asentí con todo el retintín.

Capítulo 11



Por la noche, ya estábamos en París. Nos alojamos en el hotel en el que solíamos hacerlo, uno muy céntrico y lujoso.

—Estás preciosa, ¿tenías ganas de volver? —me preguntó cogiéndome la mano.

—Sí, claro. Siempre es un placer volver a París.

—Esta ciudad es la nuestra, ¿no te parece? Creo que en nuestro primer viaje aquí fue cuando tuve claro que eras la mujer de mi vida, Alba.

—¿No me digas?

—Sí, sí, ¿no te lo he contado nunca? Pues así es. Y si no te pido matrimonio aquí como es debido, así con una escenita romántica de por medio, es porque estas cosas hay que hacerlas como mandan los cánones; con los nuestros delante.

—¿Y eso me lo has preguntado a mí o lo has deducido tú solo?

—Alba, eso es así.

—Pues mi madre y mi hermana no estaban delante el otro día cuando tu padre anunció nuestro compromiso a bombo y platillo.

—No vuelvas con eso, por favor. Ya lo hemos hablado. Mi padre es un poco bocazas. No cayó en la cuestión.

—No cayó porque eran los míos y no los tuyos.

—Por eso no lo digas porque él ni se enteró de si Iván estaba allí o no.

—Es que a Iván tampoco lo considera de los suyos—argumenté.

—Alba, no seas tan dura. Mi padre puede mostrar poco tacto para algunas cosas, pero también se desvive por nosotros. Tú lo sabes.

—No estoy tan segura de eso.

—Alba, por favor... Mira este lugar, ¿qué te pasa? Estamos en París, uno de tus lugares favoritos del mundo, relaja.

—Ok, lo intentaré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

3 Comencé a sentirme un tanto indisputada y caí en la cuenta de que me venía el período. Ni siquiera lo pensé antes de mi viaje, pero me vino de perlas. Sé que hay hombres y hombres, unos más escrupulosos que otros en ese sentido, y en el caso de mi prometido era de los que no te tocan ni con un palo en ese tipo de casos.

—Uff—farfullé porque noté una fuerte punzada. A continuación, abrí el bolso y saqué una pastilla, porque como buena médica soy prevenida para esas cosas y solía tener a mano un pequeño pastillero de viaje.

—No me digas que...

—Lo siento. Sé que no es lo más romántico, Sergio.

—Ya, bueno, qué se le va a hacer. Lo importante es que estamos aquí los dos—respondió un tanto contrariado, porque yo lo conocía y en los viajes solía desatarse un poco, dado que era cuando verdaderamente se relajaba.

—Claro que sí, es eso.

Tras la cena, dimos un paseo. Me llevaba cogida de la cintura. El tiempo se portaba fenomenal para tratarse de otoño y de París. Verdaderamente fenomenal. Y la noche estaba para disfrutarla.

Nos fuimos a tomar una copa a un local que parecía muy animado. Se trataba de fin de semana y las ganas de fiesta de la gente se notaban.

Sergio no es que fuese el más bailongo del mundo, aunque reconozco que hizo un buen esfuerzo y que lo hizo por mí, a quien me gustaba bastante más que a él.

—Podríamos salir más cuando volvamos a Madrid. A veces pienso que sales menos por mi culpa—susurró en mi oído cuando estábamos bailando.

—Tampoco te creas que ando yo con ganas de juerga todos los días.

—No todos los días, pero sí más que yo, seguro. Y no hay derecho. Te prometo que eso va a cambiar.

Tenía razón en que llevábamos una vida un tanto seria para nuestra edad. Muchas cenas y una copa a lo sumo, en cantidad de ocasiones con personas que tanto a él como a su padre les venían bien para el negocio. Me refiero a compromisos sociales que atendíamos puntualmente, pero lo que se dice salir a corrernos una buena juerga no solía estar ya apuntado en nuestro calendario.

—Vale, como quieras.

, —¿Como quieras y ya? ¿Sin un beso y sin nada?

—Claro, con un beso.

No me salió solo, andaba un tanto mustia. No me podía quitar de la cabeza mi encuentro sexual con Héctor y lo pocos momentos que habíamos vivido a solas. Y no ya solo porque me sintiese culpable, que también, sino porque echaba esos instantes de menos.

No podía calibrar qué me pasaba. A Héctor le conocía de antes y nunca me había sentido atraída por él. Y, de pronto, se trataba del hombre que ocupaba mi mente con un tipo de pensamientos que nunca me habían asaltado de no ser con mi pareja. Todo me resultaba francamente extraño, novedoso e inquietante.

Me vino bien bailar entre tanta gente porque así pude dispersar un poco mis pensamientos y no tener que centrarme tanto en Sergio y en la conversación que me estaba dando, la cual reconozco que no seguía demasiado.

Iba un poco a mi bola, eso era lo que me ocurría. Y comencé a bailar suelta, sintiéndome de pronto la reina de la pista. Sergio me miraba o, mejor dicho, me admiraba en unos momentos en los que noté el brillo en su mirada, como no entendiendo demasiado, como no reconociendo del todo a la mujer que tenía delante.

a

s
e

a

Capítulo 12



Me desperté muy temprano y eso que nos terminamos recogiendo tarde la noche anterior.

No habíamos bebido demasiado, por lo que no había resaca, y tampoco el “contratiempo” que nos sobrevino no permitió tener sexo, por lo que una vez que nos acostamos lo hicimos para descansar. En resumidas cuentas, que me despecé y Sergio abrió los ojos.

—Tengo ganas de disfrutar de una mañana parisina contigo—me anunció.

—Venga, pues ya estamos tardando...

—Para hoy no tengo planes concretos, sino lo que vaya surgiendo, ¿te parece bien?

—Por supuesto. No me gusta vivir con todo planificado. No soy como Camilo.

—¿Camilo es así? Me doy cuenta de que no conozco lo suficiente a tus amigos.

—Tampoco pasa nada. Como bien dices, son mis amigos—le rebatí.

—Pero es que nos vamos a casar. Y quizás sí que pase algo. Tus amigos deberían ser también los míos, igual que al contrario.

—Sabes que algunos de tus amigos son demasiado pijos para mí. Y lo sabes...

—Lo dices por Saúl y por Borja, ya lo sé.

—No qué va—le sonreí.

—Solo porque les guste la hípica y el golf, eso no los convierte en...

—Claro que no. Pregunta en mi barrio cuántos chicos juegan al golf y tienen caballos.

—Yo creía que tu barrio ya era el mío—arqueó una ceja.

—Creo que uno siempre considera su barrio al lugar del que viene, en el que nació y se crio.

—Pues tú no despintas nada en el mío. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé, lo cual no quiere decir que reniegue del lugar del que vengo, porque no es el caso.

Nos fuimos a dar un paseo a uno de esos parques parisinos que abren temprano y que, un par de horas después del amanecer, lucen preciosos.

Antes de eso, nos habíamos sentado en una de esas cafeterías donde sirven unos cruasanes calentitos que están de vicio y de los que me zampé un buen montón porque son mi debilidad.

—Me alegra ver que los comes con tanto apetito. No tienes demasiado en estos días.

—No, se me ha cerrado un poco el pico. Ya sabes que hay épocas y épocas.

—Lo sé, lo sé. Pues espero que ahora venga una en la que tengas bastante. Además, que tengo una idea que igual te anima.

—¿Qué idea?

—Pues una... Déjame a mí, que sé que acertaré.

—Me conoces muy bien, son muchos años.

—Y, a pesar de ellos, tengo la sensación de que nunca terminas de conocer a una persona, fíjate.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté con un escalofrío en el cuerpo.

—Simples percepciones, no sabría decirte.

—Ya, ya...

Él no tenía ningún motivo para sospechar y pese a ello, le notaba raro. El hecho de que yo también lo estuviese,

por mucho que tratase de disimularlo, bien podría ser el motivo.

Trataría de ser cautelosa, de mostrarme cariñosa, pero me costaba. El recuerdo de Héctor me martilleaba las sienes, como si hubiera viajado hasta París con nosotros.

Tras el paseo, nos dirigimos a una de las tiendas más emblemáticas de París, un taller de alta costura que me apasionaba desde niña, porque soy muy coqueta. Jamás me había podido permitir lucir un vestido de allí, porque sus precios son prohibitivos. Ni siquiera soñé con ello.

—Siempre te ha entusiasmado este taller, ¿verdad?

—A mí y a la mayoría de las mujeres del mundo, claro. Es la cuna de la elegancia.

—Pues hoy vas a encargarte un vestido aquí—me anunció.

—¿Tú estás loco? ¿Eso cómo va a ser? ¿Tienes una idea de sus precios? El más sencillo puede costarte como un coche pequeño, con eso te lo digo todo.

—Contaba con ello—continuó.

—No, lo estás diciendo en broma.

—Nada de eso. Se trata del vestido que lucirás en la fiesta de pedida y quiero que sea uno inolvidable para ti.

—Te has vuelto loco, de veras que sí. Puede tratarse de un vestido de impresión y no tiene por qué costar tanto. Con mucho menos será suficiente.

—Pero no sería de esta firma, no formaría parte de uno de tus sueños, de modo que quiero que entres, eches un ojo y encargues el que te guste. Aquí tienes mi tarjeta.

—No puedo hacer eso. Me quemaría en la mano...

—He tenido novias antes que tú que, sin que se lo ofreciera, han pretendido quemar mi tarjeta. Y tú, que eres mi prometida, ¿no quieres aceptar mi regalo? Me niego.

—No sé qué decir. Me siento abrumada. Por favor, si teóricamente no soy ni tu prometida todavía.

—Lo eres.

—Ya, gracias al bocachanca de tu padre.

—¿No le vas a dar ni un poquito de tregua? Alba, por favor, que se trata de mi padre.

—Si ese es el problema, pero vale. Ya pasó. Me disgustó mucho, pero ya pasó—suspiré.

—Nada merece un disgusto de mi chica. Y menos si no ha sido malintencionado.

—No le supuse mala intención.

—Venga, no te lo pienses más y entra. No se tratará de una simple compra, sino de una experiencia.

—Eso ya lo sé, pero me parece excesivo.

¹ —Excesivo no es en absoluto y menos siendo para ti, Alba. Venga, no te lo pienses más, entra.

Me invitó a hacerlo. Las piernas me temblaban. Era, sin lugar a ninguna duda, la gran experiencia en moda de mi vida.

Me dirigí hacia la puerta con la sonrisa en la cara. Mi emoción era mucha. Nunca me había visto en una situación similar y me emocioné.

Por unos momentos, me olvidé de todo lo que estaba viviendo y me centré en esa experiencia maravillosa que me había caído directamente del cielo.

Mientras, Sergio se me quedó mirando y silbó. No estaba acostumbrada a ese tipo de gestos por su parte y me volví con una sonrisa.

—Has venido a revolucionar París, tú solita.

—No, yo solita no, con ayuda de esta—le enseñé su tarjeta.

ⁱ —Tú no necesitas eso para revolucionar nada.

Quizás no para revolucionar, pero sí para comprar un vestido con un precio tan escandaloso.

No hace falta ni decir que él, aparte de su trabajo, contaba con un dinero que ya había repartido su padre en vida: con él, beneficios de la clínica que tanto le estaba ayudando a consolidar. Humberto haría cualquier cosa por

Sergio, y eso incluía procurar que viviese a cuerpo de rey.

Sergio, y eso incluía procurar que viviese a cuerpo de rey.

Capítulo 13



Nada más entrar, supe que aquel taller estaría en este mundo, pero que formaba parte de otro. En concreto, de un mundo mucho más glamuroso, de un mundo que solo puede ser disfrutado por unas cuantas privilegiadas, dado que su alta costura estaba destinada únicamente a mujeres.

Me acordé de Patricia, de mi hermana y, sobre todo, de mi madre. Ella nunca había olisqueado un sitio así. Ni siquiera había estado en París, y eso que soñaba con hacerlo.

Yo le había prometido llevarlas a ella y a Sonia en alguna ocasión, un viaje de las chicas de la familia que le costaba aceptar. Siempre se excusaba en que no tenía suficientes vacaciones, en que si tal o en que si pascual... Todo para que no me rascase el bolsillo. Tendría que sorprenderla de buenas a primeras como hizo Sergio conmigo y listo.

La dependienta que se me acercó parecía sacada directamente de una revista de moda. Su aspecto era impecable, aparte de que se trataba de una muñeca y de que sus modales no podían ser más elegantes.

—¿En qué podemos ayudarla, señorita? —me preguntó en francés.

Yo me defendía bastante bien porque los idiomas siempre me gustaron y estudié tanto inglés como francés en su momento.

—Quería ver trajes de fiesta, por favor.

—¿Y de qué tipo de fiesta estamos hablando exactamente?

—De la que será la fiesta de mi pedida.

—*Ohlala*—murmuró contenta.

—Sí, eso creo—le contesté con un pellizco en el estómago, debido a que mis sensaciones eran contradictorias.

—Venga, conmigo, por favor... Así para su estilo, con esa figura tan perfecta...

—¿Perfecta? No se pase. ¿Y si nos tuteamos? Me será mucho más cómodo.

—Pues entonces, permíteme decirte que lo de perfecta se queda corto.

—No, no... Que me voy a gastar la pasta de todas maneras, mujer. No hace falta que me hagas la rosca así.

—Nada de hacerte la rosca. Yo te veo con un vestido que justamente tenemos y que...

Cerró los ojos.

—Dime por favor que para verme no tienes que entrar en trance.

—Qué simpática eres. Perdona, no me he presentado. No sé, es que se me ha pasado. Soy Nicole.

—Y yo soy Alba.

—Alba, ¿te gusta el melocotón?

—Sí que me gusta, pero vengo justamente de desayunar y chica, no te imaginas cómo me he puesto. Mi novio me quiere engordar a traición.

—Te lo puedes permitir...

—Que no, que luego me veo demasiada cadera. Paso de zampar más a estas horas.

—Alba, en cualquier caso, me refería al color melocotón. Pero que si quieres algún capricho, solo tienes que pedirlo, ¿un poco de champán?

—¿Champán a estas horas? Que ya te he dicho que me voy a gastar la pasta igual. No hace falta que me emborrache—le comenté y es que no se pudo reír más.

—Ven, acompáñame.

No era un color que yo hubiese contemplado nunca para un evento de ese tipo y, sin embargo, nada más

probármelo comprobé la elegancia de un tono de ese color también conocido como durazno o naranja pastel.

—Me encanta, me encanta—repetí cuando me miré al espejo.

—Normal. Este color hace llegar a los demás alegría, exuberancia y suavidad, todo al mismo tiempo. Y ello gracias a la mezcla del amarillo, del naranja y del blanco que combina.

—Por favor, Nicole, que me quedo embobada solo de escucharte.

—Pues en realidad, te diría que yo también, porque soy lesbiana, pero no se lo cuentes a nadie.

—Oye, que yo novio ya tengo—bromeé.

—Lástima—añadió ella en tono jocoso también.

Lo último que me hubiese esperado de una dependienta que me parecía tan seria y que rezumaba elegancia era una confesión de ese tipo, que me hablase de su vida privada. Se ve que se sintió cómoda y a la chiquilla se le calentó el pico como nos podría haber pasado a cualquiera.

El vestido era de estilo griego, un alarde de elegancia donde los hubiese, con solo un hombro, tela de impresionante caída, cogido al cuerpo y con una especie de capa que salía del hombro que era una virguería.

—Esto te lo tendrías que poner con pocas joyas: unos pendientes y un brazalete en todo caso—me indicó cuando acepté y le dije que me lo llevaba—. Habrá que hacerte unos arreglos, debería ceñirse más a tu cuerpo. Sobre todo aquí, en la cintura. La tienes muy chiquitita y eso hay que potenciarlo. Realza tu busto y...

—Pero el martes ya estaré de vuelta en España.

—Fantástico. Te lo enviaremos.

—Ok, pues entonces, vengan esas pruebas, ¿cómo dices que debe quedarme?

Estaba como una princesa, igual que se ve en las pelis. La sala que hacía las veces de probador era alucinante, llena de espejos y yo estaba subida en una especie de banco, muy cómodo y lujoso también, para quedar a mayor altura.

Salí de allí con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. El vestido en sí era una verdadera joya, por eso apenas había que añadirle ninguna más. Nada de lo que me hubiese imaginado nunca y, no obstante, ¡¡era el mío!! Se

trataba del vestido de mi vida.

Nada más poner un pie en la calle, me paré un momento... Me casaba con Sergio, la maquinaria estaba en marcha. Y le había sido infiel con Héctor.

Me decidí a dejar de verle. No podría centrarme en mi fiesta de compromiso y en mi posterior boda mientras ciertos pensamientos me asaltaran una vez tras otra.

—Pero bueno, mira quién viene por ahí—me silbó otra vez Sergio al verme aparecer por la cafetería en la que dijo que me esperaría.

—Y con un vestido de pedida que es una locura. Sigo pensando que no deberías haberlo hecho. Ahora la tarjeta pesa menos. Creo que te la he vaciado.

—Alba, hace falta más que la compra de un vestido, por mucho que sea de alta costura, para vaciarme la tarjeta.

—Tú mismo, tú mismo... Barato no ha salido.

—Sí que me ha salido barato, porque pagaría mucho más por ver esa sonrisa que me traes.

trataba del vestido de mi vida.

Nada más poner un pie en la calle, me paré un momento... Me casaba con Sergio, la maquinaria estaba en marcha. Y le había sido infiel con Héctor.

Me decidí a dejar de verle. No podría centrarme en mi fiesta de compromiso y en mi posterior boda mientras ciertos pensamientos me asaltaran una vez tras otra.

—Pero bueno, mira quién viene por ahí—me silbó otra vez Sergio al verme aparecer por la cafetería en la que dijo que me esperaría.

—Y con un vestido de pedida que es una locura. Sigo pensando que no deberías haberlo hecho. Ahora la tarjeta pesa menos. Creo que te la he vaciado.

—Alba, hace falta más que la compra de un vestido, por mucho que sea de alta costura, para vaciarme la tarjeta.

—Tú mismo, tú mismo... Barato no ha salido.

—Sí que me ha salido barato, porque pagaría mucho más por ver esa sonrisa que me traes.

Capítulo 14



Pasamos un par de días más en París. Un par de días en los que traté de desconectar y, en la medida de lo posible, no volver a pensar en Héctor.

Visitamos muchos lugares tanto de la ciudad como, sobre todo de los alrededores, lugares que no conocíamos y que nos entusiasmaron.

París nunca defrauda y, a mi vuelta, creí que podría haber dejado aparcados los problemas que me llevé en la maleta hasta allí.

Entré en la clínica y me encontré con Sonia, mi hermana. No podía contentarme más el verla de nuevo por allí, sacándose un cafecito de la máquina antes de bajar a la lavandería.

Por supuesto que yo tenía cosas que agradecerle a Humberto. Y una de ellas fue en que su día contratase a mi hermana. Que conste que Sonia daba el callo como la primera y que el trabajo de la lavandería le entusiasmaba, pero la oportunidad se la dio él y por tratarse de mi querida hermana.

—Ya está aquí mi parisina favorita—se vino hacia mí—. Dime que me has traído algún regalito.

—Claro que sí. Cierra los ojos.

—¿Tengo que cerrarlos? Recuerda que me agobia mucho la oscuridad.

—Es verdad, cariño.

Salía en ese momento Sergio, quien ya llevaba un rato más que yo allí.

—Pero bueno, si es mi cuñadita. Y mira qué guapa va a estar con la boina roja que le va a regalar su hermana.

—¡Serás pincha globos! —le di en el brazo—. ¡Que era una sorpresa!

—Anda, y yo qué sé. *Sorry*...

—Vuela de aquí...

—No. Esperaré y os haré una foto juntas para que se la enviéis a vuestra madre.

—¿Y desde cuándo te detienes a hacer esas cosas? Caga prisas, que siempre has sido un caga prisas.

—Además, que yo prefiero un selfi, que controlo más como salgo—añadió Sonia.

—Vaya, se ve que hoy no tengo ni una idea buena. Pues ya me largo. Me largo ahora mismo—rio.

—Venga, que es reunión de chicas.

—¿Reunión de chicas? —llegó expectante Patricia—. ¡¡Me uno!!

—Ven, que para ti también hay regalito...

—Y encima con regalito, ¿no seré la chica con más suerte del mundo?

—Depende, ¿has visto a mi cuñado Iván este fin de semana? —le pregunté con sonrisa pícaro.

—Lo he visto, sí. Me invitó a una fiesta de pilotos. Y me recogió...¡¡ay, que no te puedo ni contar cómo me recogió de guapo!!

—Oye, que a mí también me recogió Luis para ir al cine y no me has preguntado nada—se quejó Sonia, que tendía a encelarse un poco.

—Cariño, es que no tenía ni idea...

—Si no preguntas, cómo la vas a tener. Que no solo tiene novio tú, hermana. A ver si te crees que porque será el director de la clínica...

—¿Qué dices, pava? ¿Desde cuándo he mirado yo esas cosas?

—Vale, vale... Pues que te enseñé fotos de cuando salí con Luis.

Le hice señas a Patricia de que se fuera y de que le daba su detalle más tarde, porque Sonia se estaba enredando como una persiana y la vi con prisa.

Sacó las fotos, me las enseñó, apuró su café y fue a sacar otro.

—Dos ni en broma, que sabes que a mamá no le gusta que tomes ni uno.

—Pues que venga ella a decírmelo en persona, que no te mande a ti, ¿o no te acuerdas de que soy mayor de edad y de que trabajo?

—Pero vives con ella y hay unas normas, acuérdate también. Por cierto, muy guapos los dos, ¿lo pasasteis bien?

—Tan bien que el tiempo pasó súper rápido, no lo entiendo. Mamá se enfadó porque llegué tarde y no la avisé.

—Pues normal que se enfadase.

—Oye, que soy tu hermana y tú has pasado antes por eso. Tendrías que ponerte de mi parte.

—Y siempre te las tapo todas, incluida la del café, pero te lo debo recordar.

—Y yo te recuerdo que todavía no has sacado la boina esa roja que se supone que no sé que me vas a regalar. Tu novio será rico y guapo, pero también bocazas.

—Un poco lo es, sí, ¿a quién saldrá?

—A su puñetero padre, ¿no? Porque eso es lo que estás pensando.

—Un poco, ¿y tú por qué me conoces tan bien? Toma la boina, ya verás lo guapa que estás con ella.

—Ay, que me la has encasquetado y me agobio.

1 —Tú estás un poco sensible hoy, ¿no?

—Es que estoy enamorada y eso se siente a flor de piel.

—Ay, madre mía, mucha novela romántica lees tú, enana.

—Que no soy enana...

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Venga, un selfi.

—Ok, pero luego me hago uno sola para mi perfil, que quiero cambiar la foto.

—Muy bien, porque estás guapísima.

—Sí, pero ¿tú tienes ahí una barra de labios roja por casualidad?

—¿Crees que voy a una fiesta? No. Y tú no te sueles maquillar.
?

—Eso era antes. Ahora...

—Ay, calla, que ahora estás enamorada y quieres que te haga juego con la boina.

—Y, además, que el rojo es el color de la pasión. A los chicos les gusta.

—¿A qué chico exactamente? —escuché que le preguntaban y me di la vuelta.

—Hola, Héctor, no te esperaba—me sobresalté.

—Pues trabajo aquí, Alba. De momento—soltó con cierta ironía.

—¿Por qué dices de momento? ¿Es que te van a echar, Héctor? —le preguntó Sonia.

—Espero que no—le contestó mirándome con picardía—. Estás muy guapa, Sonia. Y tú también, Alba, ¿tendrías un minuto para hablar?

Suerte que nadie sabía lo de nuestro revolcón o igual el pie en la calle lo tendríamos ambos.

—Lo siento, voy súper pillada. En otro momento, ¿ok? —le propuse, saliendo a la carrera de allí.

—Que no soy enana...

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Venga, un selfi.

—Ok, pero luego me hago uno sola para mi perfil, que quiero cambiar la foto.

—Muy bien, porque estás guapísima.

—Sí, pero ¿tú tienes ahí una barra de labios roja por casualidad?

—¿Crees que voy a una fiesta? No. Y tú no te sueles maquillar.

—Eso era antes. Ahora...

—Ay, calla, que ahora estás enamorada y quieres que te haga juego con la boina.

—Y, además, que el rojo es el color de la pasión. A los chicos les gusta.

—¿A qué chico exactamente? —escuché que le preguntaban y me di la vuelta.

—Hola, Héctor, no te esperaba—me sobresalté.

—Pues trabajo aquí, Alba. De momento—soltó con cierta ironía.

—¿Por qué dices de momento? ¿Es que te van a echar, Héctor? —le preguntó Sonia.

—Espero que no—le contestó mirándome con picardía—. Estás muy guapa, Sonia. Y tú también, Alba, ¿tendrías un minuto para hablar?

Suerte que nadie sabía lo de nuestro revolcón o igual el pie en la calle lo tendríamos ambos.

—Lo siento, voy súper pillada. En otro momento, ¿ok? —le propuse, saliendo a la carrera de allí.

Capítulo 15



Camilo llegó con cara de estar feliz también y me alegré cantidad por él.

—A alguien le ha sentado fenomenal lo de recibir visita femenina este finde...

—Es que las tías somos la caña de España—se unió a mí Patricia.

—Caña sí que me ha dado, sí.

—Y te lo querías perder porque vive fuera...

—Ya veremos cómo van las cosas. Todavía no las tengo claras. Nos estamos conociendo.

—A fondo, porque ayer es que no estabas, Alba, pero llegó con cara de haber hecho una buena faena.

—Sois malas, lo sois. Por cierto, ¿y cómo viene la potra salvaje de París? Porque cuando te fuiste, nos dejaste con la miel en los labios.

—Pues vengo domada. Os voy a enseñar una cosa, pero tenéis que guardarme el secreto.

—¿La foto de un amante parisino? Porque de ti ya me lo espero todo, niña.

—Camilo, no tengas guasa, que ya te he dicho que vengo domada, por favor.

—Es verdad, ¿y entonces?

—¿Os gusta? —les pregunté al sacar la foto de mi vestido.

—Joderrrr... Es de *influencer* o de actriz o de yo qué sé... Menos de alguien que gane un sueldo, de cualquiera.

—Me lo ha regalado Sergio. Me lo enviarán en los próximos días, que me lo están ajustando.

—Semejante vestido y ajustado a tu tipazo, no veas—negó Camilo con la cabeza.

—Este tiene razón, cuando la tiene la tiene—lo señaló Patricia—. ¿Y dónde se supone que irás con eso? ¿Te han invitado en Zarzuela a una recepción real?

—Es para mi pedida, para mi fiesta de pedida—suspiré.

—Suspira un poquito más y creerán todos que hablas de tu velatorio, querida—me hizo ver Patricia.

—Es que ando un poco melancólica.

—Tú lo que andas es más liada que la pata de un romano y lo entiendo. Menudos dos bombones entre los que debes debatirte—rio ella—. Si no fuera porque a mí me tira más mi piloto, te diría que me quedo al que sueltes, y todos contentos.

—¿Qué dices, mujer? Yo me voy a casar con Sergio, ¿con quién si no?

—Y al otro lo dejas de amante, mal plan no es.

—So burra, que no...

—Así me gusta, que me digas cosas bonitas.

—Si es que me calientas el pico, ¿qué quieres que te diga?

Menudo lío que estábamos formando.

—Va, va, vamos a lo que vamos. Sabes que tengo una pregunta que hacerte, amiga. Y una seria.

—No me he follado a tu cuñado. No nos hemos dado ni un pico todavía, para tu información.

—No era eso—reí.

—Ah, vale, pues ya estás informada igualmente.

—Es lo de Lola, aunque me temo que, si no me has dicho nada, es porque las noticias no son buenas.

—La operan en un par de días, no es bueno. Está aquí ingresada desde ayer. Lo siento.

—Joder, joder...

—¿Y Merche?

—Está fatal, no te voy a engañar.

—Y con razón. Menudo susto tendrá en el cuerpo.

—Te acompaño si quieres a verla.

—Vale. Oye, ¿le pudiste dar tú la noticia?

—No, tuvo que ser la chica nueva, Carla.

—¿Carla? Mierda... Ni siquiera las conocía a ninguna de las dos.

—Se dio así, lo siento.

Caminé con Patricia hasta la puerta de la habitación y, en ese momento, la niña estaba sola y dormida.

—Ha pasado mala noche, al parecer. Y por eso ha caído rendida. Le molesta bastante.

—Maldita sea, y que a una cosita tan pequeña le pase algo así. Qué injusto.

—Es nuestro trabajo, Alba, no te olvides. Nos comemos marrones de estos todos los días.

—No, claro que no me olvido. Mira, por ahí viene Merche.

—Y con cara de pocos amigos, por cierto.

Merche pasó por nuestro lado y solo saludó, y a lo justo, a Patricia.

—Déjame con ella, por favor—le pedí.

Seguí sus pasos hacia el interior de la habitación y se volvió.

—Si no le vas a hacer nada a mi hija, te ruego que te marches, Alba.

—Merche, por favor, ¿qué te pasa conmigo? Yo no tengo la culpa del diagnóstico de tu hija. En cuanto me contaste lo que le pasaba, os envié a que os hicieran las pruebas pertinentes. Lo sabes.

—No, de eso no tienes la culpa, pero sí de haberme dejado tirada en el peor día de mi vida, Alba.

—¿Lo dices porque no estuve aquí ayer? Lo lamento de corazón, pero no pude. Me salió un compromiso, no lo sabía la semana pasada cuando nos vimos, palabra.

—Sí, pasé antes por detrás de vosotros y te escuché. Has estado en París y encargaste un primor de vestido para tu fiesta de pedida. Enhorabuena por tu enlace, pero eso no se hace. Me sentí muy sola, ¿sabes? Siempre te he traído a mi niña, desde recién nacida. Recuerdo el día en que me pediste, con todo el cariño y la educación que te caracterizan, que no viniera con ella cada vez que le pasaba lo más mínimo. Sabes que Lola es todo lo que tengo y te necesitaba. Y me encontré con que, después de tratarla en sus cuatro añitos, la noticia que más temía me la dio una desconocida total.

—Lo siento, Merche, siento si crees que te he fallado.

—Sí que me has fallado, Alba, y estrepitosamente. En ningún momento imaginé que no estarías para explicarme el alcance de la dolencia de mi hija, para decirme si tenía o no posibilidades de curarse del todo.

—Claro que las tiene. Eso ni lo dudes. Por supuesto que las tiene.

—Ya me lo han confirmado otros. Yo necesitaba escucharlo de tus labios, de los labios de la pediatra en quien confío, escucharlo ayer y no hoy. Vete, por favor. Sal de esta habitación porque ahora mismo no quiero verte.

—Déjame con ella, por favor—le pedí.

Seguí sus pasos hacia el interior de la habitación y se volvió.

—Si no le vas a hacer nada a mi hija, te ruego que te marches, Alba.

—Merche, por favor, ¿qué te pasa conmigo? Yo no tengo la culpa del diagnóstico de tu hija. En cuanto me contaste lo que le pasaba, os envié a que os hicieran las pruebas pertinentes. Lo sabes.

—No, de eso no tienes la culpa, pero sí de haberme dejado tirada en el peor día de mi vida, Alba.

—¿Lo dices porque no estuve aquí ayer? Lo lamento de corazón, pero no pude. Me salió un compromiso, no lo sabía la semana pasada cuando nos vimos, palabra.

—Sí, pasé antes por detrás de vosotros y te escuché. Has estado en París y encargaste un primor de vestido para tu fiesta de pedida. Enhorabuena por tu enlace, pero eso no se hace. Me sentí muy sola, ¿sabes? Siempre te he traído a mi niña, desde recién nacida. Recuerdo el día en que me pediste, con todo el cariño y la educación que te caracterizan, que no viniera con ella cada vez que le pasaba lo más mínimo. Sabes que Lola es todo lo que tengo y te necesitaba. Y me encontré con que, después de tratarla en sus cuatro añitos, la noticia que más temía me la dio una desconocida total.

—Lo siento, Merche, siento si crees que te he fallado.

—Sí que me has fallado, Alba, y estrepitosamente. En ningún momento imaginé que no estarías para explicarme el alcance de la dolencia de mi hija, para decirme si tenía o no posibilidades de curarse del todo.

—Claro que las tiene. Eso ni lo dudes. Por supuesto que las tiene.

—Ya me lo han confirmado otros. Yo necesitaba escucharlo de tus labios, de los labios de la pediatra en quien confío, escucharlo ayer y no hoy. Vete, por favor. Sal de esta habitación porque ahora mismo no quiero verte.

Capítulo 16



No levanté la cabeza el resto de la semana. Por suerte, la operación de Lola salió bien, aunque de momento la teníamos en la planta de oncología infantil y debería permanecer allí un tiempo. Su lucha no había hecho más que comenzar, pues su caso se presentó algo más complicado de lo que se hubiera podido pensar a priori.

Merche seguía sin dirigirme la palabra más que para lo estrictamente necesario a nivel médico y me hacía sentir muy mal.

Me había cruzado varias veces en esos días a Héctor y en todas ellas le hui. Coincidimos en aquel ascensor, que paró adrede en cuanto me subí.

—¿Qué haces? No puedes pararlo porque te interese.

—Si es la única forma de que logre que hablemos, puedo hacerlo. Y lo haré todas las veces que sea necesario, ¿por qué me huyes, Alba?

—Por favor, aquí no... Yo qué sé, alguien podría escucharnos desde fuera. Me da miedo.

—Vives con muchos miedos, eso es cierto.

—No tantos.

—Le daré al botón solo si me acompañas a mi despacho.

—No voy a volver a follar contigo, Héctor—le solté sin paños calientes.

—Me gustan las chicas directas y, aunque lo que me has dicho no es de mi agrado, lo valoro mucho.

—Está bien. Te acompañaré si eso lo tienes claro.

—Meridianamente, por lo que me dices.

Nos bajamos del ascensor y, camino de su despacho, todo el tiempo iba mirando hacia atrás.

—Alba, no nos sigue nadie, no estás en una peli de espías y, en cuanto a levantar sospechas de algo, solo lo harás si persistes en esa actitud tan absurda. Actúa con naturalidad.

—Tienes razón, Héctor, perdona.

—Yo no tengo nada que perdonarte. Solo quiero que sepas que me tienes aquí, que cuentas conmigo, y que me gustaría hablar contigo.

Entramos en su despacho y cerró la puerta. Me sentí temblar de nervios. No era lo habitual en mí, pero no estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones.

—¿Te sientas unos minutos, por favor?

—Vale—respondí escuetamente.

—Y ahora, ¿podemos hablar? —él se sentó en el borde de la mesa, muy cerca de mí, demasiado.

—¿Y si mejor te sientas tú también? Detrás de la mesa, me refiero.

—¿Te infunde miedo estar aquí conmigo, Alba?

—Me infunde respeto.

—El de no saber si serás capaz de controlarte...

—Por favor, Héctor, no sigas por ahí.

—Me deseas igual que yo a ti. No obstante, llevas días huyéndome, apenas me regalas un saludo y sales por patas en cuanto me ves.

—No me encuentro bien esta semana, Héctor. No están siendo días fáciles.

—¿Y eso por qué?

—Porque le fallé a Merche, la madre de una de mis pacientes favoritas. Está mal que lo diga, pero tengo mis predilectos.

—Todos los tenemos, es humano tener debilidades. Tú eres la mía, Alba.

—Yo hablaba de pacientes.

—Está bien, ¿por qué crees haberle fallado a esa mujer?

—Por una razón muy sencilla: porque me fui a París con Sergio sabiendo que no estaría de vuelta el lunes para darle un diagnóstico de su hija que no era bueno, que era jodido. Y había muchas posibilidades de que así fuera. Yo lo sabía.

—¿Y tú no tienes derecho a disfrutar de tu vida privada? Y te lo digo yo, que también soy parte interesada.

—¿Cómo vas a ser parte interesada? No, por favor...

—Yo no me lo quito de la cabeza, Alba. Lo que pasó entre nosotros.

—Y yo tampoco—murmuré porque me salió solo, cuando ninguna intención tenía de confesárselo.

—Está bien—me miró intensamente—. Dicho esto, ni esa mujer ni yo ni nadie tiene derecho a censurar tu conducta, a decirte dónde tiene que apeteceerte ir. Ella está pasando sin duda por un momento delicado de esos en los que deseas echarle la culpa a otro y te ha tocado. Moviste ficha y ella detrás, apuntándote con el dedo acusador.

—Hasta ahí lo puedo entender, pero ¿sabes lo peor?

—Que no te apetecía emprender ese viaje, me lo imagino.

—Joder, ¿ves por lo que me das miedo? Te adelantas a las jugadas, Héctor.

—No es eso, es que juego en tu misma liga y nuestros pensamientos son similares. A París solo hubiera querido marcharme contigo, con nadie más.

—No me digas eso, por favor.

—Y sé que a ti te ocurrió lo mismo. Por eso te culpas más, porque ni siquiera te lo pasaste tan bien, solo lo hiciste por seguir los impulsos de Sergio, por complacerle y porque te sientes mal respecto a él, ¿fue un viaje sorpresa?

—Totalmente.

—¿Y le dijiste que no querías ir?

—Le conté que quería estar el lunes aquí, para poder atender a Merche. No lo vio razonable y me convenció, por eso me siento regular, como en deuda con ella.

—No estás en deuda ni con ella ni con nadie, eso lo primero, pero Sergio debió escucharte, yo lo hubiera hecho.

—No le echas mierda encima, por favor, me voy a casar con él.

—Cuando él quiera, me lo figuro, cuando le parezca oportuno organizar esa fiesta y pedírtelo.

—Me ha regalado un vestido que vale una barbaridad. Sé que me quiere, Héctor.

—No hace falta regalarte un vestido así para quererte, Alba.

—Lo sé, pero es un gesto más... Eso, París...

—Todo lo que le satisface a él, en definitiva. Y, ya de paso, al arrogante de su padre, porque no niegues que lo es.

—¿Humberto? Mucho, pero Sergio no.

—Sergio no te quiere como yo, Alba.

—Pues claro que no. Tú me llevas tratando así unos días. Él es mi novio desde hace mucho. Me quiere bastante más.

—No des las cosas por sentadas tan rápido. No llevamos apenas tiempo tonteando, pero yo llevo mucho tiempo enamorado de ti, mucho.

—¿Enamorado de mí? Nunca me lo has confesado, es la primera vez.

—Porque nunca te vi en actitud receptiva hasta hace poco.

—Cuando me disgusté tanto con Humberto. Entonces, ¿te has aprovechado de mi momento de debilidad?

—No lo mires así, ni mucho menos. Te encontré vulnerable, por primera vez, y dispuesta a abrir los ojos. Yo solo quise que los terminases de abrir por ti misma. Jamás trataría de manipularte. Te quiero demasiado para eso, preciosa.

—Por favor, esto no puede estar pasando, ¿cómo vas a llevar tiempo enamorado de mí?

—Desde que te conocí, pregúntame algo de ti.

—No, no quiero entrar en ese juego—me tapé los ojos como si así pudiera esquivarlo en un gesto un tanto infantil, como habría hecho cualquiera de mis pacientes.

—El juego ha comenzado igualmente, no lo puedes parar. Me gustan tantas cosas de ti... La forma en la que pones el labio superior, como temiendo quemarte, cada vez que vas a sorber de tu taza de café; esa otra en la que sacas ligeramente la lengua cuando estás estudiando un caso que no te cuadra...

—¿Te has fijado en todo eso?

—Y en mucho más, princesa, ¿quieres que siga?

—No, por favor, no es necesario. Para, para.

Le dije que parase de hablar, pero lo que hice fue besarle. Comencé yo y enseguida su lengua estaba entrelazando igualmente la mía, besándonos como locos.

Héctor dio con el brazo y tiró todo lo que había sobre su mesa, que cayó a ambos lados. El estruendo fue curioso, aunque poco le importó.

Me colocó encima de esa mesa con las piernas abiertas, tras despojarme de los pantalones. Enseguida tiró igualmente de mi blusa y me dejó en ropa interior.

Se tomó unos segundos para disfrutar de la visual que echó, como si estuviese memorizando cada detalle de mi cuerpo, como si lo estuviese reteniendo en su retina.

Jadeé, jadeé al contacto con su boca y con sus dedos. Lo hice con todo mi cuerpo botando sobre la mesa. A

pesar de contar con un cristal debajo de mi cuerpo, el cual debía estar frío, yo ardía y, por tanto, no noté nada al respecto.

Héctor comenzó a acariciarme. En esa ocasión, amparados en la intimidad de su despacho, se tomaría más tiempo. Se le notaban las ganas, esas que salían de sus ojos y entraban en mí a través de las puntas de sus expertos dedos, que buscaban mi clítoris.

Enseguida noté que lograría sacar de mí un rápido orgasmo, que no por salir con rapidez dejaría de ser ni un ápice de placentero. Nada que ver con ese último que tuve que fingir con Sergio.

Cuando me llegó, ahogué el grito en mi propio brazo, tapándome la boca con él y encontrándome con la más sexi de las sonrisas por parte del hombre que me lo había provocado.

—No puedo más, estoy en llamas—le confesé entonces.

—También yo estoy en llamas, en llamas por ti.

No pude esperar más y así se lo hice saber. Quise enseguida que entrase en mí y no se hizo de rogar. Los dos lo necesitábamos.

De pronto, unos nudillos tocaron en la puerta y me quedé loca.

—Tranquila, he echado el pestillo, por supuesto.

—Héctor, ¿estás ahí? —le preguntaba su compañera Neus, cuya voz reconocimos ambos.

La llamada por respuesta y ella que terminó por marcharse.

—Qué susto, creí que nos sorprenderían.

—Tú eres la única con capacidad de sorprenderme. No era fácil tenerte aquí esta semana y mira.

—No me lo repitas, que todavía salgo corriendo.

—No puedes, ahora no puedes. Mírame y dime que no puedes.

Cuando me hablaba así, activaba un botón en mí que causaba mi total ceguera. Estaba ciega por él, por robarle besos que no eran robados porque me los regalaba a montones, por sentir sus dedos, por notar su lengua, por

visualizar su movimiento de cadera.

Cuando terminamos, cuando tras un buen rato dentro de mí él también acabó, no sabía qué decir. Y me refiero a mí.

;

—Héctor, esto que acaba de volver a pasar...

—No puede ocurrir nunca más, ya me lo imagino.

—No te lo tomes a broma. Nos estamos jugando mucho.

—No nos estamos jugando tanto. Lo importante es lo importante.

—Si Sergio se entera de esto, a mí no sé qué me hace, pero tú tienes los minutos contados en esta clínica. Sabes que Humberto haría cualquier cosa que su hijo le pidiese.

—Lo que acaba de ocurrir aquí, quizás bien valga tener que buscar trabajo en cualquier otro lugar.

—No digas cosas...

—Ni a ti ni a mí nos costaría. Nos sobra currículum para eso. No temes algo así, temes la salida de tu zona de confort.

—Héctor, me está llamando Patricia y parece que es urgente. Termino de vestirme volando y me tengo que ir.

—Claro, ve. Pero tenemos una nueva conversación pendiente.

—No lo sé, porque empiezo a pensar que tú y yo no somos capaces de hablar solamente.

—Sin ponerle un final como este a la conversación, estoy de acuerdo.

—Me voy, perdóname. Va en serio, Patricia me está buscando.

—No lo pongo en duda. Espero que no sea nada, bonita.

Salí de su despacho volando y me dirigí al ascensor, donde me la terminé encontrando.

—¿Qué haces aquí, nena? —le pregunté.

—No daba contigo y sospeché que estarías con Héctor. No me he equivocado.

—Lo siento, lo siento.

—No tienes que sentirlo, eso no es cosa mía. El problema lo tiene Sergio.

—No lo digo por eso. Siento que no me encontrases.

—Ah, ya. A Merche le ha dado un ataque de ansiedad, por eso te estaba buscando.

—¿Le ha sucedido algo malo a Lola?

—No, la niña sigue igual. Se ve que tenía que reventar y la mujer lo ha hecho.

—Voy a buscarla. Llama también a Héctor, por favor. Dile que quizás le necesitamos, que venga rápido. Está en su despacho.

—Espero que haya tenido tiempo de ponerse los pantalones.

—¿Y por qué sabes que se los ha bajado?

—Porque llevas los tuyos al revés, Alba. Se te está yendo el tema un poquito de las manos, yo no te digo nada.

—Por Dios, ni una palabra de nada de esto a Iván.

—¿Por quién me has tomado? No me jodas, cariño. Lo que quiero es que nada de esto te dé un reventón en la cara. Me comienzas a asombrar bastante.

—Llama a Héctor, por favor.

—No daba contigo y sospeché que estarías con Héctor. No me he equivocado.

—Lo siento, lo siento.

—No tienes que sentirlo, eso no es cosa mía. El problema lo tiene Sergio.

—No lo digo por eso. Siento que no me encuentres.

—Ah, ya. A Merche le ha dado un ataque de ansiedad, por eso te estaba buscando.

—¿Le ha sucedido algo malo a Lola?

—No, la niña sigue igual. Se ve que tenía que reventar y la mujer lo ha hecho.

—Voy a buscarla. Llama también a Héctor, por favor. Dile que quizás le necesitamos, que venga rápido. Está en su despacho.

—Espero que haya tenido tiempo de ponerse los pantalones.

—¿Y por qué sabes que se los ha bajado?

—Porque llevas los tuyos al revés, Alba. Se te está yendo el tema un poquito de las manos, yo no te digo nada.

—Por Dios, ni una palabra de nada de esto a Iván.

—¿Por quién me has tomado? No me jodas, cariño. Lo que quiero es que nada de esto te dé un reventón en la cara. Me comienzas a asombrar bastante.

—Llama a Héctor, por favor.

Capítulo 17



Entré en la habitación de Lola y no encontré a su madre allí. La niña estaba en brazos de una enfermera.

—¿Has visto a Merche?

—Espera un momento, por favor—me comentó soltando a la niña en la cama y saliendo conmigo—. Estaba que se subía por las paredes, con un verdadero ataque de ansiedad y ha salido corriendo—me informó en cuanto estuvimos a solas en el pasillo.

—¿Qué le ha pasado a esta mujer ahora?

—Por lo visto se asustó porque Lola estaba profundamente dormida, a consecuencia de los sedantes, y no le respondía.

—Ay, pobre, y creyó que le había pasado algo.

—Justo. Comenzó a chillar y acudimos, pero ha salido corriendo. Hemos llamado a seguridad y varios compañeros la están buscando. No va en condiciones de encontrarse sola, te lo digo yo.

—¿Y dónde puede haber ido esta mujer?

—Igual a la calle, a pegar chillidos. Qué se yo... Llevamos unos días que no veas. A mí me han tocado ya unos cuantos casos que son de aúpa.

—Lo siento, bonita. Oye, quédate aquí y, si vuelve, no dudes en avisarme.

—Claro, Alba, lo haré.

Patricia venía ya con Héctor.

—Se ha marchado con un ataque de ansiedad. No sabemos dónde está.

En ese momento escuchamos gritos que procedían de las plantas superiores y a todos nos faltaron escaleras que subir.

—Está en la azotea, doctora Nasarre—me comentaron.

—¿En la azotea? ¿Qué se le ha perdido a esa mujer allí? Y, ¿cómo ha podido acceder a ella?

—Porque estaban cambiando una antena y se la ha encontrado abierta, me temo.

—No nos sale nada bien ni por equivocación—resopló Patricia.

Seguimos subiendo y Héctor quiso persuadirme de que entrase la primera, cosa que no logró. Yo me sentía culpable en ese caso y no pensaba parar hasta conseguir que Merche se encontrase mejor.

Entré la primera y me encontré lo que me iba temiendo. El chaval de seguridad trataba de persuadirla y ella que no entraba en razones.

—Señora, por favor, no se tire. Se lo suplico, que la vida es muy bonita—le decía.

—Será muy bonita para ti, pero a mi niña le ha pasado algo y yo ya no quiero vivir. Sin ella y sin su padre no, ya no tiene sentido.

Le indiqué al chaval que se apartase y me acerqué yo.

—Merche, estoy aquí, soy Alba.

—¿Alba? Otra que tal baila... ¿Ya te has enterado? Mi pobre niña, mi pobre niña...

—A tu niña no le pasa nada, te prometo que no.

—¡¡No me mientas, Alba!! Sí que le pasa... Yo misma vi cómo no se despertaba, ¿está...? Ay, no, no me lo digas, que no lo puedo soportar...

Entendí que no se trataba solo de un ataque de ansiedad, sino de algo más fuerte. Estaba delirando. Se había hecho su propia idea y no había quien la sacara de ella.

—Lola está despierta y perfecta. Sabes que le tienen que poner un tratamiento y que será un poco durito, pero va a salir de esta. La verás crecer y hacerse una mujer, Merche.

—¡¡No me mientas, Alba!! ¡¡No te atrevas a hacerlo otra vez!!

Héctor se adelantó en ese instante y se puso a mi lado.

—No te miente, Merche.

—¿Y tú quién eres? —se volvió hacia él.

—Es el mejor psiquiatra que tenemos, Merche. Él no te mentiría.

—¿Psiquiatra? ¿Me habéis tomado por loca?

—No, Merche, no pienses así, por favor. Una cosa nada tiene que ver con la otra.

—Alba, no paras de jugármela, ¿ahora me traes a un loquero? ¿Qué será lo siguiente? ¿Encerrarme?

—Merche, eso no es así. Héctor solo está aquí para ayudar—la miraba a los ojos y trataba de acercarme más a ella. La situación era de verdadera impresión porque estaba en la cornisa de la azotea y en cualquier momento podía tirarse o simplemente caerse al vacío.

—También quiso ayudarme uno como él cuando murió mi marido. Me mandó una medicación y me dijo que todo iría mejor. Y ahora... Ahora mi niña se ha ido con su padre.

—Tu niña no se ha ido a ninguna parte, ¿quieres que te la traiga? —le pedí.

—No juegues conmigo, Alba, con eso no. No me mientas más.

—No te estoy mintiendo, te lo prometo. Quédate ahí, no des ni un paso, ni te muevas. Y en nada te traeré a Lola.

Héctor asintió y yo me fui sobre mis pasos. Entré en la habitación, cogí a la pequeña y volé con ella.

—¡¡Aquí la tienes, Merche!! —exclamé contenta cuando vi que los ojos se le llenaban de lágrimas de emoción.

—¿Lola? Mi Lolita—murmuró en ese momento en el que, al intentar bajarse, el cuerpo se le fue hacia atrás.

Juro que por un momento la vi caer al vacío, como si ya hubiese ocurrido. Entonces, Héctor se abalanzó sobre ella y a punto estuvieron de precipitarse los dos. También Patricia le siguió, agarrándole por la bata, pues fue lo que únicamente pudo alcanzar.

Sentí un mareo increíble, grité, le tapé los ojos a la pequeña y... Y por fin comprobé que no había ocurrido, que Héctor pudo mantener el equilibrio a lo justo y salvar la vida de Merche, así como la suya propia.

Mientras que la madre corría hacia su hija, yo corrí hacia él. Suerte que Merche iba a lo suyo y que Patricia ya lo supiera, porque me tiré en sus brazos y le besé.

—Qué miedo he pasado, qué miedo he pasado—le confesé con los ojos llorosos.

—¿Has pasado miedo por mí, preciosa?

—Ni te lo imaginas. Si llega a sucederte algo...

—Venga, no exageres, ¿qué me podría suceder? —me preguntó quitándole importancia.

—Mira, Héctor, tú serás muy psiquiatra, controlarás mucho y todo lo que quieras, pero los huevos se te han debido poner de corbata—añadió Patricia, cuyo rostro también se había mimetizado con el blanco de la pared.

—¿Lola? Mi Lolita—murmuró en ese momento en el que, al intentar bajarse, el cuerpo se le fue hacia atrás.

Juro que por un momento la vi caer al vacío, como si ya hubiese ocurrido. Entonces, Héctor se abalanzó sobre ella y a punto estuvieron de precipitarse los dos. También Patricia le siguió, agarrándole por la bata, pues fue lo que únicamente pudo alcanzar.

Sentí un mareo increíble, grité, le tapé los ojos a la pequeña y... Y por fin comprobé que no había ocurrido, que Héctor pudo mantener el equilibrio a lo justo y salvar la vida de Merche, así como la suya propia.

Mientras que la madre corría hacia su hija, yo corrí hacia él. Suerte que Merche iba a lo suyo y que Patricia ya lo supiera, porque me tiré en sus brazos y le besé.

—Qué miedo he pasado, qué miedo he pasado—le confesé con los ojos llorosos.

—¿Has pasado miedo por mí, preciosa?

—Ni te lo imaginas. Si llega a sucederte algo...

—Venga, no exageres, ¿qué me podría suceder? —me preguntó quitándole importancia.

—Mira, Héctor, tú serás muy psiquiatra, controlarás mucho y todo lo que quieras, pero los huevos se te han debido poner de corbata—añadió Patricia, cuyo rostro también se había mimetizado con el blanco de la pared.

Capítulo 18



Me extrañó que, con la que se lio, Sergio no se hubiese enterado, por lo que tras bajar todos de la azotea, fui a buscarle a su despacho.

Al llegar, salía de él Arnau, precisamente el hermano de Neus, quien tocó en la puerta del despacho de Héctor cuando estuvimos liados dentro. Eran dos hermanos catalanes, ella psicóloga, número uno de su promoción, y él neurocirujano, un verdadero coco también. Un par de fichajes estrella que hizo Humberto unos años atrás y de los que estaba más que satisfecho.

Saludé a Arnau y él me notó alterada.

—¿Estás bien? ¿Algún problema, Alba?

—Un intento de suicidio por parte de una madre. No te digo nada.

—Cielos, ¿qué dices? ¿Llamo a mi hermana? ¿Todo controlado?

—Sí, Héctor está con ella y le está suministrando medicación. Muchas gracias, Arnau, eres estupendo.

—Qué menos. Somos compañeros. Si no nos ayudamos entre nosotros...

—Claro, claro.

—¿De veras que estás bien? Te veo muy pálida.

—Acojonada todavía, así es como estoy.

—Normal, vaya susto.

Sergio, que nos estaba escuchando hablar, salió de inmediato.

—Alba, ¿es eso verdad? ¿No habrá sido la madre de Lola?

—La misma. No sabemos lo que le ha pasado. Entró en pánico, pensando que a su hija le sucedía algo malo, que la había perdido.

—Pobre mujer... Iré a interesarme por el caso ahora mismo.

—Héctor está con ella, pierde cuidado.

—Ok, aunque solo me quedaré tranquilo si me prometes que estás bien y que, si sucede algo más, me avisarás.

—Claro, espero que no ocurra, porque ya tengo los nervios crispados. No sabes lo enfadada que está conmigo, cree que le he fallado.

—Ya me dijiste. La prueba evidente de que no está bien de la azotea, la pobre.

—La azotea ni me la nombres que casi se tira de allí. Y no estoy tan de acuerdo contigo. En cierto modo, sí que le fallé porque le dije que le daría el diagnóstico en persona y me fui de viaje.

—Lo que, indirectamente, te lleva a culparme a mí—suspiró.

—Yo no he dicho eso.

—Y yo tampoco quiero discutir. Lo siento. Por cierto, dentro de unas cuantas semanas tengo un congreso en Santiago, ¿te apetecería venir conmigo? Creo que podríamos pasarlo bien. Me apetecería mucho que me acompañases.

—A varias semanas vista, se me hace muy difícil decirte. Igual estoy hasta la bandera de trabajo, ¿lo comprendes?

—Vale, vale... Tú ya me dices.

No me apetecía, la realidad era que no me apetecía. No se lo podía decir así, lo que no cambiaba nada. No tenía ganas de ir con él y punto.

Fui de nuevo hacia mi planta y allí me encontré a Héctor, quien seguía con Merche. La Policía estaba con ellos.

Se había formado un buen pifostio y había que activar todos los protocolos.

—Se ha quedado dormida, por fin—resopló él—. ¿Tú cómo estás?

—Ya he ido al baño un par de veces, si eso te aclara algo.

—Y no me extraña. Le he suministrado un calmante fuerte. Dormirá durante horas.

—¿Qué le ha pasado, Héctor?

—Esta mujer no se trató bien cuando murió su marido y ha petado ahora. Las enfermedades mentales, al no dejar marcas físicas muchas veces, pues como que pasan más desapercibidas.

—Lo sé, lo sé.

—Pero no por eso dejan de ser peligrosas... A la vista está. Yo me encargaré de hacerle el seguimiento a partir de ahora, no te preocupes.

—Te lo ruego. Ella no venía bien desde que se enfadó conmigo. Siento como si ese cabreo hubiera sido el detonante de todo esto.

—No es así, tranquila. Merche tenía que petar y lo ha hecho. Por suerte, todo ha salido bien y la hemos cogido a tiempo de ser tratada.

—Y tú no vuelvas a asustarme así, ¿me oyes?

—Te oigo, te oigo. En el fondo, y voy a dejar la desgracia que ha podido suceder a un lado, me ha venido bien para saber que tú también me quieres un poquito.

—Ya, pero solo un poquito, no te hagas ilusiones.

—Ok, ok. ¿Estás bien? ¿Necesitas hablar? Porque a mí un café me vendría sensacional.

—Pues no te diré que no. Ahora bien, en tu despacho no, que tiene mucho peligro.

—Elige tú el sitio entonces. Me dejo manejar a tu antojo.

—Eso no te lo crees ni tú. Te sobra personalidad para eso.

—Una cosa no impide la otra.

—Vale, vamos a tu despacho.

—Si te acabo de decir que me adapto a lo que quieras.

—Pues por eso... Justo por eso te lo has ganado.

—¿Qué es lo que me he ganado? —preguntó con la sonrisa más sexi que me hubiese encontrado hasta ese día.

—Por favor, tú sabes demasiado.

—Yo solo sé que estoy deseando cerrar la puerta de ese despacho, sí.

Nos fuimos para allá. No defiende que sea lo más ético del mundo, pero cada cual se libra de la tensión como buenamente puede. En nuestro caso, lo hicimos practicando un sexo que nos supo a poco, porque tan solo un rato para desfogar con lo mucho que deseábamos estar juntos nos sabría a poco.

Cuando hubimos terminado, él me abrazó.

^a —Sabes que no es solo sexo, ¿lo sabes, verdad?

—Héctor no puedo con más tensiones ahora mismo, ¿tú también lo sabes?

—Perdona, bonita, perdona...

Me sentía muy extraña. Nunca le fui desleal a Sergio y me costaba verme en ese papel. Sin embargo, tampoco podía luchar contra lo que me pedían tanto mi mente como mi cuerpo. En pocos días, me estaba haciendo cautiva del sexo con Héctor, un hombre que decía llevar tiempo enamorado de mí y del que yo pasé por completo hasta entonces. Hasta que un día mi mente se cruzó con la suya y parecimos cortocircuitar, porque de golpe noté un inesperado chispazo en mi vida.

—Una cosa no impide la otra.

—Vale, vamos a tu despacho.

—Si te acabo de decir que me adapto a lo que quieras.

—Pues por eso... Justo por eso te lo has ganado.

—¿Qué es lo que me he ganado? —preguntó con la sonrisa más sexi que me hubiese encontrado hasta ese día.

—Por favor, tú sabes demasiado.

—Yo solo sé que estoy deseando cerrar la puerta de ese despacho, sí.

Nos fuimos para allá. No defiende que sea lo más ético del mundo, pero cada cual se libra de la tensión como buenamente puede. En nuestro caso, lo hicimos practicando un sexo que nos supo a poco, porque tan solo un rato para desfogar con lo mucho que deseábamos estar juntos nos sabría a poco.

Cuando hubimos terminado, él me abrazó.

—Sabes que no es solo sexo, ¿lo sabes, verdad?

—Héctor no puedo con más tensiones ahora mismo, ¿tú también lo sabes?

—Perdona, bonita, perdona...

Me sentía muy extraña. Nunca le fui desleal a Sergio y me costaba verme en ese papel. Sin embargo, tampoco podía luchar contra lo que me pedían tanto mi mente como mi cuerpo. En pocos días, me estaba haciendo cautiva del sexo con Héctor, un hombre que decía llevar tiempo enamorado de mí y del que yo pasé por completo hasta entonces. Hasta que un día mi mente se cruzó con la suya y parecimos cortocircuitar, porque de golpe noté un inesperado chispazo en mi vida.

Capítulo 19



Patricia llegó al día siguiente un tanto tocada del ala al trabajo. No me cogió de sorpresa porque tampoco yo tenía mi mejor día tras lo ocurrido el anterior con Merche, quien seguía bajo las pautas de Héctor.

—Traes los ojos muy colorados, como si te hubieras ido de juerga y vinieras de empalme, ¿lo has hecho? No te voy a juzgar, nena, porque también me hubiese metido entre pecho y espalda una botella anoche.

—No, no me fui de juerga. Y también pretendí meterme algo, pero no hubo suerte—me comentó mientras Camilo acudía a nuestra charla como las moscas a la miel.

—¿Qué te pasa, chiquilla?

—Que Iván me rechazó anoche, eso es lo que me pasa—lo soltó sorbiendo por la nariz y con lágrimas en los ojos.

—Ay, Dios, ¿mi cuñado hizo eso? —me senté de golpe porque lo iba a necesitar.

—Sí, y además, que me echó en cara que no se lo hubiera contado antes.

—Mira, no me lo puedo creer, ¿tanta importancia le dio? Camilo, ¿tú lo ves normal?

—A mí no me importaría. Yo solo miraría la mujer que es Patricia hoy, aunque tengo amigos que no piensan igual. No puedo decirte lo contrario, Alba, para qué te voy a mentir.

—Yo creí que los hombres de hoy eran más inteligentes—farfullé.

—La tonta soy yo, por pensar que podría esperar... Se lo tendría que haber dicho desde el primer día, para uno que me gusta de verdad...

—Espera, espera... Tú hablabas de Iván como de un polvo o, en todo caso, como de unos cuantos polvos... ¿Y

ahora te me has enamorado?

—¿Y qué le hago si me lleva esa planta encima de la moto que ni Marc Márquez? Y mira que me gustaba a mí ese niño en su día, más que comer con las manos... Pues este, todavía más. Este me ha vuelto tarumba.

—Pero ¿ya te habías liado con él o algo? —se interesó Camilo.

—Qué va, cómo me voy a liar con él... Ni un pico nos habíamos dado. He querido ser honesta, hablar las cosas antes.

—Y has hecho bien. Pero que ya pillaré a Iván por banda, amiga, ya lo haré.

—Tú no le digas nada, ni en broma. Si me rechaza por mi condición sexual, que me rechace... Él se lo pierde, no quiero sus migajas, Alba.

—No serían migajas. Apuesto a que también le gustas, aunque te han ganado el primer asaltos sus prejuicios.

—A otra cosa, mariposa. No quiero sufrir más. Este fin de semana me iré a un evento de bailes latinos al que m han invitado. Y que les zurzan a todos los hombres.

—¿Incluido a mí con lo que yo te quiero, Patri?

—Incluido a ti, Camilo, que no sabéis más que hacer la puñeta, condenado.

—Al final he pagado yo, Alba.

—Por algo será. Venga, no me des la brasa que estoy a tope.

Me estuve pensando si ir o no a ver a Iván. Y si no lo hice, fue porque mi amiga me pidió expresamente que no lo hiciera. Estaba rayada. Héctor me buscó por la tarde y le conté.

—No tiene que tratarse necesariamente de transfobia, es decir, de rechazo a las mujeres trans. Puede que tu cuñado, simplemente, no esté preparado para abordar una relación así. Puede ser cuestión de tiempo o no, igual reacciona o igual lo deja estar. Es su opción—me explicó.

—Madre mía, cómo está el patio. Yo creí que estas cuestiones andaban más superadas.

—Depende de para quién. Para un alto porcentaje de la población, sí, pero no para toda.

—Bueno, y mientras Patricia se me ha venido abajo. Qué lástima de mi niña. Oye, ¿qué me cuentas de Merche?

—Vengo ahora de la sesión con ella. He detectado una patología que bien podría haberla conducido a su intento de suicidio.

—¿Y es grave?

—No. Está relacionada con lo que te comenté, con la herida cerrada en falso de lo de su marido. Se pondrá bien te lo prometo. Por cierto, quiere verte.

—¿A mí? ¿No te habrás equivocado?

—No, no me he equivocado. Ve a hablar con ella. Le hará bien y también a ti.

—Gracias, Héctor.

e —No he hecho nada, ha salido de ella.

—Vale, pues lo haré y, si te parece, luego me paso por tu despacho y te cuento qué tal me ha ido.

—Esa sí que me parece la mejor de las ideas.

—Ok...

No me resistía, no me resistía a algo que era un juego muy peligroso, pero en el que prefería quemarme antes que renunciar a él.

Entré en la habitación y Merche me estaba esperando. Se levantó. Su mirada reflejaba cansancio y hastío, aunque hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa.

—Gracias a Dios que has venido y que no me has cogido miedo, Alba.

—¿Miedo? ¿Cómo te voy a coger miedo, mujer? Estaba deseando comprobar que andabas mejor.

—Fuiste muy valiente al acercarte a mí en ese estado. Y Héctor también...

—Ya pasó, Merche.

—Alba, creí que le había pasado, que mi niña ya no estaba aquí. Tú sabes que, de no ser así, jamás la hubiera dejado sola, ¿cómo iba a tirarme de saber que estaba bien?

—Lo sé, lo sé... Con la medicación y con la ayuda de Héctor, no te volverá a suceder algo así.

—Y a Lola tampoco le va a pasar nada malo, ¿verdad? Dime la verdad, Alba, no me mientras.

—Está en las mejores manos y saldrá de esta, cariño.

—Eres muy buena. Con la que te lie por haberte ido a París. Tú tenías derecho a hacer lo que quisieras. Y más con ese chaval tan mono con el que te vas a casar.

—Ya, ya...

—¿No te hace ilusión casarte? Cuando yo me prometí es que irradiaba felicidad por los cuatro costados, me salía por cada poro de mi piel.

—Sí, sí, estoy muy contenta.

—Debes estarlo. Oye, y el vestido ese del que hablabas, ¿te llegó ya? Por distraerme con algo, mujer.

—Justo me llega esta tarde. Hubo un problemilla y ha tardado algo más de lo previsto, pero como todavía no tenemos ni fecha para la pedida...

—Disfrútalo mucho, Alba, que estos días no vuelven.

—Alba, creí que le había pasado, que mi niña ya no estaba aquí. Tú sabes que, de no ser así, jamás la hubiera dejado sola, ¿cómo iba a tirarme de saber que estaba bien?

—Lo sé, lo sé... Con la medicación y con la ayuda de Héctor, no te volverá a suceder algo así.

—Y a Lola tampoco le va a pasar nada malo, ¿verdad? Dime la verdad, Alba, no me mientras.

—Está en las mejores manos y saldrá de esta, cariño.

—Eres muy buena. Con la que te lie por haberte ido a París. Tú tenías derecho a hacer lo que quisieras. Y más con ese chaval tan mono con el que te vas a casar.

—Ya, ya...

—¿No te hace ilusión casarte? Cuando yo me prometí es que irradiaba felicidad por los cuatro costados, me salía por cada poro de mi piel.

—Sí, sí, estoy muy contenta.

—Debes estarlo. Oye, y el vestido ese del que hablabas, ¿te llegó ya? Por distraerme con algo, mujer.

—Justo me llega esta tarde. Hubo un problemilla y ha tardado algo más de lo previsto, pero como todavía no tenemos ni fecha para la pedida...

—Disfrútalo mucho, Alba, que estos días no vuelven.

Capítulo 20



Cité a mi madre y a mi hermana esa tarde en casa para que recibieran el vestido conmigo. A ambas les flipaban esas cosas y se trató de una excusa como otra cualquiera para merendar juntas.

El tiempo estaba fantástico y puse la mesa en la terraza. Cuando llegaron, ya tenía la caja con el vestido en medio del salón.

—¿Todavía no lo has abierto? —me preguntó nerviosa Sonia.

—Todavía no, cariño. No podría hacerlo sin vosotras—le comenté.

—Claro, normal. Somos la mejor hermana y madre.

—Pues sí, Sonia, lo sois.

—Hija, ¿se te quema algo en la cocina? Es que huele a quemado.

—Ay, mamá, ¡¡el bizcocho de naranja y pasas!

—¡¡Qué bueno!! Mi preferido—se vino Sonia a la cocina detrás de mí.

—Pero en versión chamuscada—le comenté desinflada cuando lo vi.

—Vaya—resopló,

—Pero vaya, cariño... Esto está para tirarlo.

—Hija, ¿y no lo habías olido? Que quien acaba de pasar el COVID es tu hermana y no tú, ¿no te funciona el olfato? Alba, que te estoy hablando, ¿qué te pasa?

—Nada, mamá, que tengo la cabeza en otra parte. Ya sabes, problemas de trabajo—disimulé.

—¿Estás segura de que es eso? ¿Todo va bien? ¿No habrás reñido otra vez con Sergio a cuenta de su padre? Que sabes que no te sale rentable, cariño. No merece la pena.

—No, no la merece.

—¿Qué te pasa, Alba? Tienes ahí una lagrimilla.

—No es nada, mamá.

—La emoción por el vestido, ¿no? Yo también voy a llorar, pero por no tener uno igual—añadió Sonia, que era muy cómica.

—¿Es por eso, Alba? —prosiguió mi madre.

—Sí, venga. Abramos la caja ya.

Lo hicimos entre las tres, tirando del enorme lazo.

—Ay, por favor, qué cosa más bonita. Si solo el lazo de la caja ya vale un dinero. Cómo se nota su procedencia

—De París, de donde vienen también los niños, que cuestan otro dinerito, mamá. Se lo estoy diciendo a Luis, que muchos no podemos tener.

—¿Ya estás pensando en tener familia, peque? —miré a mi hermana.

—Sí, Alba, porque de peque no tengo nada.

—De todas formas, antes le toca el turno de formar una familia a Alba, que es la mayor. Seguro que después de la boda vienen los niños, ¿no, hija?

—Mamá, ahora vuelvo.

Me estaba agobiando una barbaridad, muchísimo. Y salí corriendo a refugiarme en el baño, donde me asaltaron las lágrimas.

Salí un par de minutos después, ya más calmada.

—Hija, estoy un poco desconcertada, ¿todo bien?

—Todo bien, mamá. Ahora sí, ¡¡vamos a abrir la caja!!

—Vosotras lo sacáis y yo lo grabo... ¡¡Y después lo subo a las redes!!

—Noooo—le quitó mi madre el móvil de las manos—. Sonia, cariño, este vestido es secreto. No puedes publicarlo antes de que tu hermana lo luzca.

—Ah, vale, menos mal que me has avisado. Pues entonces publicaré el de novia, cuando vaya a probárselo.

—¡¡Ese menos!! —le advirtió.

—Cuánto secretismo. Ya no sé si me gustan tanto las bodas.

—Claro que te encantan. Ya verás lo bonita que será la de tu hermana. Y ven a ayudar a sacar el vestido.

Lo hicimos entre las tres y se quedaron locas al verlo.

—Es el más bonito del mundo, ¿me lo prestarás para mi pedida? —me preguntó Sonia.

—Cariño, tú estrenarás un vestido como tu hermana ese día. No tienes que llevar el de ella. Yo misma te lo regalaré—le comentó mi madre.

—¿Y del mismo taller de París?

—Eso ya no. Tendría que rehipotecar el piso, Sonia.

—¿Qué es rehipotecar? ¿Algo malo?

—Bueno no es, desde luego. Con lo que me costó terminar de pagarlo.

Las dejé embobadas con el vestido porque escuché ruido en la puerta.

—Escondedlo, que viene Sergio—les pedí.

—Lo voy a hacer un ovillo y lo meto debajo de la cama de ellos, mamá—le sugirió Sonia.

—No, cariño, trae, por Dios—mi madre corrió con el vestido hacia dentro, pero tratándolo como oro en paño.

Sergio entró y, para mi sorpresa (y también fastidio porque seguía disgustada con Humberto), lo hizo con su padre y con su madre.

—No os esperaba—les comenté.

—Espero que no te haya molestado. Me ha dicho un pajarito que ya tienes aquí el vestido de tu pedida, ¿lo puedo ver yo también? —me preguntó mi suegra.

—Sí, ven por aquí, Dory—le comentó mi madre, llevándosela hacia dentro.

—Justo de esa pedida hemos venido a hablar—me informó Humberto.

—Qué raro, ¿y tú por medio en algo de eso? —le pregunté con retintín.

—Sabes que me gusta meterme en todo, aunque no soy mal suegro, ¿o lo he sido alguna vez, Alba?

—No, malo no.

—Un poco metomentodo, Humberto, eso sí—le confirmó su esposa camino de nuestro dormitorio.

—Lo único que te digo, Alba, es que tendréis la boda más bonita del mundo.

—Gracias...

—Mujer, échale algo más de ánimo, ¿no? Mi hijo está encantado.

—Y yo también, Humberto, y yo también—disimulé.

—Pues que se note, venga... Ve con ellas a enseñarles el vestido.

—¿Te parece bien si celebramos la fiesta en un mes, Alba? —me preguntó Sergio y entonces su padre carraspeó—. ¿Qué te pasa, papá? —le preguntó.

—Sergio, en un mes tenemos lo de la remodelación del ala de la clínica y no lo veo buen momento.

—Es cierto, no había caído, ¿en dos entonces? —le preguntó.

—Hola, os recuerdo que también estoy aquí y que soy la novia, por si las moscas...

—Que sí, Alba, que sí—me contestó Humberto—. Y en dos meses mucho mejor, Sergio.

—Pues en dos meses—me miró mi novio.

—En dos meses, sí—le contesté fastidiada porque lo primordial era lo que dijese Alberto.

No contentos con todo eso, mis suegros se quedaron a merendar. Y, por si fuera poco, unas horas más tarde también se empeñaron en pedir cena a un cáterin del que eran clientes, el mejor de la ciudad.

—Yo es que igual lo dejaría para otro día, lo de la cena digo. Mañana trabajamos y....

—Tampoco estaremos aquí hasta la madrugada, Alba, pero esto hay que celebrarlo—Humberto era de ideas fijas.

—Pues nada, ¡¡a celebrarlo!!

Me fui para la cocina y Sergio detrás.

—Alba, ha surgido así. Se enteraron de que habías citado a tu madre y a tu hermana...

—Ya, ya, y se apuntaron, no se fuesen a perder algo.

—Nunca te ha molestado que viniesen mis padres. Además, tienen el mismo derecho.

—Y más, y mucho más... Porque tu padre se siente con el derecho a ningunearnos, ¿te apuestas algo a que ponga él hasta la fecha de la boda?

—Claro que no. Esa la elegirás tú y solo tú.

5 —Ya veremos.

Estábamos en medio de la cena y mi suegra no paraba de hablar.

—El vestido es precioso, Alba. Vas a estar maravillosa.

—Sí que lo es, sí...

—Y la fiesta de pedida la daremos en el mismo hotel en el que celebramos nuestras bodas de plata tu suegra y yo. Hace ya un montón de años y nadie se ha olvidado—añadió Ernesto.

—No, va a ser que no—me planté y se me quedaron mirando todos.

—¿Qué pasa, Alba? —me preguntó Sergio.

—Que mi hermana ha pensado en otro sitio, seguro—le contestó Sonia con esa inocencia tan suya que la convertía en un ser casi celestial.

—¿Y qué más da? Si ese es estupendo. Y todo correría por mi cuenta, Alba—me anunció Humberto.

—Ya, es que no se trata solo de una cuestión de dinero, ¿sabes? Hay otras cosas que cuentan también.

—Pues no sé qué cosas serán esas. Alba, estás hoy un poco rara, ¿es por lo que pasó en la clínica con esa mujer? Si quieres, tómate unos días de descanso.

—Sí, hazlo. Y así me ayudas a preparar la fiesta de pedida—me sugirió Dory.

—¿Es que la piensas preparar tú? Es nuestra fiesta, Dory.

—¿Y quién mejor que mi mujer? Siempre lo hace genial y ella no trabaja. Tiene mucho más tiempo que vosotros—me recordó Humberto.

—Papá, igual eso lo tendremos que hablar Alba y yo.

e

—Está bien. Esta noche se ve que no acertamos en nada.

Mi madre me dio con el pie debajo de la mesa para que no la liase parda, que era de lo que tenía ganas. En ese momento, me sonó el móvil. Miré y era Héctor.

—Un momento, por favor, que voy por algo de bebida. Creo que necesito refrescarme.

—Sí, y a mí sírvenme otro vinito, por favor, nuera—me pidió Humberto con una sonrisa que contesté con otra fingida.

Me levanté y me fui a la cocina para leerlo. Era la primera vez que me escribía y me podían las ganas.

Él: “Te echo de menos”.

Yo: “Y yo a ti. No sabes... Mis suegros han venido también y no paran de cascar de la fiesta de pedida y de la boda. Me tienen podrida”.

Él: “Sabes que no te vas a casar. Antes te raptaré”.

Yo: “Ráptame mejor esta noche”.

Él: “En 20 minutos estaré debajo de tu casa”.

Yo: “Estás loco”.

Él: “Totalmente. No bajes si no quieres, pero estaré”.

?

Le creía capaz de eso y de más. Todos siguieron hablando y yo me encontraba ausente.

Para la cena habíamos entrado en el salón, usando la gran mesa que teníamos. Aparecí de nuevo por allí con las bebidas y esperé el tiempo estipulado, nerviosa.

—¿Os importa si me asomo un poco a la terraza? Es que necesito que me dé un poco el aire—les pedí.

—No, claro... ¿Estás mareada, Alba? Que igual no paramos de hablar de boda y tenemos ya al heredero en camino sin saberlo—especuló Humberto.

—Nada de eso—le aseguré.

—Es que como acabáis de estar en París, por eso lo dice. Aunque en realidad, todos sabemos que los niños no vienen de allí—intervino mi hermana.

—Bueno, yo lo decía por si se daba el caso. Sería genial.

—Papá, todo a su debido tiempo—le contestó su hijo.

Me levanté y Sonia se vino detrás de mí.

—¿Qué tramas? Sé que tramas algo. Cuando te pones a hacer como figuritas con la servilleta, es porque estás nerviosa. Y esta noche lo has hecho—me decía ella, que era muy observadora.

—Nada, cariño, ve para dentro...

—No, yo me quedo contigo, que tus suegros son un poco engreídos y me da coraje.

—Vale, pues solo quiero tomar un poquito el fresco, mi niña. No pasa nada más.

—Mira qué motero más chulo hay ahí abajo, ¿será Iván? Él no ha venido a cenar.

—No, creo que no es Iván.

Era Héctor. Precavido, no se había quitado el casco, pero era él. Yo conocía su moto, la conocía muy bien porque a veces venía en ella a la clínica. Menos mal que Sonia no se había percatado.

—Oye, qué fresquito hace. Me voy a por mi rebeca.

—Vale, venga, quédate ya dentro, que voy enseguida, cariño.

Se marchó y él me hizo una seña como de que bajara. Yo le hice otra de que estaba fatal de la cabeza. Él solía bromear con que por eso mismo se había hecho psiquiatra.

Le rogué uniendo las manos que se fuera. Me dio miedo de que Sergio saliera y le reconociese. Lo hizo a regañadientes y entré con la sonrisa en la cara.

—Por fin un poco de alegría, Alba. Ven, siéntate con nosotros, que estamos discutiendo sobre el menú. Tu suegra opina que debía ser a base de lubina y de...

—Mira, Humberto, ¿sabes qué te digo? Que si mi suegra quiere lubina, pues lubina.

De pronto es que todo me la traía al paio. Me había entusiasmado ver a Héctor allí debajo de casa. No quería casarme. No quería, de manera que lo mismo me daba que me daba lo mismo. Esa fiesta no se celebraría y la boda menos.

Capítulo 21



—Alba—me comentó esa noche, ya en la cama, Sergio.

—No tengo ganas, lo siento—me eché hacia el otro lado.

—No era eso, aunque me ha quedado bien claro, ¿qué te pasa conmigo?

—No es contigo, es con la vida en general. Tu padre me ha podrido la sangre esta noche.

—Pues justo de él te iba a hablar.

—Hasta en la cama, ya le tenemos hasta en la cama.

—No, es que este fin de semana tiene que ir a Ávila a ver a un colega que tiene otra clínica...

—Lo recuerdo, sí. Fernando se llama, ¿no?

—Sí, Fernando, buena memoria. Andas un poco distraída, pero esa no la pierdes.

—Eso espero.

—Pues nada, que mi madre no puede venirse porque tiene una partida de mus con sus amigas que dice que no se pierde, pero te podrías venir tú. Así igual se te pasa el cabreo que sigues teniendo con mi padre...

—No, no, gracias. Yo es que tengo una partida también, ¿no te lo he contado?

—¿Una partida de qué? Venga, lo que tienes son ganas de darme en las narices—me sonrió.

—Una partida de oca, porque la reoca sería irme con tu padre todo el finde. Me niego.

—Pues deberíamos hacer algo más de bulto. Es para opinar sobre cierta maquinaria pionera en quirófano y tal.. Igual se lo digo a algún compañero.

—Pues claro. Al fin y al cabo, ¿qué se yo de quirófanos? Si no los he pisado más que en las prácticas de la carrera.

—Vale, vale... Igual Arnau no tiene plan.

—Me parece fantástico.

—Nos vamos el viernes al mediodía, ¿te parece bien?

—Claro, claro... Yo me quedaré por aquí descansando.

—Ok. El plan que te he ofrecido es un rollo. Ya vendrán otros mejores.

Me quedé callada. Tenía que encontrar el momento para hablar con él. No quería seguir adelante con ese compromiso.

Vale que apenas llevaba tiempo con Héctor, pero si estaba como estaba con él, significaba que con Sergio las cosas no iban bien, que no podía comprometerme más con un hombre con el que no deseaba compartir mi vida. Lo había visto claro, no me hizo falta demasiado tiempo.

En cuanto le perdí de vista a la mañana siguiente, en la cual llegamos juntos a la clínica, salí danzando hacia el despacho de Héctor. No había llegado, si bien lo hizo algunos minutos más tarde.

Desde lejos, me hizo un gesto preguntándome si le esperaba a él y simulando que su corazón bombeaba a toda leche. No podía tener más gracia en ese bonito rostro que Dios le había dado.

En cuanto llegó a la puerta y comprobó que no había nadie más, me tomó por la cintura y me hizo entrar en su despacho.

—Hubiera dado cualquier cosa porque bajases anoche.

—Estás muy colgado tú. Lo estás.

—Necesito pasar más tiempo contigo, lo necesito—comenzó a besarme el cuello.

—Quizás tenga un fin de semana completo para ti. Este...

—¿El que viene? ¿Me ha tocado la lotería y yo sin tener ni idea?

—Plantéame un plan y veremos si acepto.

—Tengo una casita en Segovia, en la sierra.

—Me has hablado de ella alguna vez.

—Cerca está el mejor asador del mundo entero mundial. Ni te imaginas cómo se come en él.

—He estado en asadores en Segovia, tontorrón.

—Pero seguro que en este no, porque está en la cocina de mi casa.

—¡¡Eso es trampa!!

—En serio... Tengo un horno de leña que, no es porque yo lo diga, pero en él me salen unos asados espectaculares.

—Lo malo es que soy vegana...

—Vaya tela—negó—. Pues entonces haremos parrillada de verdura y...

—Quita, quita... Que era broma. Me parece un plan perfecto.

—Pues entonces no se diga más. Tengo una conocida que vive cerca que siempre se encarga de que me encuentre la casa perfecta al llegar. Aparte de que es quien me riega las plantas y demás.

—Qué lujo.

—Y lo dices tú, que casi te casas con un Lamela, porque no te vas a casar con él, ¿verdad? —me preguntó poniéndome sobre sus rodillas.

—No, pero tengo que ver cómo hacer las cosas. Sergio está muy ilusionado con la boda y no quiero hacerle

daño. No sabe pararle los pies a su padre, lo cual tampoco le convierte en un mal tipo.

—No, por supuesto que no. Hazlas como consideres, pero...

—Además, que sabes que a ti y a mí nos ponen en la calle el mismo día que se lo diga.

—Y ya te he dicho otras veces que eso no me supone un problema. No me voy a doblegar a los deseos de los Lamela, no he nacido para eso.

—¿Y para qué has nacido?

—Para quererte, Alba, cada día lo tengo más claro.

—Madre mía, en la que nos estamos metiendo, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que solo tengo ganas de que llegue el fin de semana, solo de eso.

—Es porque sabes que viviremos cosas increíbles a solas por ahí, por el mundo...

—Lo dices como si nos fuésemos a Japón.

—Ya, es que para mí será toda una experiencia. Tenerte solito varios días.

—Tendremos que estar de vuelta el domingo por la noche, tampoco te flipes tanto.

—Bien, me doy por contento con eso. De momento...

—Te veo luego, tengo mucho trabajo ahora.

—¿Y no podrá esperar un poco? Seré rápido, lo prometo.

—Es que no me puedo resistir, no puedo, demonio.

—Pues entonces no trates de hacerlo. Si te resulta totalmente irresistible...

—Oye, no te me engrías o te quedas solo el fin de semana.

—Voy a demostrarte ahora mismo por qué no puedes hacer eso.

Y me lo demostró. Era mucha la compenetración que teníamos en el sexo. Me había cogido el punto y lograba sacarme los orgasmos uno detrás de otro... A eso no podía renunciar nadie y menos yo, que me estaba enamorando de esa carita guapa.

—Oye, no te me engrías o te quedas solo el fin de semana.

—Voy a demostrarte ahora mismo por qué no puedes hacer eso.

Y me lo demostró. Era mucha la compenetración que teníamos en el sexo. Me había cogido el punto y lograba sacarme los orgasmos uno detrás de otro... A eso no podía renunciar nadie y menos yo, que me estaba enamorando de esa carita guapa.

Capítulo 22



Viernes al mediodía y Sergio que entró en mi despacho a despedirse de mí.

—¿Ya te vas?

—Ya me pierdes de vista, sí, aunque por poco tiempo. Arnau me espera. Ahora recogeremos a mi padre en su casa.

—Muy bien, me alegro de que vayas acompañado.

—En el peor de los casos iría con mi padre.

—Acompañado de alguien normal, me refiero.

—Te quiero, te traeré alguna cosita.

—Vas a Ávila, no a Nueva York, ¿hace falta que te lo recuerde?

—No, hace falta que me des un beso en condiciones antes de que me vaya, que se cotizan muy caros tus besos en estos días.

—No digas bobadas.

Le di un beso y se marchó. Esperé unos minutos y corrí hacia el despacho de Héctor.

—Yo ya tengo aquí mi bolsa, ¿y tú? —me comentó.

—Yo tengo que pasar por mi casa. No podía traer la mía aquí sin dar el cante.

—Claro, te acerco.

Lo hicimos rápido para ponernos en carretera enseguida. Fuimos en su coche porque el mío no era tan cómodo para viajar, él tenía más espacio.

—Qué sonrisa más espectacular llevas, guapísima.

—La mía, es lo que hay.

—Lo que hay son ganas de pasarlo genial. Espero que te guste todo lo que te he preparado.

—No me lo puedo creer, ¿va a nevar? —le pregunté mirando por la ventana. Si todavía no es invierno...

—¿Y qué? Te prometí un fin de semana perfecto y la nieve es un plus de encanto.

—Es que me apasiona la nieve, me apasiona.

—Pues entonces, no se nos podrá dar mejor.

La charla fue de lo más animada hasta la preciosa casita que me enamoró en cuanto llegamos al pueblecito en cuyas afueras se situaba.

—Ay, pero si es una cucada total, qué ideal.

—¿Te gusta? Ven, entra...

Tenía una verjita que era como de cuento. Y dentro un pequeño jardín que no lo era menos. Nada más abrir la puerta, el delicado y agradable olor a leña en la chimenea nos dio la bienvenida.

—Una chimenea es lo que más me puede en el mundo, lo que más—le comenté súper emocionada al comprobar lo confortable que se estaba allí.

—Pues no tienes más que colocarte tu pijama y venir a ponerte delante de esta, te encantará.

—No, tengo que ayudarte a colocar las cosas y demás—nos habíamos aprovisionado por el camino.

—Eres mi invitada y no lo pienso consentir.

—¿Solo tu invitada?

—Qué digo, eres la dueña de esta casa si quieres. Te puedes quedar con todo lo mío.

—Ahora no me vendría mal, porque nos queda nada y menos como empleados de la clínica.

—No pienses más en todo eso. Espera a que llegue el momento. Limitate a disfrutar. Te voy a preparar un baño caliente mientras preparo la cena.

—¿La vas a preparar ya? Te ayudo.

—No, no hace falta. Quiero prepararla para poder relajarnos luego.

—Eres un sol, te lo aseguro.

—Nada de eso. Soy lo menos que te mereces.

La casita era de dulce, igual que su dueño. La cocina estaba abierta al salón y, junto con un pequeño aseo, ocupaban la planta baja. Un porche delantero le otorgaba también enorme encanto.

En la planta de arriba había un par de dormitorios con dos baños. Uno era más grande y el otro de invitados.

Su decoración era impecable, todo en estilo rural y con muchísima madera. Una verdadera monería pensada para ser disfrutada.

Sus grandes vidrieras, que había por todas partes, le proporcionaban muchísima luz natural a toda la vivienda. En el cuarto de baño principal, que también contaba con una, se encontraba una de esas bañeras exentas que imitan a las antiguas y que me pareció de lo más romántica.

r —Ya la tienes lista, con el agua a la temperatura que te gusta—me indicó invitándome a entrar.

—A veces me das miedo, Héctor.

—¿Y eso por qué?

—Porque a menudo creo que me conoces mejor que yo misma. Estoy contenta de haber venido, quiero que lo sepas.

—Y yo encantado de que estés aquí, Nunca me había gustado tanto esta casa como hoy.

—¿Cómo te dio por comprarla?

—Porque yo necesito tener un segundo lugar en el que refugiarme cuando me apetece. Solo cuando ha sido el caso y en la mejor compañía como es este.

—Y el dinero no te suponía un problema...

—Hemos dicho que no hablaremos de eso, preciosa, que se te venir de lejos. Tampoco lo será ahora...

—Eso es cierto. Con tu currículum, habrá bofetadas por quedarse contigo.

—¿Y tú eso cómo lo ves?

—¿Que se queden contigo? Solo en lo profesional, que en lo personal puedo morder.

—¿Eres una pequeña leona?

—Eso parece.

—Mmmm... Me gustaría verte morder.

—Si sigues por ahí, no aprovecharé el agua.

—Está bien, un poco de calma, que me estoy revolucionado. Me voy a la cocina, disfruta de tu baño.

Era para hacerlo. Y más cuando mirabas hacia fuera y veías caer, con parsimonia, gruesos copos de nieve.

Para colmo, comenzaba a anochecer en la sierra y él vino con varias velas que colocó en torno a la bañera.

—Por favor, ¿se puede pedir más?

—Siempre se puede pedir más, así que no te quedes corta. Voy a por una copita de vino.

La trajo también y me dejó allí, no antes de poner música relajante para mí.

Se trató del baño de mi vida. Por mucho que hubiese disfrutado de muchos placeres, nunca un baño me dio para tanto. Lo hubiera calificado de perfecto, solo que para serlo me faltaba Héctor allí dentro también.

Cuando salí, me sequé con mimo. Le escuchaba cantar en la cocina. No reconocía la canción, aunque su tono era muy alegre y me uní al estribillo, saliendo.

Tan solo llevaba por encima una toalla. El pelo, suelto y mojado, caía sobre mis hombros. Me miré en el espejo y mi aspecto era tan natural como salvaje, una mezcla que debió parecerle explosiva, a juzgar por su reacción una vez que me vio.

—No, no puedo con esa visión—me comentó abriendo y cerrando los ojos.

—Te he echado de menos en el baño, me faltabas tú.

—Y por eso has venido a buscarme.

—Creo que sí—jugué tanto con las palabras como con él, enroscando mechones de pelo en mis dedos.

Le estaba buscando y apenas tardaría en encontrarle.

—Me estás poniendo que ardo más que el horno.

—Me lo está pareciendo. Es eso o que algo levita debajo de tu mandil.

Se lo quitó y observé que era su sexo, que bien armado, trataba de zafarse de sus pantalones.

Ya estábamos tardando en probar la alfombra delante de la chimenea. De los muchos lugares del mundo en los que podíamos hacerlo, aquel me parecía inigualable, y más con el panorama nevado que lucía fuera.

Mi cuerpo, excitado, temblaba sobre la alfombra. Gimoteaba mientras él comenzaba a acariciarme al completo, pues ya estaba desnuda. Se paró en mi sexo, húmedo y crudo, un sexo que debía saberle muy bien, pues no paró hasta saborearlo al máximo, hasta probar la esencia que salía directamente de mi clítoris y que fue a parar a su lengua.

El corazón desatado y la cabeza hirviendo... Quería tenerle dentro y, tras asestarle unas cuantas pero certeras lamidas a su miembro, lo conseguí. Héctor estaba debajo de mí en ese momento y comencé a cabalgar sobre él. Mi cuerpo sudoroso se le escurría de entre los dedos. Su excitación crecía y crecía mientras succionaba de mis pezones hasta que un segundo, pero intenso y muy ardiente río de lava, le empapó.

¡ Tenía facilidad para sacar mis orgasmos, igual que esos jadeos placenteros que terminaban por anunciarlos. En esa primera vez de aquella noche, porque tras la cena vendrían varias más, no paré hasta que también se corrió para mí.

—Mi amazona, ven aquí—me besó tras terminar, mientras sus dedos dibujaban mi piel y sus besos me cubrían de pies a cabeza.

Nos quedamos un rato así, callados, mirándonos, sintiéndonos... Y luego no consintió que le ayudara a poner la mesa.

—Esta noche, no. Descansa, que has derrochado energía—me dijo.

—Un poquillo sí, pero vaya, que todavía me sobra algo más.

—Ahora a reponer fuerzas. He preparado una sopa y para luego un pescado.

—Así huele de bien.

—También es por el bizcocho.

—No jodas, ¿has preparado uno?

—De chocolate, una receta rápida.

—Yo sé lo que estás haciendo. Te estás vendiendo genial para que cargue contigo. Y encima es que te está surtiendo efecto.

—Solo quiero que lo desees cada día de tu vida y que pronto esta sea nuestra normalidad.

—¿Así de mimada? ¿Dónde hay que firmar?

Cenamos y todo estaba delicioso. Me iba sorprendiendo mucho, es que todo parecía hacerlo bien.

—El único secreto es que le he puesto mucho cariño.

—Pero mucho, mucho, porque sabe imponente.

—Tú sí que eres imponente.

—No empieces, que todavía no ha llegado el bizcocho y ese no lo perdono.

—Te gusta tanto como tú me gustas a mí. Voy a encelarme.

—Es lo que hay, se siente. Y si no, no me hubieras tentado con el chocolate.

¹ Tras la cena, peli, mantita, chimenea y más raciones de sexo tras las que nos dormimos.

—Estaba loco por pasar una noche contigo—me decía mientras me abrazaba tan fuerte que la vida parecía írselo en ello.

—Yo también, corazón. Me gusta mucho esto. Todo lo que has creado para este finde parece de fantasía.

—No hay nada de fantástico en esto. Será tu realidad. Quiero cuidarte...

—Pero aquí no nos podremos quedar, ya lo sabes. A ti y a mí nos toca seguir trabajando.

—Por eso lo cogeremos con más ganas los fines de semana.

—En eso tienes razón. Todo lo que tarda en llegar, se aprecia más.

—Sí, pero tú no tardes mucho en llegar a mi vida, por favor.

—Yo ya estoy en tu vida, ¿es que no lo notas?

—Sí lo noto, pero tú me entiendes.

—Te entiendo, te entiendo.

Me hizo la cucharita, a la hora de meternos en la cama, de un modo que me estremeció. No me soltaba, era realmente intenso y a mí, que soy una romántica empedernida, esa intensidad me estaba encantando.

Amanecimos abrazados, igual que nos habíamos dormido.

—Buenos días, amor, ¿tienes apetito? —me preguntó.

—Mucho—le miré con los ojos muy abiertos—. Tengo hambre de ti.

También la tenía de mí y me lo demostró en un periquete. Sus besos, sus caricias, la sobrecogedora manera en la que me penetraba... Todas las raciones de sexo que me daba, que eran muchas y generosas, me sabían a poco.

Quería beber de sus labios en todo momento y que el brillo de sus ojos se colara en los míos, que me contagiase de todo lo bueno que había venido a aportar a mi vida.

Tras hacer el amor como leones, nos fuimos a la cocina a preparar el desayuno. El apetito era feroz, pero tuvo que esperar porque os cuento que no se resistió a hacérmelo sobre la mesa, dejándome temblando.

El fin de semana seguía su curso, si bien estábamos aprovechando al máximo cada uno de sus minutos. Seguía nevando, lo que no impidió en absoluto que a media mañana saliéramos a dar una vuelta. Nos encantó que los copos de nieve cayeran sobre nuestras cabezas y dimos vueltas y vueltas, agarrados y riendo, en el patio de la casa antes de entrar.

Todo era divertido, nuevo y jugoso con él. Sabía sacarle partido. Ese mediodía nos tocaba asado y ya teníamos las piezas de carne en la casa desde la noche anterior.

El horno de leña olía que alimentaba y, mientras se hacían, bailamos pegados en el salón. Daba igual la hora. El plan era romántico en todo momento. Y en todo momento me desnudaba para volverme a hacer el amor.

Por muchas expectativas que me hubiese hecho cara al fin de semana, aquello las superaba todas. Me mostré encantada, ilusionada y cien por cien contenta. Tanto que cada minuto deseaba parar el reloj, lo deseaba con todo mi corazón.

—Mucho—le miré con los ojos muy abiertos—. Tengo hambre de ti.

También la tenía de mí y me lo demostró en un periquete. Sus besos, sus caricias, la sobrecogedora manera en la que me penetraba... Todas las raciones de sexo que me daba, que eran muchas y generosas, me sabían a poco.

Quería beber de sus labios en todo momento y que el brillo de sus ojos se colara en los míos, que me contagiase de todo lo bueno que había venido a aportar a mi vida.

Tras hacer el amor como leones, nos fuimos a la cocina a preparar el desayuno. El apetito era feroz, pero tuvo que esperar porque os cuento que no se resistió a hacérmelo sobre la mesa, dejándome temblando.

El fin de semana seguía su curso, si bien estábamos aprovechando al máximo cada uno de sus minutos. Seguía nevando, lo que no impidió en absoluto que a media mañana saliéramos a dar una vuelta. Nos encantó que los copos de nieve cayeran sobre nuestras cabezas y dimos vueltas y vueltas, agarrados y riendo, en el patio de la casa antes de entrar.

Todo era divertido, nuevo y jugoso con él. Sabía sacarle partido. Ese mediodía nos tocaba asado y ya teníamos las piezas de carne en la casa desde la noche anterior.

El horno de leña olía que alimentaba y, mientras se hacían, bailamos pegados en el salón. Daba igual la hora. El plan era romántico en todo momento. Y en todo momento me desnudaba para volverme a hacer el amor.

Por muchas expectativas que me hubiese hecho cara al fin de semana, aquello las superaba todas. Me mostré encantada, ilusionada y cien por cien contenta. Tanto que cada minuto deseaba parar el reloj, lo deseaba con todo mi corazón.

Capítulo 23



El asado que preparó estaba delicioso. Después de almorzar, nos tumbamos en el sofá.

—Te doy la razón en que nunca había comido un asado así.

—Te lo advertí.

—Cierto. ¿Sabes una cosa?

—No, cuéntame.

—Voy a hablar con Sergio mañana por la noche, en cuanto llegue.

—¿Ya?

—¿Te parece pronto? Creí que lo estabas deseando, ¿o era un camelo?

—Claro que no, por supuesto. Simplemente es que me ha sorprendido que te hayas decidido tan pronto. Me parece una decisión muy valiente.

—Todos se llevarán las manos a la cabeza. Te hablé del vestido que me regaló... Me siento mal por eso.

—Sergio te lo regaló porque quiso. De todos modos, si es un problema, yo lo pagaré. Prefiero resolverlo de una vez y para siempre.

—No digas eso. En todo caso se lo pagaría yo... Tendría que poner todos mis ahorros y aun así me faltaría, pero lo pagaría.

—Quizás se pueda devolver.

—No. Se trata de un modelo exclusivo que encima han ajustado a mi cuerpo. No hay devolución posible. Imagino que Humberto pondrá el grito en el cielo, pero a Sergio no le preocupará tanto.

—Es lo de menos. Todo se solucionará. Me encanta la idea de tenerte en mi vida. Lo siento por él, que te ha perdido.

—No me cuidó lo suficiente. De un tiempo a esta parte, Sergio parece más pendiente de cumplir los deseos de su padre que los míos.

—Y eso pasa factura. Yo no podría poner a nadie por encima de ti. A nadie. Lo he tenido claro desde que te conocí.

—Ains, por favor, qué romántico. Por cierto, ¿y si ponemos una peli así? De esas románticas que no puedas soltar el pañuelo de lo emotivas que se ponen, ¿o te supondrá una tortura?

—¿Compartir peli contigo? La tortura sería no poder hacerlo. Ahí tienes el mando, todo tuyo.

—¿Te da igual que sea un poco empalagosa o ya se consideraría abuso?

—Claro que no... Venga, elígela todo lo empalagosa que te parezca. No hay problema.

—Después no me vengas con el libro de reclamaciones, ¿me oyes? Venga, tú lo has querido.

Estuve dándole al mando un rato hasta elegir peli. Soy un poco caprichosa y esa particularidad, que a Sergio parecía molestarle bastante, era muy del agrado de Héctor, a quien le hacía gracia.

Vimos la peli juntos, la comentamos y hasta me las borró del rostro cuando eché unas lagrimitas.

—Es que no sé qué me pasa, estoy de un sensible...

—Son muchos cambios y le estás echando mucho arrojito, ¿todavía no te he hablado de lo orgulloso que me siento de ti?

—No, todavía no. Deberías hacerlo, venga, que soy toda oídos.

o

—Mucho, pequeñaja, mucho.

—Estoy muy bien aquí. Hace un siglo que no pasaba un finde así. No me hace falta más.

—Pues sí crees que lo has visto todo, que sepas que tengo un buen montón de juegos de mesa para pasar la más entretenida de las tardes.

—¡¡Me chiflan!!

—¿Trivial, Monopoly? ¿A cuál le damos antes?

—Menuda responsabilidad. Ni se te ocurra dejármela toda a mí—le decía.

—Venga, yo elijo si tú eliges la merienda.

—Eso es fácil, chocolate caliente con bizcocho de chocolate del que sobró.

—Todo muy variado, ya veo...

—¿Y quién quiere variar pudiendo poner ingentes cantidades de chocolate en su vida?

—En eso tienes razón, supongo que nadie.

La tarde terminó yendo de mucho chocolate aderezado con unas partidas de Trivial que estuvieron de lo más reñidas.

Cuando quisimos darnos cuenta, ya era de noche de nuevo. El fuego de la chimenea seguía logrando el más confortable de los ambientes, algo que me agradaba a más no poder.

Decidimos tomar un baño, esa noche juntos, antes de la cena. Nos lo pasamos genial porque él, un poco payaso, hizo como que se tiraba en bomba, con la bañera llena de agua y, al final, tropezó con una de las patas ¡¡y para el agua que fue!! Ciertamente, se tiró, y el agua corrió por todo el baño hasta llegar a la escalera.

Yo trataba de recogerla y era incapaz. Lloraba de la risa y él igual.

—Mi pena es no haberlo grabado. Si lo llego a hacer, este vídeo se viraliza.

—Menos mal que no o tendría que dejar el hospital antes incluso de lo previsto, por impresentable.

—Eso va a llegar igualmente. Deja que abra el pico. El mismo Humberto nos echará de una patada en el culo a

cada uno. Y mira que contigo se terminará arrepintiendo, no encontrará a otro mejor.

—No será para tanto y, aparte, ¿sabes la satisfacción que le dará? No me la puedo ni imaginar.

Nos lo tomábamos todo a broma. Nuestra vida estaba a punto de sufrir un vuelco mortal y no hacíamos más que reírnos. Hay muchas maneras de tomarse las cosas y optamos por la más cómica. A fin de cuentas, el resultado sería el mismo.

Daba vértigo, no voy a negar que daba mucho vértigo pensar que en breve todo nuestro mundo habría saltado por los aires. La estabilidad laboral de la que gozábamos, el respaldo de Humberto, que tenía un peso específico en el sector...

Pese a todo, estábamos decididos a luchar por lo nuestro. Yo no quería seguir en esa familia y Héctor nunca quiso que yo siguiera en ella. En ese punto estábamos de acuerdo y en lo mucho que nos apetecía emprender una vida al lado del otro también.

Nos lo estábamos pasando bomba, como el salto que dio en la bañera. Un fin de semana tranquilo y casero, plagado de mimos, caricias y delicias culinarias.

A pocas horas del domingo, último día de nuestra estancia allí y el mismo en el que por la noche me enfrentaría a la conversación que cambiaría mi vida para siempre, besaba con pasión arrolladora a Héctor, con la misma pasión que él me besaba a mí. Y prefería no pensar en nada más, porque por muchas vueltas que le diera, las cosas saldrían como tuvieran que salir.

cada uno. Y mira que contigo se terminará arrepintiéndose, no encontrará a otro mejor.

—No será para tanto y, aparte, ¿sabes la satisfacción que le dará? No me la puedo ni imaginar.

Nos lo tomábamos todo a broma. Nuestra vida estaba a punto de sufrir un vuelco mortal y no hacíamos más que reírnos. Hay muchas maneras de tomarse las cosas y optamos por la más cómica. A fin de cuentas, el resultado sería el mismo.

Daba vértigo, no voy a negar que daba mucho vértigo pensar que en breve todo nuestro mundo habría saltado por los aires. La estabilidad laboral de la que gozábamos, el respaldo de Humberto, que tenía un peso específico en el sector...

Pese a todo, estábamos decididos a luchar por lo nuestro. Yo no quería seguir en esa familia y Héctor nunca quiso que yo siguiera en ella. En ese punto estábamos de acuerdo y en lo mucho que nos apetecía emprender una vida al lado del otro también.

Nos lo estábamos pasando bomba, como el salto que dio en la bañera. Un fin de semana tranquilo y casero, plagado de mimos, caricias y delicias culinarias.

A pocas horas del domingo, último día de nuestra estancia allí y el mismo en el que por la noche me enfrentaría a la conversación que cambiaría mi vida para siempre, besaba con pasión arrolladora a Héctor, con la misma pasión que él me besaba a mí. Y prefería no pensar en nada más, porque por muchas vueltas que le diera, las cosas saldrían como tuvieran que salir.

Capítulo 24



—No sé si es bueno para el corazón despertarse con tantos besos y arrumacos—murmuré al abrir los ojos el domingo.

—No lo sé, eso se lo deberíamos consultar a un médico—me respondió con ironía—. Lo haré yo. Y también le preguntaré si le parece que me pueda afectar esta vista de la sierra.

—Pero si tenemos las cortinas echadas.

—Me refiero a estos dos montículos que tienes aquí—señaló a mis nalgas, puesto que estaba bocabajo.

¡¡Ya estaba el lío!! Me di la vuelta y comenzó a besarme de cuello para abajo. Cuando llegó al ecuador de mi cuerpo, su lengua se detuvo en hacerme disfrutar tanto que los gemidos se encadenaban en mi garganta.

Me sentía chorrear cada vez que tenía a Héctor cerca, cada vez que me demostraba lo mucho que me amaba a través de ese sexo entregado que parecía fabricar a medida para mí. Como amante, no podía darle más nota, era totalmente sensacional. Y meterme en la cama con él se trataba de una aventura a la que no deseaba renunciar por nada en el mundo.

Domingo, fecha clave para mí y allí estaba, con él en la cama, con la mente en blanco y dejándome llevar una vez más. Héctor era el hombre de mis sueños, uno con el que ni siquiera habría osado soñar, en realidad, porque no sabía que existían hombres así, almas gemelas que te cambian la vida de la noche a la mañana.

Mis piernas sobre sus hombros y ya me lo estaba haciendo. Se lo tomaba con calma, saboreaba cada palmo de mi piel a través de sus dedos mientras que mi vulva echaba fuego al contacto con su pene, gracias a la fricción que se producía en mi interior, gracias a lo mucho que lograba que ardiera.

Un nuevo orgasmo y él que no paraba en mi interior, tratando de intensificarlo y lográndolo. Me resultaba tan lujurioso que no tardaba en volver a correrme de nuevo y luego una vez más... Caía exhausta y deseaba más sexo con él, inmersa en una espiral libidinosa sin parangón para mí.

Cada uno de sus gestos mientras me lo hacía me parecía más provocativo que el anterior. Su belleza, unida a su atractivo, me resultaban provocación pura... Una total provocación en la que yo aspiraba a quedarme a arder.

Un nuevo giro por su parte y ya me tenía a cuatro patas. Sus incesantes embestidas me llevaban a gritar más y más. Allí podía hacerlo sin miedo a ser escuchada y lo haría.

Tras ese sexo, el mejor de todos, el que podía compartir con el chico por el que mi corazón comenzaba a latir a toda máquina, desayunamos.

Tocaba paseo por la sierra. Me abrigué, porque las temperaturas se habían desplomado en los últimos días, y nos hicimos varias fotos con la casa a las espaldas.

Yo llevaba el típico gorrito con borlón y a él debía parecerle muy salado. Pese a estar en otoño, bien podría dar la impresión de que iba a llegar la blanca Navidad en cualquier instante.

Aquellas que nos llevábamos de ese finde eran nuestras primeras fotos en común, si bien él me recordaba a cada momento que no serían las últimas.

Dimos ese paseo por la sierra y de la mano. La nieve se estaba deshaciendo y el panorama era de estampa de postal.

—Mira—me pidió que me detuviese tirando de mi mano y señalando a un par de ciervos que habían bajado a beber al río.

—Por favor, qué cosa más bonita.

—¿Bonita? No te has fijado en lo que hay delante de ella, ¿a que no?

—Es que no los veo demasiado bien desde aquí.

—Ponte aquí—me situó delante de él y me indicó hacia dónde debía mirar.

² —Ay, que muero de amor. Si es un cervatillo muy chiquitín. Me lo como por las patas.

—Creí que eso último solo me lo querías hacer a mí.

—¿Comerte por las patas? ¿Tú tienes patas?

—Claro, ¿no ves que soy un animal salvaje?

—Un león eres tú, que me tienes escaldada perdida.

—¿Te he hecho daño? —me miró preocupado.

—Que no, que menudo gustito que da. Deja, deja, ni se te ocurra aflojar.

—Está bien, está bien, pero quiero saber que estás bien siempre.

—Mientras esté a tu lado, seguro que lo estaré.

—Todo va a ir genial, te lo prometo, ¿estás nerviosa?

a —Un poco, pero no temas, que lo haré.

—Solo quiero que estés bien. Y, aunque me muero de ganas, si necesitas algo más de tiempo, lo entenderé.

—No, yo quiero estar como ellos—señalé a la preciosa familia de ciervos—, pudiendo pasear tranquila sin temor a que nadie nos vea.

—Es lo que más deseo, Alba, lo que más deseo—se detuvo en mi pelo.

—¿Qué haces siempre con la nariz ahí?

—Olerte el pelo. Me encanta hacerlo. Te huele súper bien.

—Tú sí que me haces sentir súper bien.

—Te quiero, Alba. Siempre te he querido, pero desde que me correspondes me siento el animal con más suerte del mundo.

—De manera que es cierto que eres un animal, ¿no?

—¿Y tú lo dudas?

—A ver cuánto corres—le solté y salí corriendo.

No tardó ni un nanosegundo en perseguirme. Corrí a toda velocidad, sorteando los árboles, hasta que las fuerzas me fallaron. De siempre había corrido y no era tan fácil cogerme, si bien Héctor también era muy deportista y terminó dándome alcance.

En ese instante, me agarró con tanto ímpetu que me fui al suelo y él cayó encima de mí. El eco de nuestras risas sonó en toda la sierra. Sonó a felicidad, a complicidad, a ganas... A ganas de comenzar algo que ya teníamos ahí al ladito, que rozábamos con la yema de los dedos.

—A ver cuánto corres—le solté y salí corriendo.

No tardó ni un nanosegundo en perseguirme. Corrí a toda velocidad, sorteando los árboles, hasta que las fuerzas me fallaron. De siempre había corrido y no era tan fácil cogerme, si bien Héctor también era muy deportista y terminó dándome alcance.

En ese instante, me agarró con tanto ímpetu que me fui al suelo y él cayó encima de mí. El eco de nuestras risas sonó en toda la sierra. Sonó a felicidad, a complicidad, a ganas... A ganas de comenzar algo que ya teníamos ahí al ladito, que rozábamos con la yema de los dedos.

Capítulo 25



Emprendimos la vuelta a casa después del almuerzo. Lo terminamos haciendo así para asegurarme de llegar antes que Sergio, que me escribió diciendo que lo haría a media tarde. Por mucho que fuese a hablar con él, tampoco era plan de hacer sangre soltándole a las bravas que habíamos pasado el finde juntos. No había necesidad.

A cada momento, y pese a que estaba conduciendo, Héctor me cogía la mano como para comprobar si estaba o no nerviosa.

—Estoy como un flan, esa es la realidad, pero no pienso echarme atrás. Por esa parte puedes estar bien tranquilo —le aseguré.

—Lo estoy por esa y por todas—me contó—. Confío mucho en ti y en tu palabra.

—Me parece bien. Debes hacerlo. Yo tampoco te voy a fallar.

—Lo sé.

Una vez en la puerta de mi casa, y asegurándose de que nadie nos veía, me dio un beso realmente tórrido.

—Nos vemos en unas horas, ¿ok? Tendrás que darme asilo político.

—¿Y si Sergio se niega a que te marches incluso cuando se lo hayas contado?

—Sergio es un Lamela y su orgullo no se lo permitirá. En cuanto sepa que le he sido infiel querrá que salga de su casa como un cohete.

—Y yo querré que entres en la mía a la misma velocidad. Te estaré esperando al lado del teléfono, pero también al lado de este.

—¿De mi escote? —frivolice para restarle dramatismo a la situación.

—De tu corazón, pero tampoco me parece tan mala opción. Mucho ánimo, cariño.

Me bajé y entré en el bloque. Jaime, el portero, me dio la bienvenida.

—Buenas tardes, señorita Alba.

—Alba a secas, Jaime—le respondí como cada uno de los días.

—Es la costumbre, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

—En nada, en nada. Pero que muchas, muchas gracias, Jaime—le di y yo sabía por qué. Esa era la última vez que estaría ahí.

—Si no he hecho nada, señorita.

—Pues gracias igualmente, Jaime.

,

Entré en la que había sido mi casa desde que comencé a convivir con Sergio y me sentí rara. Con lo que deseé vivir allí en su momento y las ganas que tenía de salir por patas en aquel.

A mi pareja podían faltarle aún como un par de horas por llegar y no lo soportaba. Una vez que ya estaba en la ciudad, tampoco tenía por qué permanecer allí de brazos cruzados. Le puse un mensaje de que me acercaba a casa de mi madre y él me respondió que me avisaría a su llegada.

Toqué en la puerta de mi madre y ella me abrió con una amplia sonrisa.

—¿Qué te pasa, Albita? —me preguntó mientras me abrazaba.

—¿Es que tiene que pasarme algo para venir a visitar a mi madre?

—¿Con lo protocolaria que eres y sin decirme nada antes? Pues sí, siempre me avisas como si yo tuviese la agenda de un ministro, hija.

—Igual es que estoy cambiando, mami.

1

—Pues igual sí y yo no me he enterado, aunque algo sospecho.

—¿Qué es lo que sospechas?

—Que estás a punto de darme un susto, Alba. Entra y me lo cuentas.

—Las madres y vuestro sexto sentido.

—Que no suele fallar, hija, ¿qué te pasa?

—Voy a dejar a Sergio...

—No me espanto porque sé que esa boda ya no te hace ilusión. Lo vi claro el otro día, solo esperaba tu confirmación.

—Las cosas han cambiado, mamá. Ahora quiero a otro.

—¿A otro del hospital también? ¿Con el que estuviste mensajeándote la otra noche cuando fuiste a por las bebidas?

—Mamá, das miedo, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Creo que sí, hija.

—Es Héctor, el psiquiatra, puede que me hayas escuchado hablar de él alguna vez.

—¿Y Héctor te quiere como Sergio?

—Me quiere mejor, porque me entiende. He pasado el fin de semana con él en Segovia y ahora sé que quiero muchos fines de semana más iguales.

—Pues entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Claro, claro...

—Hija, ¿y habéis pensado en la reacción de Humberto?

—Nos echa seguro, mamá. Nos dará una indemnización o lo que proceda y nos pondrá en la calle. Los dos lo tenemos más que asumido.

—¿Y Héctor está contento trabajando en la clínica?

—Qué larga eres. Sí, y es una muestra más de los sacrificios que está dispuesto a hacer por mí.

—Una gran muestra, desde luego.

—Te voy a enseñar una foto. Sé que su gesto te gustará.

—Venga.

Le enseñé una conmigo. Yo le besaba en la mejilla y él... Él era la felicidad con piernas.

—¿Es guapo o no es guapo?

—Es guapísimo, hija, pero piensa que para mí es más importante que sea guapo por dentro.

—Lo es, lo es, por ahí puedes estar tranquila. Por cierto, ¿dónde está mi hermana?

—A Sonia no se le cae el techo encima.

—Y hace bien, que viva.

—Ha ido con Luis al cine. Oye, Alba, eso no lo habíamos pensado.

—¿Qué?

—¿Qué pasará con el puesto de trabajo de tu hermana? Ella también depende de Humberto.

—Mamá, pues es verdad. ¿Tú crees que Humberto será tan miserable de despedirla por joderme a mí?

—Yo no me fiaría ni un pelo.

—Ay, Dios. Tú sabes que daré la cara por ella siempre, aunque es verdad que Sonia está súper contenta e integrada en la clínica. Para ella sería una putada total tener que marcharse.

—Y que lo digas, hija, prefiero no pensarlo. No adelantemos acontecimientos.

—Trataré de negociar que ella se quede, te lo prometo.

—Haz lo que puedas. Sonia es muy especial y no me gustaría que le hicieran daño.

—Sabes que trataré de que no suceda así. Y ahora, por favor, ponme uno de esos cafecitos tuyos resucitadores y hablemos de cosas más agradables. Lo necesito.

—Ok, hija. Vente para la cocina. Alba, me alegra mucho que hayas venido a contármelo.

—Es lo menos que puedo hacer. Siempre has estado la primera para mí.

—Gracias. Y también, en cierto modo, me siento aliviada de que no entres en esa familia. Nunca te lo dije, pero no te veía entre tanto cuentista.

—Ay, mi madre, ¡¡que tiene todo el salero!! Cuenta, cuenta.

—No, si los cuentistas son ellos—repitió con gracia.

—Trataré de negociar que ella se quede, te lo prometo.

—Haz lo que puedas. Sonia es muy especial y no me gustaría que le hicieran daño.

—Sabes que trataré de que no suceda así. Y ahora, por favor, ponme uno de esos cafecitos tuyos resucitadores y hablemos de cosas más agradables. Lo necesito.

—Ok, hija. Vente para la cocina. Alba, me alegra mucho que hayas venido a contármelo.

—Es lo menos que puedo hacer. Siempre has estado la primera para mí.

—Gracias. Y también, en cierto modo, me siento aliviada de que no entres en esa familia. Nunca te lo dije, pero no te veía entre tanto cuentista.

—Ay, mi madre, ¡¡que tiene todo el salero!! Cuenta, cuenta.

—No, si los cuentistas son ellos—repitió con gracia.

Capítulo 26



Sergio me avisó justo cuando entraban en la ciudad, si bien lo hizo con la voz de un muerto. Y eso no lo esperaba. Apenas entendía sus entrecortadas palabras.

—Alba, vete para el hospital. Se trata de Iván—le entendí finalmente.

—¿Qué le pasa a Iván? ¿Qué?

—Ha sufrido un accidente con la moto y parece ser que es grave. Adelántate tú, mi madre está allí sola, por favor.

—Claro, lo haré.

Tragué saliva porque eso cambiaba todos mis planes para esa noche. ¿Estaría Iván tan grave? Ojalá que no, pero la actitud de Sergio daba que pensar. Su hermano había sufrido muchos accidentes a lo largo de su vida, como piloto que era, y nunca lo escuché así.

Llegué a toda velocidad a la clínica y me encontré con Patricia en la puerta.

—Cariño, no recordaba que estuvieses de guardia—murmuré.

—Y no lo estaba. Es que Javi—se refirió a otro compañero—necesitaba el día libre y se lo he cambiado.

—Ok. Patricia, no sé cómo contarte esto...

—Pues no sé de qué se tratará, niña, aunque los ojos los traes desencajaditos. ¿Tú no estabas de fin de semana con Héctor? No me digas que te has puesto hasta enferma de tanto darle al tema.

—Iván ha sufrido un accidente y me temo que es grave—le solté.

—¿Iván? ¿Y está aquí? Voy contigo.

Se vino y enseguida nos encontramos con Dory.

—Alba, Alba... No me hablan claro. Los médicos no lo hacen. Para mí que esperan a que llegue Humberto. Soy su madre, entiéndelo, necesito saber...

—Voy a ver de qué me puedo enterar, Dory.

—Yo me quedo contigo, Dory—se ofreció Patricia.

—Vale, muchas gracias. Tú también eres amiga de mi hijo, ¿no es así? —le preguntó.

—Sí, sí, amiga—carraspeó ella que tenía un gran corazón y que, a pesar de todo, le seguía queriendo.

Me acerqué a la zona de quirófanos, donde le estaban interviniendo, y me encontré con Joana, quien salía de allí dejando a otra compañera dentro, pues la requerían para una segunda intervención.

—He dejado con él a Sara, sabes que está en las mejores manos.

—Sara es una máquina, desde luego, ¿qué le pasará a Iván, Joana?

—Es pronto para decirlo. Tiene suerte de estar con vida. El impacto debió ser brutal y la peor parte se la ha llevado en la cabeza. Me tengo que ir, Sara te informará del resultado final de la operación.

Me acerqué a Dory, quien estaba con las manos juntas, rezando. Hacía bien, toda ayuda sería poca.

—Dime que no le va a suceder nada malo a mi hijo, te lo suplico.

—Están haciendo todo lo posible por él, Dory.

—Si estuviera aquí mi Sergio, él podría operar a su hermano. Nadie mejor que él lo haría.

—Lo está haciendo Sara, Dory, que no tiene nada que envidiarle a Sergio como profesional. Además, que él no podría operar a su hermano, sabes que está contraindicado hacerlo cuando hay sentimientos de por medio.

—Es verdad, hija. Llevo toda la vida escuchándolo y se me había olvidado. Es que la cabeza no me da para más

—Es normal, Dory, debes tranquilizarte.

Le hablaba cuando justo llegó Sergio, muy nervioso. Nunca le había visto así, pues era más bien tranquilo.

y —Sara está con él, hace todo lo que puede—le informé.

—Me preparo y entro también en quirófano ahora mismo.

—Déjala hacer a ella, es tu hermano, te lo recuerdo.

—Solo quiero saber qué está pasando exactamente.

—Y me lo cuentas, hijo—le pidió su madre.

—Sí, eso—prosiguió su padre, quien acababa de llegar también.

í

Me quedé con ellos y Dory me miraba. Patricia tuvo que acudir a planta porque la llamaron.

—Qué suerte que al menos esté la familia unida en momentos como estos—me decía cogiéndome la mano.

—Sí, sí, claro—murmuré sintiéndome fatal.

Sergio tardó como una hora en salir y ella me preguntaba.

—¿Será buena o mala señal, Alba?

Yo miraba a Humberto y no sabía qué contestarle a su mujer.

—Alba no puede saberlo, Dory. Están haciendo todo lo posible—le decía él.

—Humberto, dime que va a salir bien, ¡¡dímelo!!

—Que sí, que sí, mujer—resopló de lo más nervioso—. Necesito salir un poco a tomar el aire libre.

—¿Te vas en este momento? —le reprochó ella. Nunca la había visto en esa actitud, pues Dory siempre parecía estar de acuerdo con todo lo que su marido decidiera.

í.

—No puedo hacer nada aquí y me estoy volviendo loco.

—Y eso que no es Sergio—murmuró ella por lo bajini y él la escuchó.

—¿Qué has querido decir con eso? ¿Me lo puedes explicar?

—Por favor, Humberto, no es momento ni lugar para discusiones—le recordé—. Sal si es lo que necesitas, yo no me moveré del lado de tu mujer.

—Será mejor así, lo será.

Se fue y ella me habló con pesadumbre.

—Sé que te he parecido muy tonta en cantidad de ocasiones, Alba. No es que siempre esté de acuerdo con él, es que me resulta más sencillo porque nunca he querido renunciar a mi vida. Yo ayudé a Humberto a levantar todo esto, ¿sabes?

—Me lo imagino.

—Y él no sería un buen oponente en un divorcio. Dicho esto, hace muchos años que sé que mi marido es un déspota, aunque mire para otra parte.

—Vale, Dory, lo entiendo.

No habría esperado una confesión así por su parte, no cuando la creía siempre a su lado. Las cosas no son siempre como parecen y la vida me lo acababa de demostrar una vez más.

—No puedo hacer nada aquí y me estoy volviendo loco.

—Y eso que no es Sergio—murmuró ella por lo bajini y él la escuchó.

—¿Qué has querido decir con eso? ¿Me lo puedes explicar?

—Por favor, Humberto, no es momento ni lugar para discusiones—le recordé—. Sal si es lo que necesitas, yo no me moveré del lado de tu mujer.

—Será mejor así, lo será.

Se fue y ella me habló con pesadumbre.

—Sé que te he parecido muy tonta en cantidad de ocasiones, Alba. No es que siempre esté de acuerdo con él, es que me resulta más sencillo porque nunca he querido renunciar a mi vida. Yo ayudé a Humberto a levantar todo esto, ¿sabes?

—Me lo imagino.

—Y él no sería un buen oponente en un divorcio. Dicho esto, hace muchos años que sé que mi marido es un déspota, aunque mire para otra parte.

—Vale, Dory, lo entiendo.

No habría esperado una confesión así por su parte, no cuando la creía siempre a su lado. Las cosas no son siempre como parecen y la vida me lo acababa de demostrar una vez más.

Capítulo 27



Sergio salió y se dirigió a su madre. Detrás de él venía Sara, secundando sus palabras.

—Mamá, la operación ha salido bien.

—Hijo, qué alegría, ¿y cuándo se despertará tu hermano?

—No, las cosas no son tan sencillas ni tan rápidas. Que haya salido bien significa que tiene posibilidades, pero habrá que esperar. Las próximas 48 horas serán decisivas.

Patricia llegó también a tiempo de escuchar las palabras de Sergio y vi salir las lágrimas de sus ojos, puesto que le habían afectado mucho.

Dory cayó a plomo en la silla y se lamentó.

—48 horas sin saber, ¿cómo lo voy a soportar?

—Iván es muy fuerte. Luchará a tope. Es un campeón, no hace falta que te lo diga—la animé.

—Sí que lo es. Lleva muchos años soportando diferencias y lo hace con la cabeza muy alta—miró hacia Humberto, que venía por el pasillo.

—No es momento de reproches, Dory, sino de permanecer unidos.

A mí me estaba sonando el teléfono y era Héctor. El pobre no tenía noticias mías y debía estar desesperado ya.

Me aparté un poco y descolgué.

—Mi cuñado ha sufrido un accidente gravísimo y estamos en la clínica.

—Lo siento, Alba, lo siento mucho.

—No he podido hablar con Sergio.

—Es normal, no hay nada que decir.

Las siguientes horas también pondrían mis nervios a prueba. Estaba desesperada, aquella era como una trampa mortal para mí. Siempre fui impulsiva cuando tuve que hablar algo importante con alguien, y el secreto de mi interior me estaba quemando las entrañas.

Sergio se sentó a mi lado y me cogió de la mano.

—Menos mal que te tengo a ti, Alba, no sé qué haría en este momento sin ti—me confesó y le sonreí tímidamente.

Patricia me miraba y suspiraba. El panorama era totalmente desalentador y nuestras esperanzas se centraban en que Iván saliera para adelante.

La noche se vislumbraba larga y oscura... Mucho más oscura que de costumbre.

—Podríamos esperar en mi despacho, Dory—le indicó Humberto a su mujer.

—¿Y qué podríamos hacer allí que no podamos hacer en la sala de espera? —le preguntó ella.

—Dormir. Tengo un cómodo sofá en el que cabríamos los dos. Un poco apretados, pero...

—¿Quieres irte a dormir? Pues hazlo tú. Yo no puedo pegar un ojo—le contestó indignada.

—Te lo digo por tu bien. No sabemos cuánto tiempo deberemos permanecer aquí, que no se te olvide.

—Y que no se te olvide a ti que ese que está ahora mismo en la UCI es mi hijo, que lo he parido yo y que no me moveré de su lado en ningún momento.

—Así se habla—le escuché decir a Patricia, quien no pudo disimular.

Humberto le lanzó una mirada incendiaria antes de poner rumbo a su despacho. Le consideraba un necio, pero siempre mantuvo un poco las formas. Hasta esa noche, en la que dejó ver a las claras que Iván le importaba bien

poco.

Nos quedamos allí y, al amanecer, apenas habíamos dormido nada.

Héctor se acercó y se encontró con la estampa de que Sergio me tenía cogida de la mano. Noté el dolor en su mirada, pese a que por supuesto lo disimuló.

—Me he enterado de lo sucedido, Sergio—le comentó.

—Gracias, Héctor. Igual podrías echarle un vistazo a mi madre, ¿se debería tomar algo? Está muy nerviosa.

—Voy a hablar con ella y lo valoro—le contestó sin quitarme un ojo de encima.

—Estupendo, te lo agradezco mucho. Eres muy amable por tu visita.

—No tienes nada que agradecerme.

Me resultó de lo más incómodo que estuviese allí, muchísimo. En cuanto él se fue, y pude escabullirme un poco, le busqué en su despacho.

Al ver que era yo, se puso de pie y me abrazó.

—Alba, cariño, ¿cómo estás?

—Como un cangrejo en un cubo. Me falta el aire. Y encima está totalmente viciado. Pero en estas circunstancias no puedo hablar con Sergio. Están pasando las peores horas de su vida.

—No tienes que explicarme nada. Me hago cargo. Me duele, pero lo entiendo a la perfección. No sería de recibo.

—Pronto todo se solucionará.

2

—Eso espero, ¿Iván tiene posibilidades reales de seguir adelante?

—Parece que sí. Si lucha, parece que sí.

—Entonces, centrémonos en ese pensamiento y seamos positivos. Ojalá pudiera estar contigo, me pasaré de vez en cuando por allí.

—Vale, vale...

Patricia no se había ido a casa tampoco y me la llevé a cafetería, porque también ella estaba pasando las de Caín.

—Albita, dime que se pondrá bien. Sé que no me quiere, que Iván no me quiere, pero yo a él sí.

—Habría que ver si te quiere o no.

—Ya te digo yo que no, que no me quiere. Pero le deseo lo mejor y estoy deseando que se ponga bien. ¿Tú crees que podría entrar en la UCI en algún momento a verle? Sé que no soy quién, que las visitas son para sus familiares, pero me gustaría tanto...

—Seguro que podemos hacer algo. Para algo somos de la clínica, ¿no? Al menos tú, que yo tengo ya un pie fuera.

—Eso no lo sabe nadie, mientras eres una enchufada. Tienes que colarme, Alba, ¿lo harás?

—Claro que sí. Al mediodía, cuando bajen todos a almorzar, veremos lo que puedo hacer.

—Si Dory no se mueve de ahí.

—La convenceremos para que vaya a almorzar algo y estire las piernas. Déjalo de mi mano.

—Sí, por favor. Necesito hablarle. La última vez le miré de muy mala manera cuando me rechazó y me siento culpable. Necesito, al menos sentir que estoy en paz con él.

—Y lo estarás. Déjalo de mi mano.

—Todos nos apoyamos en ti y tú con la cabeza como una olla, ¿cómo lo llevas?

—Bien, bien, no te preocupes por mí.

—Bien jodida, ¿no? Mira ahí está Camilo.

; —¿Cómo sigue todo, Alba? No se habla de otra cosa en la clínica.

—Pues yo necesito hablar de algo más o me volveré loca en cuestión de horas, ¿qué tal este finde con Verónica?

—Guay, la verdad. He ido a verla yo.

—¿Y a que no vive la muchacha en el fin del mundo?

—No, parece que no. Estoy contento.

—¿No vas a estar contento con la pechada de hincar que te habrás dado? —le preguntó Patricia quien era ella misma incluso en los peores momentos.

—Ya saltó la fina. Y tú, ¿cómo estás?

—Jodida, cariño, pero de otra manera.

—Pues yo necesito hablar de algo más o me volveré loca en cuestión de horas, ¿qué tal este finde con Verónica?

—Guay, la verdad. He ido a verla yo.

—¿Y a que no vive la muchacha en el fin del mundo?

—No, parece que no. Estoy contento.

—¿No vas a estar contento con la pechada de hincar que te habrás dado? —le preguntó Patricia quien era ella misma incluso en los peores momentos.

—Ya saltó la fina. Y tú, ¿cómo estás?

—Jodida, cariño, pero de otra manera.

Capítulo 28



Al mediodía, logré colar a Patricia en la UCI, cuando todos fueron a almorzar.

—Te dejo aquí con él, cariño.

—No, no te vayas. Verle así me da mucha impresión.

El aspecto de Iván era lamentable. Entubado a tope y con la cara inflamada y amoratada. Daba mucha impresión. A pesar de que fuésemos médicas, las cosas de tus allegados te siguen tocando la fibra sensible.

—Está bien, pero trataré de no escuchar nada.

—Déjate de bobadas, si ya sabes lo que le voy a decir.

Le miré y le tomó la mano, la cual le besó. Era la primera vez que le veía tener un gesto tan cercano con un chico y me emocionó.

—A ver, cabeza de chorlito, que soy Patricia. Espero que no te moleste que esté aquí. Sé que el otro día no quedamos de la mejor manera, pero tampoco es para ponerse así...

—Patricia, eres única—le dije porque no conocía a nadie más capaz de hacer una broma en ese momento.

—Tengo que hablarte rapidito porque no soy nadie para estar aquí. Ya lo sabes, no soy tu novia. Y no porque no haya querido, que ojalá, pero... Mira, Iván. Sé que debí contarte lo mío antes y lo siento mucho. Me cuesta a veces porque no todo el mundo se muestra comprensivo y eso hace que me retraiga. Y más si me da miedo porque la persona me gusta mucho, ¿sabes? Sí, porque tú me gustas cantidad. Aquí está Alba que te lo puede decir. Ella sabe que no soy de enamorarme así hasta el tuétano. Y chico, no sé qué me ha pasado contigo, que me tienes tonta perdida todo el día. Me gustas, Iván, y si no tengo más remedio, respetaré que no quieras nada conmigo. Pero para eso no tienes que quedarte ahí, que tienes una vida muy bonita por delante... Una vida que yo me moriría por

compartir contigo, pero que aceptaré con una sonrisa que compartas con otra si eso significa que te despiertes pronto. Y sin sustos, ¿eh? Que no quiero tener que empujar una sillita tuya ni nada de eso. Tú te despiertas, poquito a poco y ya... pero bien, que tienes que volver a subirme a una moto, ¿me oyes?

En ese momento vi que movía un dedo. Mi amiga seguía charlando y ni se percató.

—Patricia, cariño...

—Que ya lo sé, que no tendría que explayarme tanto, pero chica, para una vez que voy a entrar, que me cunda.

—No es eso, ¡¡que ha movido un dedo!!

El monitor comenzó a pitar endiabladamente. Mi cuñado abrió los ojos poco a poco.

—¡¡Tenéis que marcharos!! —nos pidió Sara, a quien acababan de avisar y llegó con urgencia.

—Ay, mi Iván, que me ha abierto los ojitos. Te quiero, guapo—le lanzó un beso.

Nos fuimos a cafetería y avisamos a los demás.

Dory salió como alma que lleva el diablo para la UCI y Humberto lo hizo con mayor parsimonia.

—Me voy con mi madre. Gracias, Alba—me las dio Sergio.

—¿Y cómo ha sido? —nos preguntó quien todavía era mi suegro.

—Entramos a verle, Humberto. Patricia le estaba hablando.

—¿Tú le hablabas a mi hijo? Espero que no se te haya pasado por la cabeza que vosotros...

—Vámonos, Patricia—le pedí cogiéndola de la mano al ver que los ojos se le aguaban.

o

Iván se había despertado antes de lo que pensábamos incluso. Por delante quedaba comprobar cuál sería su² evolución, pero de momento todo marchaba lo mejor posible.

1

1 —Pregunta por Patricia—salió Sergio de la UCI, contento.

—Venga, tonta, entra—la animé.

—¿Sí? ¿Puedo?

—Se ha despertado gracias a tus palabras, estoy segura. Claro que puedes—la tomó Dory de la mano y ella le dio un beso en la mejilla.

—Alba, ven conmigo...

—No, esta vez entra sola, que no me meto en las cosas de parejitas.

—Qué más quisiera yo...

—Entra y luego me lo cuentas, que me da a mí que te llevarás una sorpresa.

—Vale, vale.

Esperamos un ratito y ella salió. Se me echó en los brazos y comenzó a llorar.

—Me la llevo un poquito—les anuncié.

Entramos en mi despacho y me contó.

—Me ha dicho que se sentía fatal por lo que hizo el otro día. Que estaba en shock por la noticia, que no se la esperaba y que lo sentía mucho.

—¿Y entonces? ¿Amigos solo?

—No, ¡¡que me quiere, Alba!! ¡¡Que me quiere!! Me ha confesado también que me escuchó hablar y que no sabía de dónde venía mi voz, pero que quiso seguirla y que terminó por abrir los ojos.

—¡¡Ay, Dios mío!! ¡¡Qué emoción!!

—Y mira que le he dicho que mi voz es grave, que a veces me delata, pero me dice que ahora le gusta hasta eso ¡¡hasta mi voz!!

—Y al saber la barbaridad que le habrás contestado.

—Te lo puedes figurar. Le he dicho que cuando conozca a fondo algunas de mis cualidades pasarán a ser sus

preferidas.

—Eres un caso.

—Están llamando a la puerta, ¿qué te juegas a que es Héctor?

Y lo era. Héctor entró contento.

—Alba, me han dicho que Iván ha despertado.

—Así es... ¡¡Ven que te doy un beso!!

—Si os vais a comer los morros, me largo. Me da envidia porque Iván no está todavía para muchos trotes.

—¿Estáis juntos? —le preguntó Héctor.

—¿Qué te parece? Al final parece que sí.

—Parece, dice... Ha sido ella la que ha logrado despertarle.

—Pero bueno, qué arte.

—Sí, sí... El arte lo traigo de serie. También traía otra cosa que me cortaron, pero el arte me lo dejaron enterito.

No podía describir las situaciones con más gracia mi amiga. Qué alegría me daba verla así y también conocer que el motivo que me mantenía unida a Sergio había desaparecido.

,

preferidas.

—Eres un caso.

—Están llamando a la puerta, ¿qué te juegas a que es Héctor?

Y lo era. Héctor entró contento.

—Alba, me han dicho que Iván ha despertado.

—Así es... ¡¡Ven que te doy un beso!!

—Si os vais a comer los morros, me largo. Me da envidia porque Iván no está todavía para muchos trotes.

—¿Estáis juntos? —le preguntó Héctor.

—¿Qué te parece? Al final parece que sí.

—Parece, dice... Ha sido ella la que ha logrado despertarle.

—Pero bueno, qué arte.

—Sí, sí... El arte lo traigo de serie. También traía otra cosa que me cortaron, pero el arte me lo dejaron enterito.

No podía describir las situaciones con más gracia mi amiga. Qué alegría me daba verla así y también conocer que el motivo que me mantenía unida a Sergio había desaparecido.

Capítulo 29



Por delante, quedaban muchas pruebas que realizarle. Sergio estaba muy volcado en su hermano y en su madre. Humberto se desentendió bastante a partir de ese momento.

—Mañana tendremos los resultados de todas las pruebas y saldremos de dudas. De momento sabemos que Iván habla, que conserva la memoria... No es poco. También parece conservar la movilidad de las piernas intacta, aunque no pueda demostrarlo caminando por sus lesiones.

—Es que está hecho polvo enterito, el pobre mío, pero todo va a marchar genial—decía Patricia.

—Así que ahora eres la novia de Iván. Nunca lo hubiese imaginado, la verdad. Pronto estaremos los cuatro haciendo planes de parejitas—le comentó Sergio y sentí un tremendo escalofrío.

—Tu hermano no es mucho de hacer esas cosas—disimulé.

—Todo llega y creo que ha llegado el momento de que Iván siente la cabeza.

—Eso espero, porque ya que ha podido perderla con semejante hostia que se ha dado, ahora que la deje sentadita—le comentó Patricia.

Héctor me buscó por la tarde, antes de marcharse a casa.

—Hablaré con él en cuanto sepa que todo va bien con Iván, te lo prometo. Mañana saldremos de dudas.

—No te disculpes más, Alba, aunque te confieso que te echo mucho de menos. Pronto podremos estar juntos.

—Claro que sí...

En ese momento, llegó mi hermana Sonia y lo saludó.

—He venido porque estoy contenta por lo de Iván, ¿podrá volver a montar en moto? —me preguntó.

—Espero que sí, cariño, eso espero.

—Vale... Me gustan las motos. Y a Héctor también por lo que veo, mira qué casco más chulo lleva. ¿Me lo puedo probar? —le preguntó.

—Claro, Sonia...

—Mira, por ahí viene Sergio—me indicó él.

Mi hermana sostenía el casco en la mano. Yo en ese momento no relacioné nada, aunque no me quedaba demasiado tiempo para hacerlo.

—Este caso lo he visto yo antes, ¿dónde? —se preguntó en alto.

—Sonia, tienes que marcharte o perderás el autobús—le comenté porque caí en que podría ponerme en un aprieto.

—No, si viene Luis a recogerme para que demos un paseo. Espera, Alba, que me da mucha rabia cuando se me olvidan las cosas. Lo odio y lo sabes.

—Venga, Sonia, que no tiene importancia.

—Que sí la tiene, Alba. Y que no tengo tanta prisa. Anda, ya caigo... Tú eras el motero que estaba debajo de su casa—me señaló—, la otra noche cuando la cena.

—¿Qué dices, Sonia? —le pregunté asustada.

—Que sí, que antes he visto su moto en la puerta y es la misma. Jo, ¿me darás una vueltecita un día, Héctor?

—Sonia, déjalo estar, cariño.

—Pero si a ti también te gustan. No veas la carita de alegría que pusiste. Y yo no sabía por qué era. Claro, porque Héctor es tu amigo y fue a verte con su moto.

Sergio escuchaba serio y callado. Hubiera podido rebatir las palabras de mi hermana, pero poco sentido tendría

hacerlo a esas alturas, a punto ya de confesarle la verdad.

—¿Se puede saber de qué habla Sonia?

—De motos—le contestó ella—. Y también de moteros. Ojalá mi novio Luis tuviera una—suspiró.

—Sonia, cariño, será mejor que nos deje a solas.

—Vale, ya me voy, ¿cuántas veces me vas a echar? —resopló—. Un beso para todos.

Sergio nos miró y entonces el gesto protector de Héctor le contestó, poniéndose delante de mí.

—Creo que ha llegado el momento de que hablemos—comenté saliendo de detrás de él.

—Sí, creo que tenéis que explicarme algo.

—Sergio, estaba esperando a saber que todo iba bien con Iván.

—¿Estabas esperando para qué? Aunque por la cara que está poniendo este, ya me lo puedo imaginar.

—No me voy a esconder, Sergio. Siento hacerte daño, pero no tengo ningún miedo ni a esta conversación ni a sus consecuencias—le aseguré.

—¿Te la estás tirando, hijo de puta? ¿Te estás tirando a Alba?

—Sergio, no lo veas así, por favor. Estamos... Héctor y yo estamos juntos en esto, no es solo sexo.

—¿Estáis juntos? ¡¡La madre que me parió!! ¿Y entonces yo con quién estoy? Hace falta ser canallas, los dos lo sois.

—Lo siento, lo siento de verdad. No te lo tomes así—le rogué.

—Y entonces, ¿cómo quieres que me lo tome? ¡¡Le voy a partir la cara!!

Se formó la marimorena en un momento. Sergio quiso tumbar a Héctor y él se apartó, haciendo que rodara por el suelo. Se levantó mucho más gallito todavía. Yo solo podía llorar y suplicarle que cesase en su empeño.

Acudió un buen montón de gente atraída por los gritos y entre ellos Arnau, que era bastante amigo suyo, y que

logró llevárselo.

—Sergio, no vas a lograr nada así, no lo vas a hacer, tío. Cálmate.

—Lograré quedarme tranquilo. Este cabrón lleva tiempo riéndose de mí en toda mi cara, tirándose a mi prometida y en mi propia casa, ¡¡porque esta clínica es mía!!

—Ya sabemos todos que te vas a quedar con ella, cálmate. Venga, vámonos.

—No hace falta que te lo lleves, Arnau, ¡¡nos vamos nosotros!! —le anunció.

—A la puta calle es donde os vais... Si no llega a ser por tu hermana ni me entero, ¡¡so pu...!!

—No se te ocurra, por ahí no vayas o te reviento la boca—le advirtió colérico Héctor.

—Y encima chulo, suéltame Arnau, que le parto la jeta.

Cogí a Héctor de la mano y me lo llevé de allí. Cuanto más lejos estuviésemos los unos de los otros, mejor.

Vi que Humberto acudía entre la gente, pero no me esperé para escuchar lo que tuviese que decir, que sería de lo más ofensivo.

Héctor me miró al salir.

—Siento que haya tenido que suceder así y a la vista de todos. Lo siento.

—Da igual, cariño, da igual. Había llegado el momento y todos terminarían enterándose.

—Eso es cierto. Ahora nos vamos a casa. Todo irá bien, Alba, ¿lo tienes claro?

—Estando contigo, es seguro. Nadie apostó jamás tanto por mí como tú.

—Te quiero, Alba, te quiero.

—Y yo a ti, Héctor.

Capítulo 30



Apagamos los móviles esa noche en la que no quisimos interrupciones.

Me sentí bien al llegar a su casa. El clima, aunque en un piso moderno, me recordaba a ese tan agradable de su casa de Segovia. Si hubiese tenido chimenea ya habría sido el colmo.

Héctor preparó cena, aunque me costó la misma vida abrir el pico para comer.

—¿De verdad se ha pensado que no se lo contaría? ¿Tan cobarde me cree? Creo que le he demostrado a lo largo de mi vida tener más valor que eso.

—Alba, no se lo tomes en cuenta. Por supuesto que Sergio sabe lo que vales y por eso lamenta perderte. Solamente está despechado, no se puede considerar lo que diga una persona en esas condiciones.

—Siempre tan considerado, siempre lo eres.

—Yo también enloquecería si te perdiera, me puedo poner en sus zapatos. Ahora debes comer un poco y descansar. Sabes que los días que vienen serán duros. Tendremos que vernos con Humberto, aunque cabe la posibilidad de que no nos cite personalmente, sino a través de sus abogados.

—No lo conoces, por eso lo dices. Ese testarudo no perderá la oportunidad de tratar de abochornarnos en persona.

—Y no lo lograré. Estoy más que orgulloso de la decisión que he tomado y de por quién he apostado.

—Y yo también.

—Pues ahora, a terminar de cenar y luego a darnos un baño, ¿te parece?

—Contigo todo es siempre así...

—¿Cómo así?

—Muy fácil, es que me haces la vida muy fácil.

—Hay mucha gente que no opinaría así. Tenías una vida supuestamente idílica.

—Tú lo has dicho “supuestamente” y ahora tengo una mucho más bonita con la que estoy encantada.

—Encantada estarás cuando te des ese bañito.

Entré en su cuarto de baño y me encontré con una bañera jacuzzi como la copa de un pino.

—Pero bueno, ¡¡menudo lujo!!

—El lujo es tenerte a ti aquí. Te voy a cuidar mucho, Alba.

—Lo sé, lo sé...

Sumergirme con él en ese jacuzzi fue impresionante, más que nada porque Héctor tenía la habilidad de dejar los problemas lejos de nosotros, de crear climas en los que te parecía que no podían afectarte.

Estaba más cariñoso que nunca, probablemente por pensar que todo aquello me estaba afectando por lo complicado que resulta dejar toda una vida de planes detrás.

Se sentó detrás de mí, dentro ya del agua, y comenzó a masajear mi cabeza.

—Si sigues así, me dejarás dormida.

—Es lo que pretendo, que te relajes.

—Pues lo estás logrando.

—Debes descansar esta noche, ¿te apetece que te prepare alguna infusión?

—Se me ocurre que tienes mejores formas de relajarme.

Le provoqué y comprendió que tenía ganas de él, muchas. Casi tantas como me demostró tener de mi sexo cuando me tumbó encima de la cama y comenzó a lamerlo de una manera tan lenta e intensa que me erizó el vello

Así, a lo largo de una serie de interminables minutos en los que me estremecí por completo, me llegó el más fuerte de los orgasmos, que sentí cogiéndome a su pelo sin apenas creer que esa sensación fuese posible.

—Me corro, me corro—repetía mientras él se dedicaba, ya con mucho mimo, a extraer de mí el fruto que había logrado. Hacerlo le fascinaba.

También quise probar su sexo. Lo hice cuando pude volver en mí, echando mano a su bóxer, en el que cual lo mantenía privado de libertad. Lo encontré mirando al techo e hirviendo. Y sin miedo me lo metí en la boca, llegando al fondo de esta, saboreándolo y comenzando a disfrutarlo de dentro afuera, consiguiendo que su consistencia se pareciese a la del mármol.

Cuando estaba a punto, cuando su naturaleza señalaba a la posibilidad de explotar, me tumbé de espaldas a él.

—Entraré desde aquí—me comentó mientras acariciaba mi cuello con una mano y con la otra inspeccionaba mi vagina.

—No es por ahí por donde quiero que lo hagas—le pedí.

—¿Hoy? ¿Hoy lo quieres así?

Asentí con mi gesto y no dudó en darme el gusto. Tomó una crema dilatadora que me aplicó con algunos de sus dedos mientras con otros me estimulaba el clítoris. Sabía muy bien lo que se hacía y me arrancó un nuevo orgasmo antes de proseguir. Así me encontró tan entregada, sin fuerzas...

No hacía falta que las tuviera porque él se encargaría de todo. Héctor se fue metiendo en mí poco a poco mientras el morbo se apoderaba de mi cabeza. Tampoco se olvidaba mientras de mi clítoris, al que seguía estimulando. Le pedí que apartase la mano porque ya sentía hasta sensación de calambre de lo excitada que estaba. Las llevó entonces a mis senos mientras salía y entraba de mí.

Sus embestidas fueron a más conforme se lo pedí. Héctor me daba todos los caprichos y no digamos ya en la cama. Yo también quise darle uno: el de que me poseyera por detrás, pues mi trasero siempre estaba en su mente.

Con él todo el sexo me resultaba placentero porque se empeñaba en que así fuese. No era un hombre común y me lo demostraba en cada uno de sus gestos. Esos gestos que atesoraba en mí, esos gestos que me llevaron a dejarlo todo por él.

Cuando por fin me eché a dormir, logré soñar bonito en un día que no resultó precisamente fácil. Supongo que sus abrazos me ayudaron a ello. Supongo que todo fue como tuvo que ser.

Me desperté por la mañana y, de momento, no reconocí el dormitorio en el que estaba. Cuando lo hice, la sonrisa apareció en mi boca.

—Ya ha amanecido—me indicó.

—Amaneció hace rato, por lo que veo.

—No, porque no amanece hasta que abres los ojos.

—Te tengo que querer, Héctor, es que tengo que quererte.

—Eso espero, porque yo no pienso dejar de quererte en ningún momento.

—Y no se te ocurra hacerlo.

Cuando por fin me eché a dormir, logré soñar bonito en un día que no resultó precisamente fácil. Supongo que sus abrazos me ayudaron a ello. Supongo que todo fue como tuvo que ser.

Me desperté por la mañana y, de momento, no reconocí el dormitorio en el que estaba. Cuando lo hice, la sonrisa apareció en mi boca.

—Ya ha amanecido—me indicó.

—Amaneció hace rato, por lo que veo.

—No, porque no amanece hasta que abres los ojos.

—Te tengo que querer, Héctor, es que tengo que quererte.

—Eso espero, porque yo no pienso dejar de quererte en ningún momento.

—Y no se te ocurra hacerlo.

Capítulo 31



—Te juro que si no lo veo, no lo creo—le comenté un rato después cuando encendí el móvil, ya con una taza de café en la mano.

—¿Qué es lo que pasa, cariño?

—Que Sergio me ha enviado un vídeo.

—¿Un vídeo? ¿De algún momento bueno de ambos? No te creas que es tan extraño, mucha gente lo hace para tratar de que el otro recapacite.

—¿Qué momento bueno ni qué ocho cuartos? Míralo tú mismo.

Le pasé el móvil y se atragantó con el café.

—Está haciendo pedazos tu vestido, el que te regaló en París. Es ese, ¿verdad?

—No podría ser otro... Se ha vuelto loco, se le ha ido la pinza.

Llamaron a la puerta y él fue a abrir.

—Haz el favor de mirar antes porque a este Sergio ya no lo conozco. No sea que venga con una bomba o algo—le comenté.

—No tengas miedo. Nada te pasará mientras estés aquí y conmigo.

Fue a abrir y no. Era Patricia.

—Nenita, perdona que haya venido sin avisar y sin nada, pero estaba preocupada. La que se ha liado, madre

mía, la que se ha liado ayer en la clínica. A Sergio no le podían calmar. Tuvieron hasta que ponerle un inyectable al final por orden de su padre.

—Joder... Pues sí que le ha dado fuerte.

—¿El ataque de cuernos? No sabes tú cuánto. Para mí que salimos tarifando todos. De esta, tarifamos.

—Tú eres mi amiga. A ti no puede despedirte solo por serlo.

—No, a mí me despedirá por ser la novia de Iván, él me lo ha pedido—nos confirmó orgullosa.

—Enhorabuena, mi niña—la besé.

—Si estoy como loca... Pero le he preguntado a mi chico si no necesitan azafatas de esas de las que aguantan la sombrillita o algo antes de las salidas, porque me voy al paro con vosotros seguro.

—Que no, cariño, que no. ¿Y Dory qué dice?

—Dory está encantada con lo mío y de su hijo, quién me lo iba a decir, con lo superficial que ha sido siempre.

—Te he traspasado la suegra, me parto. Y encima, su mejor versión.

—Es que está con Humberto que en cualquier momento le mete mano. Y no para hacerle un favor precisamente. Se le ha visto mucho el plumero con las diferencias que hace con sus hijos.

—Y Dory ya no se calla más. Ojalá que le pida el divorcio.

—Dios te escuche, porque no me imagino celebrando con ese hueso las Navidades.

—Ay, mi niña, que ya está mirando a futuro y todo.

—Es que yo nunca había visto la muerte tan cerca...

—Si tú no la has visto, si la ha visto Iván.

—Pues eso, la suya. Y que se iba de este mundo sin aprovecharme, eso no puede ser.

—Ay, Dios, ahora me llama mi madre.

—Pues normal, si llevas toda la mañana con el móvil apagado. No te censuro, ¿eh? Cuando pille por banda a Iván no le dejaré encender el suyo. Qué ganitas le tengo, ¡¡que está como una pera!! —me chilló.

—¿Ya tenéis las pruebas?

—Claro, pava, si para eso he venido, para contártelo, ¿o es que creías que venía para montarme un trío?

—No, no, que yo a mi Héctor no lo comparto.

—Ni a mí me van tampoco, que no soy una viciosa... He venido porque estoy como unas castañuelas. En unas cuantas semanas estará en casa. Y como parecen de chicle, porque los pilotos lo son, ya estará abierto de patas y montado en la moto.

—¿Y tú?

—Yo abierta de patas también, que si sirve para volver a montar en moto, sirve para hacerme un buen favor antes.

—Que no, niña, que qué harás tú si Humberto quiere despedirte.

—Primero arañarle y luego plantarle cara. A mí de allí no me echa porque no tiene motivos. Será indeseable el tío guarro...

—¡¡Esa es mi chica!!

—Y a vosotros tampoco os debería echar.

—Tampoco nos apetece quedarnos trabajando con Sergio. Te puedes figurar el plan, después de la que está montando.

—Es verdad. Madre mía cómo ha dejado el vestido el hijo de la gran fruta. Si no lo quería, me lo hubiese dado : mí para ponerlo en el Vinted.

—Yo es que no puedo con tus cosas, Patricia.

—Bueno, pues una que se va con viento fresco, que tengo que llevarle flores a mi Iván.

—Hija, dicho así, parece que mi excuñadito hubiese palmado.

—No, no... Flores para que le huelan bien la habitación, que lo pasan a planta. Y que circule el aire fresquito, que su padre lo tiene...

—Viciado perdido, así tiene el aire Humberto. Ya me contarás lo que pasa, guapita de cara.

—Sí, sí... A ver a quién llaman antes al despacho del sultán, que ese se ha creído que es un sultán. Y el hijo, otro... Será antiguo el tío, ¿Que te haga pedazos un vestido de esa firma no es denunciable? Porque yo de ti le ponía una denuncia que se cagaba la perra.

—Yo ese vestido no me lo pensaba poner ya. Me da exactamente igual.

—Pero el resto de tu ropa sí. Yo de ti iría pronto a por ella no sea que lo más largo que te encuentres en tu armario sea un trozo de tela de cinco centímetros. Menuda habilidad que tiene el tío con la tijera. Normal que sea un crack también con el bisturí.

Patricia se fue y nos quedamos charlando.

—Le escribiré para decirle que voy por mis cosas, tengo que recogerlas, Héctor.

—Yo iré contigo, no pienso dejarte que entres en esa casa sola.

—A ver cómo lo podemos hacer, que igual sigue allí Eduardo Manostijeras y tenemos que correr al galope.

—Ya tengo ganas de que todo esto pase, mi amor.

—Y yo también, ¿y si nos marchamos este finde otra vez a la casita de Segovia?

—Me parece una buena idea. Venga, manos a la obra, amor.

^a —Sí, manos a la obra... Me parece fantástico, cariño. Voy a escribirle a Sergio y a devolverle la llamada a mi madre.

Capítulo 32



Le escribí y me llamó de inmediato.

—Es Sergio. No sé si quiero cogerlo—le comenté.

—Si quieres hablo yo con él.

—No, no es necesario. Pienso hacerlo yo.

—Vale, me quedo aquí a tu lado.

Descolgué y le encontré mucho más calmado de lo que imaginaba.

—Sergio, no quiero ningún tipo de polémica. Solo te llamo para poder recoger toda mi ropa y mis enseres personales.

—¿Y eso por qué? —me respondió.

—No te entiendo, ¿cómo que por qué? Porque me marchó a vivir con Héctor, ya lo sabes.

—Yo no sé nada de eso—me contestó.

—Ay, mi madre... A ti se te ha ido la cabeza, ¿ya no te acuerdas de la que montaste ayer? ¿Y del vídeo que me has enviado del vestido?

—Sí, claro que me acuerdo. Y, aun así, pienso que es innecesario que te marches cuando nosotros seguiremos viviendo juntos.

—Sergio. Tengo entendido que ayer te inyectaron un calmante, ¿qué puñeta era que te ha dejado tonto del todo?

—La tonta eres tú si crees que te marcharás de mi vida así por las buenas.

—¿De qué me hablas? Claro que me iré por las buenas. ¿Que nos vais a despedir? Eso seguro, pero poco más podréis hacer.

—Aquí no se va a despedir a nadie. Mi padre y yo no queremos problemas.

—No entiendo...

—Pues es fácil. Todos a sus puestos y tú conmigo en casita, aparte.

—No te funciona la cabeza, ¿y cómo crees que vas a lograrlo? Yo ya estoy con Héctor, te lo dije.

—Ven a casa y te enseñaré cómo.

—No pienso pisar esa casa mientras estés ahí.

—Pues entonces, reúnete conmigo en la clínica.

Héctor, que nos estaba escuchando, intervino.

—Yo también iré.

—Dile a ese que tú sola, que nadie le ha dado vela en este entierro.

—Es mi pareja y me acompañará.

—Mira que eres tozuda. Está bien, cuando veas lo que tengo para mostrarte, tú misma renunciarás a él.

Colgó el teléfono y me quedé a cuadros.

—¿De qué habla, Héctor? ¿Qué tiene en su poder que piensa que logrará que me quede con él?

—No lo sé, Alba, estoy tan desconcertado como tú.

—Tenemos que saberlo cuanto antes. Esto me huele fatal.

?

—Y a mí. Vístete que nos vamos.

Entramos en la clínica y nos cruzamos con Humberto. Una risa irónica por su parte nos hizo saber que era partícipe del plan de su hijo.

—Zorra—murmuró cuando pasé por su lado.

—Mucho cuidado, Humberto, que peines canas no hará que te permita que hables así a mi pareja—le advirtió.

—Para lo que te va a durar la pareja—le vaciló.

Entramos en el despacho de Sergio y nos lo encontramos hecho una verdadera pocilga.

—¿Qué miráis? Cada uno tiene su despacho como le sale de los cojones—nos advirtió.

—Estás borracho. Ya te noté antes el tono muy raro y sigues empujando el codo. Menuda cogorza estás cogiendo.

—Es verdad, Alba, eso es verdad. Estoy borracho de satisfacción.

—De satisfacción ya te digo que no es, pero como quieras decirlo.

—Siéntate, que te vas a cagar, siéntate.

—No se te ocurra hablarle así, Sergio—le advirtió Héctor.

—Anda, si no te había visto...

—Normal, como que vas ciego—apunté.

—No es por eso, Alba, no es por eso. Es que tú lo alumbras todo a tu paso y por eso me has deslumbrado.

—Vale ya de payasadas, Sergio.

—Eso digo yo. Vamos a dejar todas las cosas como estaban, ¿podemos?

—¡¡Que estoy con Héctor!! —le grité porque me estaba sacando de mis casillas.

—Última oportunidad que tenías de quedarte por las buenas y vas y la desaprovechas. Mucha carrera con buenas notas y, al final, una tonta del culo.

—Que no la insultes, ¡¡joder!! —golpeó Héctor sobre su mesa.

—Vale, vale... Hoy no quiero gresca porque estoy contento. Si no te quedas conmigo, Alba, sacaré este documento. Y no se te ocurra hacerlo pedazos...

—¿Igual que has hecho tú con mi vestido? Tranquilo, que por ahí no me ha dado todavía.

—Ahora igual si te da, pero solo es una copia del original, que lo sepas.

—¿Qué es, Alba? —me preguntó Héctor.

—Ven y lo ves conmigo, por favor—le pedí.

—Es la puta sentencia que la condena a seguir conmigo mientras me salga de los huevos—nos soltó en el más soez de los tonos.

—No entiendo. Esto jamás pasó y yo no lo firmé—le indiqué tras leerlo.

—Alba, ¿qué es esto?

Se suponía que era un documento firmado por mí en el que reconocía haberle dado a Merche la noticia errónea del fallecimiento de su hija, motivo por el que ella habría protagonizado el espectáculo que casi la lleva a tirarse de la azotea.

—Es una invención, yo jamás le hubiera dicho algo así a una paciente sin asegurarme, Héctor. Si ni siquiera estaba allí, estaba...

—Estabas tirándote a este en su despacho, ¿crees que no lo sabía? —me preguntó en el tono más malévolo que hubiese utilizado nunca conmigo.

—¿Tú lo sabías? —le miré incrédula.

—Por supuesto que lo sabía. Lo sé desde el primer día. Y mira que intenté hacer la vista gorda, pensando que

solo se trataría de un capricho pasajero. Pero no, la niña no se conformaba con un polvo, así que tuve que guardarme las espaldas.

—Y me hiciste firmar ese documento como si fuera cualquier otro, ya me lo imagino. Nunca he mirado lo que me has pedido que firmase porque siempre confié en ti.

—Y te he salido rana. Vaya por Dios, la señorita ya no se puede fiar de mí con lo bien que se ha portado ella.

—Ya, vale, Sergio, ¿qué crees que vas a lograr con ese documento?

—Que, si me abandona, no vuelva a trabajar como médico más en ningún lugar, además de que el peso de la justicia le caerá encima. Ya hablaré yo con esa pobre mujer, todavía está confusa por lo que sucedió.

—¡¡Eres un puto manipulador de mierda!! —le chilló.

—No está bien, Héctor, no lo está. Yo no puedo llamarla a ella como me da la gana porque te ofendes. Y tú me dices puto y te quedas tan a gusto. También mereces un correctivo.

—¿Crees de verdad que nos quedaremos cruzados de brazos ante esta falsedad? —le pregunté.

—Tienes una semana para casarte conmigo, por lo civil y en secreto, o lo llevaré al juzgado. A partir de ahí, celebraremos una boda, más adelante, por la iglesia y con todos los nuestros...

—Tú estás loco, tío, ella nunca se casará contigo.

—Y entonces, ¿lo llevo al juzgado ya? —me miró.

—Llévalo si quieres—le reté.

—Tú lo has querido, Alba.

Le vimos salir y Héctor le retuvo.

—No lo lleses—le pidió.

—Héctor, no cedas a su chantaje.

—Tienes que pensártelo, Alba—me pidió.

—Hazle caso. Es un tío listo, siempre lo ha sido.

—No tanto como tú, que sabías lo que había y callabas—le recordé.

—Todavía será mi culpa que me hayas puesto los cuernos. Menos mal que, al salir, no duelen como los dientes.

—Eres el puto Satanás en persona.

—Y dale con lo de puto, qué pesados sois, ¿lo llevo o no lo llevo al juzgado, Alba?

—No lo lleses—murmuré.

—Más alto, que no te oigo y quiero disfrutarlo.

—¡¡Que no lo lleses!! —le chillé mientras salía corriendo de su despacho y Héctor detrás de mí.

Salimos a la calle y yo tenía un verdadero ataque de ansiedad.

—Me va a buscar la ruina, me la va a buscar... Pero te juro que no me casaré con él.

—Eso ya lo sé, porque te prometo que no te la buscará. Ya encontraremos la forma, te lo prometo.

—Se ha vuelto loco, ¿cómo quiere casarse conmigo en contra de mi voluntad?

—Esconde algo, Alba, ahora lo veo claro. Sabía lo nuestro y callaba. Y ahora pretende eso, algo esconde.

—¡¡Es un maldito!! Lo que esconde es una maldad absoluta. Una semana, una jodida semana. Estoy en sus manos, Héctor. Y encima querrá que vengamos a trabajar como si nada.

—Y lo haremos. Nos quedaremos ahora mismo.

—Yo no estoy en condiciones, no lo estoy.

—Pues debes estarlo. Te calmarás y entrarás a trabajar con una sonrisa en los labios.

—Quieres desconcertarle, jugar igual que él.

—Por supuesto y tú me vas a ayudar a hacerlo. Ese maldito no volverá a estar cerca de ti en su vida, pero debemos mantenernos unidos y firmes.

—¿Y si no damos con la manera de dinamitar su plan? ¿Y si lo lleva a cabo?

—Está perdiendo las formas. La muestra es lo que hizo con el vestido, la borrachera aquí en su trabajo... Hay algo que le duele lo suficiente como para ponerlo todo en juego.

—Nunca pensé que me quisiera tanto.

—Alba, eres no ya para quererte, sino para adorarte. Y a pesar de ello te digo que aquí hay gato encerrado, que Sergio no te quiere.

—Lo sabía todo, el muy maldito lo sabía.

—Debemos mantener la cabeza fría.

Humberto se cruzó con ambos de nuevo y se paró. Su sonrisa sarcástica no se hizo esperar.

—Nadie jode a un Lamela y se va de rositas—nos dijo.

—Odio ese puto apellido, ¿te enteras?

—Lástima, porque será el de tu marido y el de mis nietos.

—Tú no tendrás nietos por mi parte.

—Solo tú me los puedes dar y lo harás. Sé lo de Iván con tu amiguita. Es lo que me faltaba por escuchar. Esa...

—No se te ocurra decir nada en contra de Patricia porque entonces sí que iré de cabeza al juzgado, ¡¡por intento de asesinato!!

—Nena, ¿qué dices? Venía ella de su coche, de coger algo.

—Que aquí el delincuente este y su hijo me están chantajeando, Patricia, eso es lo que pasa.

—¿De verdad? Qué asco de gentuza. Me dan ganas de escupir—le soltó.

—Pues hazlo para otro lado, no sea que se me pegue algo de lo tuyo. Y que sepas que esta se quedará con Sergio—me señaló—, pero tú a Iván no lo catarás en tu jodida vida. No si no quieres salir muy escaldada también —le advirtió.

—¿Amenazándome con un despido?

—Qué más quisieras... Igual apareces muerta en una cuneta un día como la zorra que eres.

Tuvo que correr hacia el coche y, aun así, entre las dos le pateamos la puerta.

Salió con rapidez de allí y ambas nos abrazamos.

—Iván no puede saber nada de esto. Él no está en condiciones—nos pidió.

—Claro que no. Esto queda entre nosotros tres.

—¿Cómo te está chantajeando, amiga?

—Con una firma que me sacó... —le conté.

—Maldito hijo del demonio, ¿o será su padre? Porque con la edad que tiene...

—Patricia, que me harás reír incluso hoy.

—Es que hay que reír todos los días, Alba.

—Patricia tiene razón. Ahora los tres vamos en el mismo bando. Que no se nos note nada cuando entremos en la clínica—nos pidió Héctor.

—Ese se quiere casar todavía contigo porque te ha tomado por tonta y cree que accederás a todos sus chanchullos. Sabe Dios si estarán haciendo cosas ilegales o algo que aspiran a que tú les ayudes a tapar.

—¿Ilegales? No lo había pensado, pero puede que sí.

—Todo lo que se os venga a la cabeza puede ayudar. Tenemos una semana para saber de qué van los Lamela—nos recordó Héctor.

—Una semana es muy poco tiempo. Ellos siempre se han tapado los unos a los otros.

—Dory ya no está de parte de Humberto, que no se te olvide, Alba.

—Pero tampoco se pondrá en contra de Sergio, que es su madre.

—Eso es verdad. Por ahí andamos jodidos, ¿qué demonios traerán entre manos?

—¡¡Ojos abiertos!! —nos pidió Héctor.

Entramos en la clínica y a mí el aire me faltaba. No es fácil actuar como si nada pasara cuando están tratando de pisarte el cuello. Odiaba todo lo que allí se cocía, lo odiaba con todo mi corazón, aunque escapatoria no tenía. Debía mantener la sangre fría como me pedía Héctor.

—Una semana es muy poco tiempo. Ellos siempre se han tapado los unos a los otros.

—Dory ya no está de parte de Humberto, que no se te olvide, Alba.

—Pero tampoco se pondrá en contra de Sergio, que es su madre.

—Eso es verdad. Por ahí andamos jodidos, ¿qué demonios traerán entre manos?

—¡¡Ojos abiertos!! —nos pidió Héctor.

Entramos en la clínica y a mí el aire me faltaba. No es fácil actuar como si nada pasara cuando están tratando de pisarte el cuello. Odiaba todo lo que allí se cocía, lo odiaba con todo mi corazón, aunque escapatoria no tenía. Debía mantener la sangre fría como me pedía Héctor.

Capítulo 33



A partir de ese día, acudir al trabajo se me representó como si viviese dentro de una peli de terror.

—Tienes que sacar fuerzas de flaqueza. Ha de haber algo, sé que hay algo detrás de todo esto que nos dará la clave para desarmar a Sergio—me decía Héctor a la mañana siguiente al despertarse.

—El muy maldito lo sabía desde el principio y se hacía el tonto, lo sabía—murmuraba yo.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho? ¿Te arrepientes de haber comenzado algo conmigo? —me preguntó.

—No me arrepiento. Nunca me voy a arrepentir, amor. Ni siquiera si... Si me cuesta mi carrera o algo peor, si tengo que ir a prisión. Porque lo haré, antes de volver con él, lo haré.

—No se te ocurra pensar que ocurrirá nada de eso porque no lo permitiré. Sé que vamos a dar con la cuestión, lo sé. Estoy totalmente seguro—me borraba con la palma de su mano las lágrimas que comenzaban a caer de mi rostro.

Soy consciente de que se le partía el alma al verme así. Por más que trataba de controlarme, por ese motivo, es que no lo lograba. El ultimátum de Sergio consiguió desgarrarme el corazón.

Llegamos al trabajo y nos encontramos con la desagradable sorpresa, al mirar nuestros cuadrantes, de que esa semana la trabajaríamos entera, los siete días.

—Nos quiere apretar las tuercas, como si esa fuese una medida de presión. Su actitud es infantil. No sé si me causa risa o pena, porque está actuando de un modo patético—me comentó Héctor—. Si no fuera por lo que es, qué ganas le tengo.... En cualquier caso, hemos de mantener la calma y, a poder ser, con una gran sonrisa en la cara. Eso le desconcertará y terminará por sacarle de quicio. Mira, por ahí viene.

Lo hice tal como me lo pidió. Ambos le sonreímos a mi ex al pasar y él nos miró con un asco espantoso. Se

había convertido en el enemigo. Nunca le habría hecho daño aposta, más allá de querer a Héctor, si bien se estaba ganando a pulso que le considerase la peor de las sabandijas.

Después me crucé con Sonia y me notó rara.

—¿Ha pasado algo más? Le dije ayer a mamá que esto se está convirtiendo en una de esas series turcas que le gustan en la tele.

Ella era inocencia pura y no se imaginaba la envergadura del problema en el que su hermana estaba metida. Héctor y yo habíamos jugado, como lo hicimos aquella noche en la que apareció con la moto, disfrutamos el juego y tomamos la delantera. Y, de repente, las tornas se habían vuelto y todo dio un giro monumental: quedando en manos de Sergio.

—Dile que ya iré a verla.

—Sí, que está preocupada. Yo le conté lo que pasó, que descubrí que Héctor era el motero molón, el que vino en secreto. Pensé que se reiría, pero no lo hizo. Y desde entonces está que no levanta la cabeza.

—Pasaré por casa en cuanto pueda. Yo traté de tranquilizarla por teléfono, pero veo que no surte efecto.

—Sí, que cuando se preocupa me da a mí toda la lata. Para eso vivo con ella—resopló—. Pero, ¿tú estás bien, Alba? ¿Sergio se ha enfadado?

^o —A partir de ahora, pasa de Sergio. No te detengas a hablar con él y procura que no te saque conversación en ningún sitio.

—¿Ya no es mi cuñado? ¿Ahora lo es el motero? Yupi.... ¿Le dirás a Héctor que me dé una vuelta en su moto?

—Se lo diré, cariño. Ahora vamos a tener unos días un poco complicados, pero en cuanto pase la marejada, se lo diré.

—Si en esta ciudad no hay mar, Alba. Lo mejor es que, por eso, no puede venir un tsunami. A mí me asustan la pelis de tsunamis. No quiero ver ninguna más.

Pensé en que los tsunamis naturales eran terroríficos, si bien los que podíamos crear los humanos con nuestras maldades no lo eran menos. Y en el caso de Sergio, estaba llamando a uno de dimensiones considerables.

Patricia me dio los buenos días con un gran abrazo.

—También estoy en la lista negra, no tengo descanso esta semana. Eso de que le diéramos candela a Humberto tendría un precio.

—Ya no le llamas Don Humberto, por lo que veo.

—Y no porque sea el padre de Iván, que ya sabes que ese tipo a mí no me ha dado la más mínima confianza, todo lo contrario. Es porque el único don que se merece es el de don mierda. Y bueno, como no quiero que se me caliente el pico...

o Llegó Camilo, quien no estaba al tanto de nada. Más bien, andaba enamorado y no se enteraba de la misa la mitad. Cuando le pusimos al corriente, los ojos se le inyectaron en sangre.

—Necesitamos captar cualquier mínimo movimiento, el que sea. No sabemos la razón por la que Sergio necesita retenerme a su lado a toda costa, así que, si quieres ayudar...

—Me convierto también en espía. Eso está hecho. Nos queda trabajo por delante. Quién nos iba a decir nada de esto... Contad conmigo, siempre hemos ido todos a una y ahora no será menos.

—Si te metes en el ajo, que sepas que puedes acabar en la lista negra también—le advertí.

—Yo por vosotras me meto hasta en adobo si es necesario. Sois mis amigas, ¿o es que todos los valores se van a perder de golpe?

—No, claro que no. Gracias, niño—le abracé y Patricia se unió al abrazo. Héctor pasó por allí y se cayó la baba al comprobar lo mucho que me apoyaban mis amigos.

—Gracias, chicos. Ya sabéis lo que se juega Alba—les comentó.

—Antes de que le hagan nada malo, les saco los ojos a los dos: al padre y al hijo—le respondió muy resuelta Patricia.

s —Y se los saca—confirmó Camilo.

—También estoy en la lista negra, no tengo descanso esta semana. Eso de que le diéramos candela a Humberto tendría un precio.

—Ya no le llamas Don Humberto, por lo que veo.

—Y no porque sea el padre de Iván, que ya sabes que ese tipo a mí no me ha dado la más mínima confianza, todo lo contrario. Es porque el único don que se merece es el de don mierda. Y bueno, como no quiero que se me caliente el pico...

Llegó Camilo, quien no estaba al tanto de nada. Más bien, andaba enamorado y no se enteraba de la misa la mitad. Cuando le pusimos al corriente, los ojos se le inyectaron en sangre.

—Necesitamos captar cualquier mínimo movimiento, el que sea. No sabemos la razón por la que Sergio necesita retenerme a su lado a toda costa, así que, si quieres ayudar...

—Me convierto también en espía. Eso está hecho. Nos queda trabajo por delante. Quién nos iba a decir nada de esto... Contad conmigo, siempre hemos ido todos a una y ahora no será menos.

—Si te metes en el ajo, que sepas que puedes acabar en la lista negra también—le advertí.

—Yo por vosotras me meto hasta en adobo si es necesario. Sois mis amigas, ¿o es que todos los valores se van a perder de golpe?

—No, claro que no. Gracias, niño—le abracé y Patricia se unió al abrazo. Héctor pasó por allí y se cayó la baba al comprobar lo mucho que me apoyaban mis amigos.

—Gracias, chicos. Ya sabéis lo que se juega Alba—les comentó.

—Antes de que le hagan nada malo, les saco los ojos a los dos: al padre y al hijo—le respondió muy resuelta Patricia.

—Y se los saca—confirmó Camilo.

Capítulo 34



Al final de la mañana, después de que me tuvieran de lo más distraída con ciertas cuestiones que ni entendí, entreteniéndome por aquí y por allá, resultó que entré en la habitación de Lola, donde su madre siempre la acompañaba, y me encontré a Marián, una de las limpiadoras, haciéndola.

—Buenas tardes, Marián, ¿dónde está Lola? —le pregunté extrañada porque todo estaba vacío, como si ya no estuviesen allí.

—A la niña la han trasladado a otra clínica, ¿no lo sabes? Su madre se ha marchado con ella.

—Pero si no me ha dicho nada.

—Pensé que no estabas aquí hoy, como no te he visto en toda la mañana... Merche pensó lo mismo, De hecho, cuando Sergio salió a despedirla, ella me dio recuerdos para ti.

Me la había jugado. Se las llevó sin que la mujer supiese el motivo. Las habría colocado en cualquier otra clínica privada y así evitaría interferencias. En el caso de necesitarlo, ya la buscaría para contaminarla con sus maldades, para confundirla sobre lo que pasó aquel día, sin que yo pudiera hacer nada para contrarrestar sus mentiras.

—Está bien, gracias.

—¿Hay algún problema, Alba? Se te ha quedado muy mala cara.

—Ninguno, cariño, ninguno. No te preocupes...

—Qué buena eres. Siempre me has tratado como si fuese médica igual que tú. Otros ni siquiera me permiten llamarles por su nombre de pila—me dijo esa chica que me caía espectacularmente bien.

—¿Y cómo te voy a tratar? Somos iguales, Marián.

—Ojalá otros lo entendieran...

Siempre me gustó darle a cada uno en la clínica el trato que se merecía. Y, a un paso de salir de ella, me llegaba un reconocimiento que ese mañana era muy especial para mí.

Me marché a buscar a Héctor a su despacho y me vio llegar sin apenas aliento.

—Están moviendo ficha. Se han llevado a Lola y a su madre.

—Era previsible. No les interesa que hables con Merche y le cuentes la jugada.

—No la he visto venir. Me han tenido toda la mañana de un lado para otro, como un títere. Eso es lo que Sergio piensa que soy en sus manos: un títere, y por eso me trata así.

—No pierdas los nervios. Serán muchas sus jugadas para desestabilizarnos. Sabe que estamos jugando una partida y que ganará quien muestre más sangre fría.

—Él no la tiene ni fría ni caliente porque está demostrando no tener sangre en las venas; tiene horchata.

—Ven aquí, cariño, ven aquí—me abrazó fuerte.

Estaban siendo los días más difíciles de mi vida. No es sencillo pasar de amar a alguien a que se convierta en tu enemigo. Y Sergio lo era ya para mí. Antes muerta que quedarme a su lado por culpa de un maldito chantaje que hacía falta ser mala persona para lanzar al aire.

Patricia estaba en la habitación de Iván. A él le manteníamos ajeno a todo aquello porque su salud aún era frágil y sería contraproducente. Le hice una señal sin que él me viera, y salió.

—Pues que te conste que, al menos el amargado del padre no se está yendo de rositas. Y el hijo ya veremos...

—¿A qué te refieres, cariño?

—A que me ha contado Iván que si hoy no hemos visto su asquerosa cara de mandamás por aquí, es porque está distraído. Resulta que Dory le ha pedido el divorcio.

—¿Se lo ha pedido? ¿Por lo mío?

—Yo no sé si está al tanto de lo tuyo o no. Lo cierto es que tuvieron una bronca monumental a cuenta de Iván y ella le ha dicho que se acabó lo que se daba, que tiene dos hijos y que pasa ya de él, que está harta de que Iván ni pinche ni corte en la familia.

—Mira que hace tiempo que los conozco, pues no me hubiera imaginado este final de fiesta. Creí que Dory se moriría sonriendo a la galería.

—Para que veas. No hay nada eterno. Y esa mujer le ha plantado cara. Él no quiere el divorcio y la ha amenazado con ponerle las cosas difíciles, me lo ha contado Iván.

—Hijo de mala madre... Con todo lo que ella ha hecho por él.

—Se ve que son tal para cual, el padre y el hijo... No se toma bien que se los deje.

—Ya lo veo, ya. En el caso de Humberto, al menos lleva toda la vida con ella y era previsible que no le hiciese gracia, pero en el de Sergio...

—Y que crea ese imbécil que puede retenerte a su lado a la fuerza, ¿qué sería lo siguiente, atarte a la pata de la cama? No sabe ese que arrancas la pata y le abres la cabeza con ella.

—Me meo contigo, Patricia. Tengo que irme, quiero indagar sobre dónde se han llevado a Lola y a Merche.

—¿Se las han llevado? Son un par de malditos, no paran de pensar en maldades.

—Se ve que no, que no paran de pensarlas. Lo son, son un par de malditos.

Me marché y me acerqué a Juandi, un chaval muy simpático que trabajaba en recepción.

—Juandi, porfi, necesito saber los datos del traslado de una paciente.

—Dime de cuál.

—Se trata de Lola Duarte García, una niña pequeña.

—Debe tratarse de un error, Alba—me contestó.

—No, no, el nombre está bien, seguro.

—Pues no aparecen los datos de ningún traslado en el sistema, no lo entiendo—se encogió de hombros.

—Déjalo, Juandi, yo sí que lo entiendo.

De nuevo se adelantaban a la jugada. Maldad que no se le ocurría al padre, se le ocurría al hijo y viceversa. Siempre formaron un buen equipo, ambos lo hicieron.

Héctor me encontró al borde de las lágrimas y, una vez más, me sirvió de soporte. La semanita sería de aúpa y, si no nos topábamos con un cabo del que tirar, ¿entonces qué?

—Pues no aparecen los datos de ningún traslado en el sistema, no lo entiendo—se encogió de hombros.

—Déjalo, Juandi, yo sí que lo entiendo.

De nuevo se adelantaban a la jugada. Maldad que no se le ocurría al padre, se le ocurría al hijo y viceversa. Siempre formaron un buen equipo, ambos lo hicieron.

Héctor me encontró al borde de las lágrimas y, una vez más, me sirvió de soporte. La semanita sería de aúpa y, si no nos topábamos con un cabo del que tirar, ¿entonces qué?

Capítulo 35



Al día siguiente, me encontré con Sergio, quien acababa de salir de quirófano.

—Si fueras otro, te preguntaría que cómo puedes operar en estas circunstancias, pero al tratarse de ti no me extraña... No pareces humano, te has vuelto insensible total.

—¿Y me lo dices tú? No te tembló el pulso a la hora de engañarme.

—No fue mi intención, pero lo hice y lo siento. Si tanto me odias, ¿por qué mantenerme a tu lado?

—No voy a entrar en esas. Sabes lo que hay, si eres lista, te quedarás conmigo.

—Lo nuestro era amor, hasta que lo has convertido en un puto secuestro, Sergio.

—Y podría volver a ser amor si te sacas de la mente a ese mequetrefe, ¿no lo entiendes?

—¿A santo de qué esta obsesión? —le pregunté y se acercó a mí tanto que me dio miedo. Por un momento, llegué a pensar que quisiera besarme a la fuerza o algo parecido. No os digo más que preparé la mano por si acaso tenía que estrujar ciertas partes de su cuerpo que le hubieran hecho chillar.

—Cállate ya, Alba, ¡¡cállate ya!! —exclamó.

Se marchó y el corazón me iba a mil. Y no sería por la emoción que me produjo.

Patricia me encontró respirando con dificultad y me abrazó.

—¿Qué te pasa, cariño? Tú así no puedes seguir.

—Es que no lo aguanto, no lo aguanto, ¿cómo he podido quererle todo este tiempo? Ahora lo veo como un

monstruo.

—Yo nunca entendí que le quisieras así. Por mucho título que tenga y por mucho que sea hijo de quien es, tú siempre fuiste más.

—¿Fui más? Con lo pequeña que me veía a su lado al principio.

—Eres más porque tienes más categoría humana que él hasta durmiendo. Por eso nunca supo pararle los pies a su padre. Ese se arrima al sol que más calienta.

—¿Y qué diablos le pasa ahora? ¿Por qué se ha empeinado en mí de esta manera?

—La cabeza se le está yendo. O Héctor tiene razón en que le vienes bien por lo que sea o es de los que no acepta un no por respuesta y mucho menos unos cuernos. Qué sé yo, chica...

—El tiempo corre, Patricia. Y estoy aterrada.

—Lo sé, mi niña, lo sé.

Camilo vino corriendo y nos llamó.

—Nenas, no hay tiempo que perder. Ha habido un accidente en el que está involucrado un bus escolar y nos derivan a varios niños. Tenemos que volar para urgencias.

—Ok, ok...

Patricia me dio la mano porque me costaba desconectar de lo que me había ocurrido hacía un momento. Me resultaba terrible cada vez que tenía que verle, cada vez que me le cruzaba y recordaba que me tenía cogida por los ovarios, que me la había jugado de esa manera, que se había guardado las espaldas como nadie.

Llegamos a urgencias y la situación era espantosa.

—Traumatismo craneo encefálico severo—le escuché decir a Patricia nada más llegar y valorar al primer niño. Por favor, llamad a Arnau y que siga con él—derivó al peque.

Vi aparecer a Sergio por allí. Yo no estaba centrada, pero él parecía estarlo menos.

—Doctor Lamela, le necesitamos por aquí—le indicó una de las enfermeras.

—Voy, voy—le dijo mientras me miraba.

—¡¡Sergio, por favor!! ¡¡Que te necesitan!! —le chilló Arnau, que acababa de llegar, al ver que estaba pasmado

Patricia me iba dirigiendo y enseguida me puse las pilas.

—Menos mal que vuelves en ti, nena. Tú revisa a los de esta sección que yo sigo con los de aquella.

—Nos han enviado a demasiados—murmuré.

—Cierto, pero ya están aquí y nos vamos a comer el marrón. Camilo estará contigo.

Me puse con ellos y las heridas eran de diversa consideración, desde niños a los que les daríamos el alta enseguida hasta otros que requerían intervenciones, pasando por alguno en estado grave como el primero al que vio Patricia.

Hubo un momento en el que noté un codazo. Estábamos trabajando codo con codo. Era Sergio. Me resultaba tan irónico que apenas me lo podía creer.

—A este le podéis derivar para darle el alta—comentó sobre uno al que le echó un vistazo.

—No, Sergio, fíjate, ese niño no está bien. Se queja de un dolor demasiado fuerte en el abdomen.

—Los niños son quejicas por naturaleza, Alba, años siendo pediatra ¿y todavía no te has enterado? Que se lo lleven—ordenó.

—¡¡No!! —le chillé—. Sergio no estás en tus cabales.

—Qué idiota eres. No vuelas a llevarme la contraria en tu puta vida, ¿me oyes? Y ahora, ¡¡que se lo lleven!!

Nada más decirlo por segunda vez, el crío se echó hacia el lado y comenzó a sangrar abundantemente por la boca.

—Es una lesión abdominal, ¡¡lo es!! —le chillé de nuevo.

—¡¡Maldita sea!! ¡¡A quirófano!! —gritó de inmediato.

Le miré con total desdén. Era tal su desconcentración que a punto estuvo de cometer un error garrafal. Si llegan a dejarle sin supervisión, atendiendo a otros críos, podría haberle sucedido cualquier cosa. Eso no era propio de él

1. Una niña pequeñita lloraba preguntando por su madre.

—Ya viene de camino tu mami, amor. Déjame ver cómo estás... Vaya, si eres una campeona. Apenas traes unos rasguños.

—Alba, sé que no tengo que estar aquí, pero si puedo echar un cable en algo. Andáis desbordados—me preguntó Marián, la limpiadora.

—¿Le puedes curar la herida a la chiquitina?

—Tengo dos terremotos en casa, ¿a ti qué te parece?

—Que será más que suficiente. Gracias por venir a ayudar, ¿ves que somos iguales al final?

1 —Anda, anda... Que limpiar una herida no es nada.

—No, lo es venir a echar una mano en el momento en el que más se necesita.

—Como está mandado, claro que sí. Vamos allá...

Hizo todo lo que pudo, con esa niña y con otros que le fui pasando y cuyo estado no revestía la menor gravedad. Todas las manos fueron pocas en la jornada más estresante que viví hasta la fecha en ese hospital. Y justo tuvo que ser ese día.

Horas después, cuando todos los niños estuvieron estabilizados, me crucé a Sergio por el pasillo. Su operación había terminado.

—¿El pequeño está bien? —le pregunté sin ninguna mala intención.

—¿Has venido a refregármelo por la cara, es eso?

—Maldita sea, Sergio, ¿a ti qué mosca te ha picado?

—Ni mu de lo que pasó antes a nadie, ¿me oyes?

—No, no, ni mu, no sea que os dé por echarme o algo peor... ¡¡por chantajearme!!

—No, no, ni mu, no sea que os dé por echarme o algo peor... ¡¡por chantajearme!!

Capítulo 36



A partir de ahí, los días comenzaron a pasar demasiado rápido. Héctor, Patricia, Camilo, yo... Todo eran ojos tratando de encontrar algo en el proceder de Sergio o de su padre que nos diera la clave.

Al margen de lo sucedido con aquel pequeño, de lo que no llegó a enterarse nadie, no parecían dispuestos a cometer un error. El paso de los días, de hecho, le estaba proporcionando mayor seguridad a un Sergio que se regodeaba cada vez que nuestros caminos se cruzaban por los pasillos.

—Tic tac, tic tac—me solía decir en esos momentos.

Me desconcentraba de un modo que me quedaba paralizada y no era para menos. En situaciones así, me iba a buscar a Héctor. Ese día no le encontré en su despacho. Cuando llegó, yo estaba al borde del ataque de nervios.

—Estaba con una paciente, con Vicky—me comentó.

—¿La nena del trastorno alimenticio? La que me contaste que está tan mal. Y yo dándote la lata con mis problemas, ¿cómo está ella?

—¿Es posible que vengas así y que me preguntes por los demás? Oye, todavía no has ido a ver a tu madre. En cualquier momento se nos planta aquí.

—Es que ella me conoce demasiado bien y me da miedo.

—Pues justo por eso debes ir, porque te conoce mejor que nadie y estará sufriendo sin saber qué te pasa exactamente. Las madres sufren más de lo que crees.

—¿Lo dices por la de Vicky? Me contaste que esa mujer está pasando por un verdadero infierno.

—Y así es.

—Ay, pobre... Si yo pudiera hacer algo.

—Si quieres hacer algo por mí, ve a almorzar hoy con la tuya. Sé que te vendrá bien.

Lo hice. No quería preocuparla, pero el siguiente día se vencía el plazo que nos dio Sergio. Ni siquiera el hecho de que Humberto nos felicitó a todos por nuestra actuación con los niños del accidente cambió en nada las cosas. A mí me habían sentenciado.

Llegué a casa de mi madre al mediodía y no tuve más remedio que contarle. Ella me veía la cara y, además, que tenía derecho a saber lo que estaba sucediendo.

—Te juro que le araño. Me planto delante de ese miserable de Sergio y le araño vivo. A una hija mía no le hace eso nadie porque no lo consiento, ¡¡no te casarás con él a la fuerza!! ¿Es que esa rata se ha creído que estamos en la Edad Media o qué?

—Mamá, no me voy a casar, lo tengo claro. Pero él tiene muy claro también que me hundirá. No volveré a trabajar y puede que me ocurra algo peor, que me pidan responsabilidades penales y que...

—¡¡Pena le va a entrar a él cuando vea cómo le voy a dejar la cara!!

Hasta me hizo reír por un instante. Increíble, pero cierto.

—Mamá, no digas cosas. Te denunciaría y nos detendrían a las dos. A mí por su jodido documento y a ti por...

—A mí por algo por lo que no me importa que me detengan o que me encarcelen directamente.

—Héctor dice que hemos de mantener la sangre fría, que hasta el final hay esperanza. No puedes meterte, quizás se estropeease tanto.

—¿Y dices que queda un día? Vale, pues un día le queda a ese para lucir su bonita cara. Si no, que sepa y entienda que lo voy a dejar que no lo reconocerá ni la madre que lo parió, es decir, ni Dory. Por cierto, ¿qué dice ella de todo esto?

—No tengo ni idea de si lo sabe. Se quiere divorciar de Humberto.

—¡¡Con dos ovarios!! ¡¡Sí, señor!! Se le acabó a esa comadreja de Humberto la imagen de familia feliz que quiere dar, ¡¡que le jodan!!

—Mamá, eres la mejor, ¿lo sabes?

—A la hora de defender a mis hijas, seguro que sí. ¿Y Héctor cómo está?

—A Héctor ya le sale humo por las orejas. Hasta siguió a Humberto el otro día a una reunión por si había algo ilegal, pero resultó que todo estaba limpio e impoluto. No sabemos dónde más escarbar.

—Se nos va a ocurrir, estoy segura de que se nos va a ocurrir algo. Me lo tendrías que haber contado antes, hija

—Lo sé, mamá. Lo sé y lo siento, pero no quería preocuparte.

—No vuelvas a ocultarme algo así, Alba, te lo pido por favor.

—Mamá, espero que algo así no me vuelva a suceder en la vida. Estoy que el baño se ha convertido en mi gabinete de crisis, no me puedo levantar de él.

—Pronto te levantarás y serán esos dos malditos los que se sienten, te lo garantizo.

Mi madre estaba furiosa como nunca. Me ponía en su piel y la entendía perfectamente. Me iba para casa cuando entró Sonia, muy dicharachera, de la mano de Luis.

—Qué contenta te veo, cariño.

—Claro, porque vengo de la mano de mi novio. Todo el mundo está contento cuando va de la mano de alguien. Hasta Sergio, que está avinagrado ahora, sonreía antes cuando le vi entrar en el parquin.

—¿De la mano de alguna chica? —le pregunté porque el hecho de que se fijara en otra podría traducirse en mi salvación de última hora.

—No, de la mano de Arnau. Creían que nadie les veía, pero es que yo tengo la vista muy buena—me sonrió sin darle mayor importancia.

Mi madre me miró con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de la cara. Y a mí me vino a pasar lo mismo al devolverle la mirada.

Capítulo 37



—¡Joder! Lo hemos tenido delante de nuestros ojos todo este tiempo y no lo hemos visto—alucinaba Héctor cuando se lo dije.

—Están liados. Ahora me cuadran sus reuniones en su despacho, lo del viaje con su padre y Arnau... Me invitó a ir sabiendo que no lo haría, que aprovecharía para quedarme contigo, y entonces se lo llevó a él.

—¿Luego Humberto lo sabe?

—Por supuesto que no. Humberto es un homófobo total y su hijo Sergio lo tiene claro. No hay más que ver cómo trata a Patricia.

—Y su perfecto hijo mayor, a quien en realidad le tiran más los hombres que las mujeres, no ha querido defraudarle en ningún momento. De ahí que te necesitase como tapadera.

—Mierda... Conmigo ya lo tenía todo hecho y una boda a la vuelta de la esquina. Lo nuestro le venía de perlas y que comenzase contigo se lo jodió todo.

—Tienes razón en eso. Él se lo monta con Arnau, pero las ridículas normas morales de su padre hacen que no tenga el más mínimo pensamiento de salir del armario, de contárselo a nadie.

—Maldito sea... Él viviendo una doble vida y queriendo coartar la mía por completo. Qué miserable. Con razón no le importó que Humberto fuese quien hiciera el anuncio de nuestra boda en su día, como que para él no era más que una pantomima.

—Ahora nos cuadra todo. Eso, unido a la soberbia que parece haber heredado de su padre...

—Da como resultado que ese maldito de Sergio se diese por agraviado hasta el punto que lo ha hecho, obligándome a casarme. Cuando él no solo me estaba siendo infiel a mí—y seguro que desde mucho antes—, sinc

que está engañando a toda su familia.

—Tenemos que desmontarle el chiringuito. Y nos quedan pocas horas para hacerlo, ¿dónde crees que dormirán los tortolitos?

—En casa de Sergio. Le cuesta la vida dormir en casa de nadie. Si Arnau se queda con él, lo harán allí.

—Y seguro que se queda. Esta es una noche grande para ellos. Se supone que mañana tienes que darle una respuesta.

—Así es. Y piensa que será la de casarme con él, que no tendré valor de enfrentarme a otra cosa—le sonreí.

—Muy cierto, ¿te gusta hacer fotos?

—No es que sea fotógrafa profesional, pero esta noche lo voy a disfrutar más que nadie en el mundo.

Nos fuimos para casa de Sergio, para esa que no estaba tanto de la nuestra, pues todos vivíamos en el mismo barrio.

—¡¡Guau!! A la primera—me regocijé al ver que se dieron un pico antes de entrar en el portal. A continuación, se separaron y entraron como dos amigos más.

—Con este material debería ser suficiente pero, por si las dudas, volveremos por la mañana—me sugirió.

No pudimos dormir nada durante una noche que aprovechamos, eso sí, para hacer el amor sin pausa. Los nervios eran muchos y los echamos fuera de esa manera.

—Mañana todo habrá acabado, mi amor, todo—me decía abrazándome entre polvo y polvo, pues fueron muchos los que echamos hasta que el amanecer llegó.

1 —Libres para estar juntos sin ataduras, ¡¡libres!! —repetía porque para mí que no existía una palabra más bonita que esa.

—Libres por completo, libres para vivir nuestra vida, amor. Muy libres...

A la hora a la que Sergio solía salir por las mañanas, ya estábamos allí de nuevo, apostados entre los arbustos. En esa ocasión, entre miradas cómplices, se besaron justo al entrar en el coche.

,

—Más material, mucho más. Y qué jugoso.

—Muy jugoso. Vámonos para la clínica. Hoy va a ser un día emocionante.

Contacté con Patricia y con Camilo. Ellos nos habían ayudado en todo momento y tenían derecho a saber lo que estaba ocurriendo.

—Maldito hijo de perra, hace falta ser cobarde—me comentó ella, a quien el tema le dolía especialmente, puesto que en su vida hubo de enfrentarse a mucho malnacido que la criticó. Incluido Humberto.

—Va a tomar de su propia medicina el tío ese. En su propio hijo mayor—añadió Camilo en la videollamada que les realicé para que pudiésemos hablar al mismo tiempo.

—Y por partida doble, porque yo me quedo también con su hijo menor. ¿No quiere sopa? Pues el plato lleno para él, ¡¡que le aspen!! Y ahora ha llegado la hora de que se lo cuente todo a Iván, que va a alucinar también. No vemos en la clínica y no se os ocurra mover un dedo hasta que vayamos con vosotros—nos pidió mi amiga.

—Claro que no. Somos un equipo y la victoria la disfrutaremos así, en equipo.

Nos dirigimos hacia allí y, cuando llegamos, Humberto estaba en su despacho. Camilo ya venía con Patricia y, a su lado, Iván con unas muletas.

—No sé si tú deberías presenciar todo esto, Iván, aún estás...

—No me tomes por uno de tus pacientes, Alba, por favor. Yo he sufrido mucho por las desigualdades de mi padre, tengo derecho a estar en esa reunión.

—Es cierto, lo tienes. Bien mirado, lo tienes más que nadie.

—Y yo también—le escuchamos decir a Dory, quien se plantó allí igualmente.

a

—Perdonadme, pero mi madre también debía saberlo. Tiene el mismo derecho.

—Siento mucho lo que te ha pasado, Alba. No lo sabía, de haber sido así, habría tratado de interceder por ti—me dio un beso en la mejilla.

—Da igual, Dory, gracias por tu apoyo.

—Es que lo que pensaban hacer contigo no solo es un delito, sino que no lo pagaban ni con la horca. Si hay algo que lamento es haber criado a un hijo como Sergio, no me imaginaba que fuese así.

—Supongo que le teme demasiado a su padre—me aclaré la voz.

—Eso no justifica lo que ha tratado de hacer contigo.

Ni siquiera llamamos a la puerta de Humberto. Dory se tomó la libertad de abrirla y punto. Cuando nos vio a todos allí, su gesto fue de temor.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis aquí? ¿Quiénes os habéis creído que sois para entrar así en mi despacho?

—De momento y, para mi desgracia, yo todavía soy tu esposa, aunque en breve ya no será así. Menos espantos, Humberto, y llama con urgencia a Sergio, que aquí hay muchas cosas que aclarar.

Lo llamó y, curiosamente, acudió con Arnau, como si le hubiese pedido apoyo.

—Papá, ¿qué pasa? Estaba reunido con Arnau y... Pero, ¿qué hacen todos estos aquí?

—No lo tengo claro, Pero dile a Arnau que se marche, él no es de la familia.

—Tampoco la mayoría de estos y aquí están—le contestó.

—Deja que se quede Arnau, Humberto, porque sí pertenece a tu familia aunque no lo sepas—pronuncié.

—¿De qué me hablas, Alba?

—De que es la pareja de tu hijo Sergio, algo que no habrías de lamentar en absoluto de no ser porque, al llevarlo en secreto, ha querido chantajear a Alba. Y, por cierto, te ha metido a ti en el ajo, seguramente con mentiras—le contestó Dory.

—¡¡Se lo están inventando, papá!! —chilló Sergio al observar la mirada iracunda de su padre.

—Aquí tienes las pruebas—le pasé mi teléfono con las fotos a Humberto.

—¿Qué diablos hay ahí, papá? —se acercó él mientras su padre estrellaba el móvil contra la pared. Menos mal que me salía a cuenta...

o

—¡¡La prueba de que tu vida es una puta farsa!! Y me dijiste que no lo podías soportar, que no podías soportar perderla. Eres un cabronazo, hijo.

—Es que tiene a quien salir, al cabronazo de su padre—añadió Dory—. De manera que tu hijo te dice eso y tú le ayudas a chantajear a la que siempre fue nuestra nuera, Humberto.

—Dory tú no te metas si no quieres salir más escaldada todavía en el divorcio. Al final, te veo viviendo debajo de un puente.

—Estás más jodido de lo que reconoces, Humberto. Si cualquiera de nosotros abre el pico, os detendrán a Sergio y a ti por lo que le habéis hecho a Alba.

—¡¡Malditos todos!! —chilló—. Y tú el primero, desviado—miró a Sergio.

—Desviado no le digas porque es lo único de lo que no le puedes acusar—se metió Patricia.

—¿Y tú qué vas a decir? Tú que eres...

—Ni se te ocurra insultarla, es mi novia—le advirtió Iván.

—¿Esta es tu novia y Sergio tiene novio? ¿Es una puta broma o una pesadilla?

—Ninguna de las dos cosas. Es tu nueva realidad, la realidad con la que vas a tener que vivir a partir de ahora—le advirtió Dory.

—Nunca imaginé que fueras tan inconsciente, ¿qué dirá la gente ahora de los Lamela?

o —La gente no dirá nada porque no tiene la mente tan podrida como tú. Eso sí, Humberto, no solo no me joderás en el divorcio, sino que mi silencio tiene un precio—le advirtió.

—Tú no serías capaz de denunciarme—la retó.

—Ponme a prueba y te joderé vivo—le soltó con tal contundencia que le convenció de inmediato.

—¿Qué mierda me vas a pedir?

—Que abandones la dirección de la clínica hoy mismo. Tus días aquí están contados.

—¿Y eso por qué? No lo tenía pensado hasta el próximo año. Y ahora no tengo sucesor, ¡¡porque Sergio ya no es mi hijo!!

e —Hace falta ser sinvergüenza para hablar así por los motivos que lo haces. De todas maneras, te doy la razón en que Sergio ha demostrado que tampoco merece ocupar la dirección.

—Y entonces, ¿quién la ocupará?

—Ya pensaremos en alguien, salvo que Alba quiera asumir esa responsabilidad.

—Dory jamás creí que me ofrecieras algo así y muchas gracias. Pero yo soy feliz como pediatra, no quiero asumirla.

—Y no porque no sirva mi niña—apuntó Patricia.

—Está bien. Entonces me ayudarás a buscar a alguien. La mitad de esta clínica es mía y, desde hoy, yo tomo las decisiones, ¿me oyes, Humberto?

—¡¡Eso no puede ser!! —vociferó impactado.

—Es eso o que te ganes una buena denuncia. Antes era Alba quien, por vuestra maldad, se enfrentaba a una condena. Ahora lo sois Sergio y tú.

—Pero mamá, a mí no me puedes denunciar, ¿lo harías?

—Tú te marcharás junto con Arnau de la clínica, eso es lo que harás.

s —¿Dónde? ¿Dónde nos marcharemos?

—Da gracias que sigo siendo algo compasiva contigo, por mucho que me hayas decepcionado. Aceptarás trabajar en la clínica de George, nuestro amigo de California. Lo acabo de hablar con él y está de acuerdo.

—¿A California? ¿Qué se me ha perdido a mí allí?

—Pues mira, unas nueces muy ricas que dicen que hay—ironizó Patricia.

—¡Os habéis vuelto todos locos! —le chilló a su madre.

—Igual nos habéis contagiado vuestra locura, así en plan colectivo, porque vosotros sí que estáis locos de remate—sentenció ella.

n Dory se mostró impasible. Llegó hasta la clínica con una decisión tomada y ni los gritos de Humberto ni las lágrimas de Sergio la hicieron cambiar de postura.

Le agradecía muchísimo lo que hizo por nosotros. Ni siquiera sería necesario que abandonásemos una clínica en la que siempre nos habíamos sentido muy cómodos trabajando. Nuestros puestos estaban a salvo, incluido el de mi hermana Sonia, a quien todo aquel escándalo también pudo haberle salpicado.

Junto con Dory, en los siguientes días, me encargaría de buscar sustituto para Humberto, siempre mirando por el bien de la clínica.

Salimos de allí como una familia los que habíamos entrado juntos, mientras que Humberto se marchó despotricando y Sergio lo hizo tan cabizbajo que apenas Arnau podía sacarle una palabra. Él también fue cómplice de su pareja y, por esa razón, corrió su misma suerte.

—Lo hemos logrado, lo hemos logrado—di saltos de alegría cuando me quedé a solas con Héctor.

—Y tanto que lo hemos logrado, pequeña. ¿Seguro que no quieres ser directora? Mira que tendría su morbo que te convirtieras en mi jefa.

—No, gracias. Soy muy feliz como estoy, no tengo los delirios de grandeza de Sergio ni los necesito.

—Eso es porque eres grande por ti misma, preciosa, muy grande.

—Igual nos habéis contagiado vuestra locura, así en plan colectivo, porque vosotros sí que estáis locos de remate—sentenció ella.

Dory se mostró impasible. Llegó hasta la clínica con una decisión tomada y ni los gritos de Humberto ni las lágrimas de Sergio la hicieron cambiar de postura.

Le agradecía muchísimo lo que hizo por nosotros. Ni siquiera sería necesario que abandonásemos una clínica en la que siempre nos habíamos sentido muy cómodos trabajando. Nuestros puestos estaban a salvo, incluido el de mi hermana Sonia, a quien todo aquel escándalo también pudo haberle salpicado.

Junto con Dory, en los siguientes días, me encargaría de buscar sustituto para Humberto, siempre mirando por el bien de la clínica.

Salimos de allí como una familia los que habíamos entrado juntos, mientras que Humberto se marchó despotricando y Sergio lo hizo tan cabizbajo que apenas Arnau podía sacarle una palabra. Él también fue cómplice de su pareja y, por esa razón, corrió su misma suerte.

—Lo hemos logrado, lo hemos logrado—di saltos de alegría cuando me quedé a solas con Héctor.

—Y tanto que lo hemos logrado, pequeña. ¿Seguro que no quieres ser directora? Mira que tendría su morbo que te convirtieras en mi jefa.

—No, gracias. Soy muy feliz como estoy, no tengo los delirios de grandeza de Sergio ni los necesito.

—Eso es porque eres grande por ti misma, preciosa, muy grande.

Capítulo 38



No solo yo me convertí en la mano derecha de Dory a la hora de buscar a quien se hiciese cargo de la dirección de la clínica, sino que también confió en Héctor, al comprobar que se trataba de un profesional con mucho criterio.

Por mucho que mi imaginación pudiera haberse desbordado, nunca me habría llegado a pensar que viviéramos una situación semejante.

Rita, una cardióloga muy prestigiosa, que llevaba en la clínica prácticamente desde sus inicios, nos resultó la candidata ideal. Y ella estuvo de acuerdo en asumir el cargo.

Una vez eliminada esa responsabilidad, me dediqué a hacer algo que estaba deseando, y que no fue otra cosa que localizar la clínica en la que estaban Lola y Merche.

Aquella mañana, entré en la habitación de la niña y Merche me recibió con los brazos abiertos.

—Ay, Alba, mi Alba... Cuánto te he echado de menos, cariño—me dio un beso.

—Merche, no he podido venir antes. Han sucedido muchas cosas...

—¿Qué cosas? No entendí muy bien por qué nos tuvimos que trasladar. Yo en la clínica de los Lamela siempre he estado muy bien. Y eso que siento todo por lo que os hice pasar.

—No tienes que sentir nada, por favor. Dime cómo está Lola.

—Luchando como una campeona. Mira, está ahí jugando con otra niña.

Me la encontré al lado de la cama y me echó los brazos. Era mi niña y se había convertido en alguien muy importante para mí.

—Merche, quiero que volváis con nosotros. He venido para llevaros de vuelta a la clínica.

—Qué alegría me das, Alba. Aquí nos han tratado muy bien, pero no estás tú. Y, además, que Sergio no volvió llamarnos ni su padre tampoco. Siento que se han desentendido de nosotras.

—Esos dos es que están muy ocupados, Merche. No te imaginas cuánto.

Humberto no pudo soportar que le relevaran así del puesto y terminó por irse a vivir a Londres. Allí tenía una amiga que resultó que era algo más que eso, también para sorpresa de Dory, una relación que se había mantenido a lo largo del tiempo y que nunca dejó del todo.

De tal palo, tal astilla... Él no estaba con un hombre, pero sí que mantenía una vida paralela a espaldas de su familia, incluido su hijo Sergio. Por lo que se veía, y por mucho que se apoyaran entre ellos, siempre guardaron secretos que el otro no supo.

Sergio terminó de cabeza en California, aunque lo más tremendo es que Arnau se negó a seguirle. Una vez que lo estuvieron hablando en frío, el catalán le hizo ver que a él sí que nada se le había perdido en Estados Unidos y puso rumbo a su Barcelona natal, donde no le faltó el trabajo porque buen profesional era.

A todos nos cambió la vida. Héctor y yo pudimos disfrutar de la comodidad de no tener que volver a escondernos. En los primeros fines de semana que pasamos juntos como pareja, cogimos la costumbre de refugiarnos en su casita de Segovia, esa que me resultaba tan encantadora que moría de amor por visitar.

Allí, comenzamos a planificar un futuro juntos que incluía muchos viajes. Todo, hasta el plan más pequeñito, nos hacía la más tremenda de las ilusiones.

Estábamos enamoradísimos y el hecho de ser mutuo era un tesoro para ambos. Y es que el amor se respiraba en nuestro ambiente.

Patricia e Iván también se fueron a vivir juntos. A ella le apasionaba seguirle de circuito en circuito siempre que sus obligaciones se lo permitían.

—Es que ahora la enchufada eres tú, que tienes por suegra a la dueña de la clínica—solía bromear con ella.

—Aquí tú siempre quedarás como la enchufada, que renunciaste al cargo de directora y todo.

—Yo solo quiero vivir tranquila y feliz, sin títulos.

—Y eso que siempre creí que eras una princesa.

—Y tú una capulla, eso es lo que eres.

a

—Somos dos capullas con suerte, eso es lo que somos.

Y no la teníamos solo nosotros... También a Camilo le iba tan bien con Vero que ella, que comenzó a teletrabajar, aceptó trasladarse de ciudad y venirse a vivir con él a la nuestra.

—Y tú que lo tenías todo planificado, ¿ahora qué? ¿Podía ser o no? —nos mofamos de él cuando nos enteramos.

—Si era lo que yo decía, que había que dejar que fluyese—disimuló.

—Más tonto y no naces. Va a ser verdad eso que dice Patricia de que el amor pulula en esta clínica como pompones.

Seguramente sería así, porque mi hermanita Sonia también saboreaba las mieles del amor con su Luis, que tenía su corazón llenito.

También ella tenía planes de futuro y ya estaban buscando piso juntos. Eran muy simpáticos porque lo hacían por las tardes y no nos dejaban acompañarlos.

—Es cosa nuestra, que ya somos mayorcitos—decía ella cuando mi madre trataba de argumentar algo en contrario.

—Tiene razón, mamá. Son dos adultos planificando su vida. Ahí no puede meterse nadie—la apoyaba yo.

—Mi niña menor también vuela ya. El nido se me queda vacío.

;

—Mamá, pues hazte un Tinder—le decía Sonia.

—Hija, ¿qué dices de un Tinder? Esas cosas no están hechas para mí.

—Que sí, mamá, no seas antigua. Venga, busca una foto chula y ve pensando en tus aficiones, que en nada ya vas de la mano de un novio.

—Que no, Sonia, que no...

—Que sí, mamá, que te lo voy a hacer quieras o no.

Era muy cómico verlas discutir por algo así. A mi madre también debía asaltarla Cupido pero, después de tantos años, como que le costaba a la mujer ponerse en el mercado. Y eso que era guapa y joven, pero se consideraba desentrenada.

—Que sí, mamá, que te lo voy a hacer quieras o no.

Era muy cómico verlas discutir por algo así. A mi madre también debía asaltarla Cupido pero, después de tantos años, como que le costaba a la mujer ponerse en el mercado. Y eso que era guapa y joven, pero se consideraba desentrenada.

Capítulo 39



Unos meses después, cuando nuestra vida ya estuvo totalmente en orden, Héctor me sorprendió un día.

—Dijiste que te gustaría hacer un viaje de chicas con tu madre y con Sonia a París, pues aquí tienes los billetes.

—Pero eso fue antes de conocerte, ahora no puedo dejarte aquí—le comenté en presencia de ambas, pues nos los dio a las tres juntas.

—Da igual. Este viaje lo has tenido de siempre en la cabeza y os lo he querido regalar. Son cuatro días, los sufriré sin ti—dramatizó—, pero igual sobrevivo a ellos.

—Pues no te pongas tan dramático y compra más billetes, que quiero que Luis se venga también. Nunca he volado con él todavía—le pidió Sonia.

—Anda, pues no sería mala idea. Podríamos ir las dos parejitas y mamá—le propuse.

—Y mamá con Raúl—añadió la que nos trajo al mundo y yo no podía ni mover las pestañas de la impresión.

—¿Al final lo viste? —le preguntó Sonia muy emocionada, porque le hizo el Tinder como prometió. Y se ve que, cuando se fue a vivir con Luis, mi madre, que se quedó sola, no perdió el tiempo.

—Lo vi, me gustó ¡¡y estamos saliendo!! —nos anunció—. Me gustaría que lo conocierais, si es que no lo veis demasiado pronto, claro.

—¿Demasiado pronto? ¿Cuántos años te has llevado sola, mamá? ¿Crees que vamos a juzgarte ahora?

—¡¡Que se venga, que se venga!! —coreó Sonia.

Unos días después, los seis volábamos en dirección a la que llaman la ciudad del amor. Era algo que les debía y

para mí, poco tenía ya que ver con Sergio y con sus absurdas teorías de que esa era nuestra ciudad.

De él me había olvidado por completo, y eso que nos llevábamos fenomenal con Dory, quien se solía pasar por la clínica a menudo, aunque la mitad del tiempo se lo pasaba en Marbella, viviendo la vida que con Humberto no vivió y disfrutando del buen tiempo de la famosa ciudad andaluza.

A Raúl le habíamos conocido días antes y nos dio la mejor de las impresiones. Era ginecólogo y eso dio lugar a que Sonia hiciera muchas bromas, incluida la posibilidad de tener un hermanito que, a esas alturas, resultaba más que inviable.

En mi caso, como pediatra que soy, adoro a los niños y por supuesto que en nuestro horizonte estaban. No tardarían demasiado, puesto que ninguno de los dos queríamos ser padres mayores.

Sonia optó por no tener hijos. Mi hermanita decía que con Luis ya era feliz y que se quedaría a ratitos con sus sobrinos, pero que luego para nosotros y ellos a vivir la vida. Les encantaba salir por la noche, disfrutar de sus cenas y de un bailecito, y no quería que un bebé les cortase las alas.

A mi madre todo le parecía sensacional porque de nuevo estaba enamorada y porque el amor lo cambia todo. Su carácter siempre fue muy bonito, pero la alegría que le proporcionó su nuevo amor se reflejaba en su preciosa cara.

En París vivimos unos días inolvidables plagados de risas y de anécdotas. Raúl pasó a ser uno más de los nuestros y se sentía como pez en el agua entre nosotros.

Lo que nos pudimos reír en el Paseo por el Sena, montados en uno de los archifamosos barcos, cuando mi madre miró hacia arriba diciendo que a la vida ya no le podía pedir nada más. Y, que si le faltaba algo, que le cayera del cielo. Y en ese momento, un pájaro soltó lastre sobre la gorra de Raúl, poniéndosela perdida.

Sonia comenzó a reír de tal forma que contagió al resto de turistas. Y terminó poniéndose de pie. Tal era su risa que a punto estuvo hasta de caerse por la borda y Luis la sostuvo. Tengo un divertidísimo vídeo que lo corrobora todo, pues comencé a grabarlo cuando mi madre alzó su plegaria al cielo y terminó con todos nosotros tirando de Luis, que a la vez sujetaba a Sonia.

Un sueño que vi cumplido con las chicas de mi vida, pero también con los chicos. Con tres chicos que no estaban en nuestras vidas un tiempo antes y que, sin embargo, habían adoptado papeles protagonistas.

El viaje, que terminamos pagando entre todos porque no reparamos en gastos, resultó alucinante de principio a fin. Nos alojamos en uno de los hoteles más emblemáticos de la ciudad y en esas tórridas noches Héctor y yo nos amamos con locura.

,

Espectacular fue el momento de la subida a la Torre Eiffel. Mi madre lo había deseado desde niña y lo disfrutó como si fuese una, y con zapatitos nuevos. Qué bonita y qué bonito también cómo la sujetaba Raúl, pues ella sufría de vértigo y, aun así, decía que por nada del mundo se perdería el espectáculo de subir y ver París desde tan icónico monumento.

Por cierto, que la sorpresa fue monumental porque estando en él, fue Luis quien sacó un anillo e, hincando rodilla, le pidió matrimonio a Sonia, quien comenzó a dar tales saltos de alegría que asustó al resto de los visitantes. Más de uno pensaría que nos íbamos al suelo.

—¡¡Me lo ha pedido en la Torre Eiffel!! —chillaba ella.

Pocos sitios tan románticos en el mundo para una pedida que fue ternura total. Cómo la disfrutamos todos y qué increíble sorpresa nos llevamos.

—Mamá, al final me caso yo antes que Alba, se siente—le decía ella al bajar mientras que enseñaba el anillo para que su prometido lo grabase y lo subiera a las redes. Les gustaba compartir las cosas buenas que les pasaban y, de todas, aquella era la mejor. Igual que Sonia era la mejor hermana y mi madre la que yo hubiera elegido de entre todas las del mundo. Y, por si eso fuera poco, me terminé llevando para mí al bombón de la clínica, a ese por el que todas babeaban, y que me prometía amor cada mañana y me lo hacía cada noche.

Espectacular fue el momento de la subida a la Torre Eiffel. Mi madre lo había deseado desde niña y lo disfrutó como si fuese una, y con zapatitos nuevos. Qué bonita y qué bonito también cómo la sujetaba Raúl, pues ella sufre de vértigo y, aun así, decía que por nada del mundo se perdería el espectáculo de subir y ver París desde tan icónico monumento.

Por cierto, que la sorpresa fue monumental porque estando en él, fue Luis quien sacó un anillo e, hincando rodilla, le pidió matrimonio a Sonia, quien comenzó a dar tales saltos de alegría que asustó al resto de los visitantes. Más de uno pensaría que nos íbamos al suelo.

—¡¡Me lo ha pedido en la Torre Eiffel!! —chillaba ella.

Pocos sitios tan románticos en el mundo para una pedida que fue ternura total. Cómo la disfrutamos todos y qué increíble sorpresa nos llevamos.

—Mamá, al final me caso yo antes que Alba, se siente—le decía ella al bajar mientras que enseñaba el anillo para que su prometido lo grabase y lo subiera a las redes. Les gustaba compartir las cosas buenas que les pasaban y, de todas, aquella era la mejor. Igual que Sonia era la mejor hermana y mi madre la que yo hubiera elegido de entre todas las del mundo. Y, por si eso fuera poco, me terminé llevando para mí al bombón de la clínica, a ese por el que todas babeaban, y que me prometía amor cada mañana y me lo hacía cada noche.

Epílogo



Tres años después...

—¡¡Vivan los novios!! —nos chillaron al salir de la iglesia a Héctor y a mí.

—Ahora sí que eres mi mujer con todas las de la ley—me decía él mientras me besaba en los labios y una lluvia de pétalos caía sobre nosotros.

—He sido tu mujer desde el primer día en el que nació algo entre nosotros, mi amor.

—A mí me había nacido antes, desde el día que te conocí. Estábamos predestinados, Alba, lo estábamos.

Nos casamos en Segovia, en una preciosa y sencilla ermita cercana a la casita que seguíamos compartiendo allí y que continuaba haciendo mis delicias, pero también las de nuestro hijo Álvaro, de dos añitos y unos meses.

A nuestro bombón pequeñito, que era la viva imagen de su guapísimo papi, nos lo trajimos calentito de París, donde al final lo hicimos en aquel viaje.

No fue premeditado, más bien el fruto de una fogosa noche en la que el alcohol corrió por nuestras venas, pero sí muy deseado, tanto que el embarazo se nos hizo muy largo porque no podíamos esperar más para verle la carita.

Por cierto, que el primero que se la vio fue Raúl, quien ya se había convertido para entonces en el prometido de mi madre. Se casaron al poco de nacer nuestro niño y esa fue una de las máximas satisfacciones de mi vida. Aunque no fueron los primeros, cuando ellos se dieron el “sí, quiero”, ya lo habían hecho antes Sonia y Luis.

En mi familia no nos andamos con chiquitas y cuando queremos, queremos. Y a esos hombres los adorábamos. Héctor y yo esperamos algo más porque teníamos la ilusión de que nuestro retoño portara los anillos y lo hizo. Lo hizo junto con la bebé que también se dieron prisa en encargar Camilo y Vero.

Patricia se me acercó y me dio un enorme abrazo. Mi mejor amiga seguía allí, feliz y con Iván al lado. Él continuaba en mi familia, lo mismo que su madre Dory, que era la única del grupo que decía no querer pareja, que había tenido bastante con Humberto y que quedó hasta la punta del gorro. Ahora bien, en Marbella continuaba pasando temporadas a cuerpo de reina.

Entre nuestros invitados, había dos que brillaban con luz propia también. Sobre todo la pequeña, que no era otra que mi Lola, esa niña que le ganó la batalla a la enfermedad y que, a sus siete añitos, se había convertido en hermana mayor. Su madre, Merche, que se hizo muy amiga mía durante todo el proceso, que no fue corto, se terminó casando con Carlos, el oncólogo que trató a Lola, y habían tenido un niño llamado Carlitos.

Más satisfacciones no podía darnos la vida en aquel precioso día en el que nos convertimos oficialmente en marido y mujer...

Por cierto, que os tengo que contar una anécdota. Patricia, que más ocurrente no podía ser, terminó por mandar al taller de alta costura de París el vídeo de Sergio destrozando mi vestido de pedida. Y ellos, como contrapartida, me dieron la sorpresa de regalarme un vestido de novia de astronómico precio que lucí ese día con la mayor de las ilusiones.

—Si es que resulta que eres una princesa, ¿no ves que vas vestida como una? —me preguntó mi amiga.

—Gracias a ti, que lo que no se te ocurra, cariño...

—Ay, Albita, qué boda más bonita.

—¿Y tú no te casas con Iván? Eres la única que falta por decir algo al respecto.

—Yo de bodas no soy—arrugó la nariz.

—Tampoco ibas a tener nada serio en principio con Iván y mira. Menos mal...

—Y ahora estamos ¡¡por adoptar un niño!! —me anunció.

—Ay, por favor, ¿qué me cuentas?

—Lo que has escuchado.

—Pues entonces, este grupo va a aumentar en breve.

—Sí, un bebé más, ¡¡qué ilusión!!

—Tres, ¡¡tres bebés más!! Pero me tienes que guardar el secreto, que Héctor no lo sabe todavía.

—¿Tres? ¿Cómo es eso?

—Que espero gemelos, ¡¡gemelos!!

—Ay, Dios, que me da... Es que a ti la felicidad te llega por partida doble. Lo que te mereces, mi niña, ¿cuándo se lo vas a contar?

—Esta noche. No quería que se preocupara hoy por mí.

—Pero que no es tonto. Verá que no bebes.

—Pues cada vez que me acerque una copa, te la bebes tú.

—¿Y qué hago con la mía?

—Pues también—le aclaré.

—Ay, cielo santo, ¡¡que yo también estoy esperando un niño!! Menuda borrachera que voy a coger.

—Pero no estás embarazada, ¡¡cariño!!

—Es verdad, se me va la cabeza. Mira, es que un poco ya me he achispado antes de venir. Con tanta emoción y con tanto calor, me eché una petaquita en el bolso y chica, ¡¡que me la he pimplado en la ermita!

Comenzamos a carcajearnos como al principio de los tiempos, cuando esta historia aún no había sufrido tantos giros. Todos los que vinieran a partir de entonces, que fueran los más felices y divertidos del mundo, como los que ya llevábamos tiempo disfrutando.

La vida nos había colmado de todo tipo de bendiciones y alegrías. Con Héctor a mi lado, todo se teñía de color de rosa. Del mismo rosa que lanzaríamos meses después, en la fiesta que organizamos para anunciar el sexo de las gemelas, que fueron niñas: Carla y Olivia vinieron a completar una felicidad que no podía ser más plena.

Cinco de familia y ya no llegarían más. Nos plantábamos, pues nos pareció el número ideal para disfrutar de esta preciosa familia que entre Héctor y yo habíamos formado. Una familia maravillosa que constituía el mayor

orgullo de dos personas que se habían elegido para amarse y respetarse todos los días de su vida.

Ese deseo es que el que permanece intacto entre nosotros y el que esperamos que se cumpla hasta el final de nuestras vidas. El suyo no fue un amor fingido como el de Sergio, quien nunca me amo por mí misma, sino por la oportunidad que representé para él.

,

e

s

1

orgullo de dos personas que se habían elegido para amarse y respetarse todos los días de su vida.

Ese deseo es que el que permanece intacto entre nosotros y el que esperamos que se cumpla hasta el final de nuestras vidas. El suyo no fue un amor fingido como el de Sergio, quien nunca me amo por mí misma, sino por la oportunidad que representé para él.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escritor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce2>

relinks.me/AlmaFernandez

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escritor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce2>

relinks.me/AlmaFernandez